

Charlas de cocina
Charlas de café

MVAM

A mis compañeras de tertulia

Los vi llegar por el fondo del pasillo. El individuo que acompañaba a Andrés me resultó totalmente desconocido. Según avanzaba hacia ellos, iba tratando de imaginar quién podría ser. Su andar desgarbado y algo pesado no me remitía a ninguna persona conocida o de la que siquiera hubiera oído hablar en fecha reciente. ¿Quién era el acompañante de Andrés? ¿por qué no me había hablado nunca de él? Tal vez se tratara de un pariente suyo que había llegado de repente, sin avisar. Tal vez era un amigo de la infancia y no esperaba volver a verlo y se lo había topado en el metro o en el autobús. Quizá el propio Andrés ya se había olvidado de su existencia y de esa manera no había podido hablarme nunca de él. En fin, no sabía quién era e iba pensando todas aquellas tonterías al tiempo que avanzaba hacia ellos y ya le dirigía una sonrisa de bienvenida a Andrés.

- Buenos días, ¿qué tal? Te presento a Julián Ramírez-Ledesma, de quien te hablé.

Al tiempo que yo contestaba un hola, encantada, me preguntaba y este fulano quién es, a mí nunca me ha hablado de él. El tipo que tenía delante, alto, enfundado en una mugrienta gabardina de bordes sobados, no parecía tener más allá de treinta años, a pesar del pelo canoso y un poco ralo. Su cara redonda, sin una arruga y sin casi marcas de gesto, apuntaba a que no podía llegar a los cuarenta años. Era gordo y muy grande, pesado de gestos, pero con un rostro agradable y con un hablar algo pastoso y cordial. Sudaba copiosamente, aunque estábamos en Enero, y eso me explicó que toda su ropa pareciera ajada, como si hubiera dormido con ella. No era, sin duda, un tipo elegante.

Andrés sugirió que fuéramos a tomar un café. Yo dije que a eso iba precisamente cuando nos encontramos. Deshicimos el tramo de pasillo que ellos habían recorrido hasta encontrarse conmigo y descendimos por las escaleras camino de la cafetería.

Mientras tomábamos nuestro café, Andrés se apartó a hablar con unos compañeros que acababan de entrar en la cafetería. Julián y yo nos quedamos solos. La conversación apenas si había empezado y yo seguía sin saber cuál era la relación entre aquel muchacho y Andrés, porque seguía sin recordar cuándo me había hablado de él y en relación con qué asunto. Así que lancé unas cuantas preguntas al azar:

- Y ¿tú estás aquí, en qué departamento?

Me replicó: No, yo soy de la competencia, en realidad. Un compañero mío de antes que ahora trabaja aquí me presentó a Andrés hace unas semanas. Sabía que Andrés andaba

buscando financiación oficial para ese congreso que queréis organizar y yo he sido ayudante del Director general del ramo, de manera que hemos pedido una entrevista con mi antiguo jefe, con el que mantengo buena relación, quiso llevarme al ministerio, porque piensa que soy un buen auxiliar, pero yo le dije que no quería cambiar de trabajo ahora que tenía perspectivas de afianzarme en el departamento. Así que hemos quedado para ir a ver al Director general el jueves que viene y hoy vamos a preparar un poco la estrategia de esa entrevista, por eso veníamos a buscarte, porque Andrés dice que tú estás también en el proyecto y tienes buenas ideas.

Andrés volvió junto a nosotros, sin que tras aquella larga parrafada yo hubiera aún reaccionado.

Julián dijo:

- Andrés, ¿usted cree que podremos resolver incluso los datos técnicos esta mañana, para presentarle al Director general algo que tenga forma de un proyecto muy pensado? La evaluación económica es muy importante que esté clara y bien atada.

Andrés respondió: Sí, Teresa ya la tiene hecha. Ya le dije que es muy competente. Ella no se lanza a ningún proyecto por bueno que parezca si no tiene los datos económicos bien medidos, incluso contando con todas las posibles modificaciones.

Yo no tuve tiempo ni de sentirme halagada por lo que parecía un piropo de Andrés. Mi perplejidad iba en aumento. Yo había comenzado tuteando amistosamente a aquel muchacho grandote de cara de luna sudada, y estaba sorprendidísima de que Andrés, que era incluso mayor que yo y por lo tanto bastante más viejo que aquel novato, le hablara con tanto respeto y de usted. Que Julián tratara de usted a Andrés me parecía hasta conveniente, pero no al contrario. El chico me había contado también que sólo estaba de meritorio en su departamento e iniciando algo que podría ser prometedor en un futuro más o menos cercano. Andrés era un experto en el tema, con mucho prestigio, un hombre de larga experiencia, reconocido en España y en el extranjero en su materia, había dirigido numerosos equipos de investigación y llevado a cabo un centenar de proyectos a los que la prensa había prestado suma atención. Era invitado permanente de organismos oficiales extranjeros para asesoramiento sobre su tema. No podía saber por qué se había vuelto tan respetuoso con aquel tío grandote, a no ser que él supiera mucho más sobre su vida y milagros de lo que yo había logrado averiguar en los pocos minutos que habíamos pasado a solas.

El café se acabó y volvimos a subir al despacho. Se desplegó el dossier y todos los miles de papeles que ya se habían elaborado en torno a aquel proyecto. El joven Julián miraba todo muy asombrado y, en el momento en que empecé a explicarle los datos económicos, comenzó a hacerme tímidas preguntas empleando impersonales, como si no se atreviera a tratarme de tú como había hecho minutos antes, confiado en mi tuteo. Se veía claramente que nunca había

visto un proyecto de aquella envergadura, ni se le había pasado por las mientes que pudiera elaborarse por aquel método. Estaba aprendiendo cosas nuevas como una máquina y se comportaba como un alumno avisado que de repente se encuentra con la posibilidad de interrogar acerca de sus dudas a un premio Nobel. En mi interior, iba naciendo una inmensa carcajada cuyo origen yo no conocía con certeza, pero que me iba inundando el pecho, me subía por la garganta y estaba a punto de salir a borbotones por mi boca. Con gran esfuerzo conseguí dominarla y aparentar una absoluta seriedad. La reunión duró poco más de veinte minutos y Julián sentenció:

- Yo creo que el Director general va a quedar impresionado cuando oiga todo lo que me han dicho a mí. No creo que se necesite una estrategia especial. Será difícil que no dé su apoyo a este proyecto.

Todo esto lo dijo proyectando su propia admiración sobre el Director general, al que consideraba mucho más inteligente y dotado, y pensando que si a él le parecía tan bueno el proyecto, sin duda el Director general sería de su mismo parecer. No se daba cuenta de que su carácter de novato le hacía maravillarse de algo que no era en absoluto sorprendente, sino más bien algo no muy nuevo, pero que era, eso sí, bastante conveniente y que urgía poner en marcha, porque, incluso, la realidad lo imponía. Julián se despidió de mí y luego de Andrés y quedaron en que Andrés le recogería con su coche para ir a la entrevista.

Cuando el muchacho salió, yo le dije a Andrés con voz neutra:

- No recuerdo que me hubieras hablado de este chico.

Al oír la palabra chico, Andrés se volvió como un rayo y me dijo:

- Es muy amigo del Director general y nos va a solucionar la papeleta de la financiación.

Como si comprendiera que había dicho algo inconveniente, añadió, en otro tono:

- No es tan joven como pueda parecer, en su departamento le tienen gran consideración, no sólo por su valía, sino por sus contactos. Has de saber que es un personaje importante en el partido.

- ¡Ah!, dije y la mirada de Andrés pareció una puñalada.

Efectivamente, la intervención de Julián cerca de su antiguo patrono, ahora Director general, fue un gran apoyo. Nos concedieron parte de la financiación y el proyecto se realizó. Fue un éxito y de nuevo Andrés fue el centro de atención de periódicos, emisoras de radio y de televisión. Su cotización subió. Julián fue asignado al proyecto, porque su ex-jefe quería que el muchacho siguiera haciendo méritos, e incluso su departamento aportó parte de la infraestructura para justificar la presencia de Julián. Todos querían estar a bien con el partido y con el Director general. Así que todos contentos.

La noche de nuestro primer encuentro, cuando yo conducía de camino a casa, iba pensando en la imagen de Julián y en la imagen que Andrés me había ofrecido de él. Tuve que reconocer

para mis adentros que desde luego Andrés me había hablado de un señor, miembro de un prestigioso departamento, que era muy amigo del Director general, que tenía un cargo de responsabilidad en el partido además y que era poco menos que el Director general de verdad en la sombra. Con aquellos datos, yo le había preguntado a Andrés y qué edad tiene y Andrés me había dicho, pues poco más o menos como nosotros. Aquello, y ahora me reía, me sonó fatal, porque yo soy bastante más joven que Andrés y que nos metiera en la misma generación, a un señor de edad propecta y grandes méritos, a él mismo y a mí, me parecía una falta de delicadeza que nunca se ha de cometer con una señora. Pero Andrés tenía tanta confianza conmigo, nos conocíamos desde hacía tantos años, que esperar que pensara en mí en términos de cortesía o como si fuera alguien con quien hay que guardar miramientos también era una tontería por mi parte. No obstante, tanta confianza a veces me resultaba fastidiosa. Me hacía temer que Andrés no me viera como a una mujer aún apetecible, sino como un compañero más de trabajo y eso hería mi vanidad. De manera que, ahora me reía para mis adentros porque con los datos que Andrés me proporcionó, yo había construido una imagen del señor Ramírez-Ledesma que era más o menos la de un sesentón bien conservado, con el pelo canoso y pegado a la cabeza, la estructura fina, bien trajeado, de gris plomo y con corbata azul, con gemelos en los puños de la camisa impecablemente blanca o todo lo más azul celeste. Alguien a quien Andrés sin duda trataría de usted y que me sacaría algo más de diez años. No esperaba, con aquella información, encontrarme con aquel grandullón sudoroso, prematuramente encanecido, pero que no tenía, luego lo supe, más de treinta y cuatro años. Me había imaginado a un hombre ya maduro, con los hijos más que criados y con algún nieto, esposo de una refinada señora peinada con media melena y que disimulaba sus propias canas con unas mechas rubias cuidadosamente retocadas cada quince días y siempre enfundada en algún traje de chaqueta del último color de moda. Todo menos lo que más tarde averigüé; que el tal Julián aún vivía con su madre, porque no ganaba lo suficiente para casarse con una novia que tenía desde el Instituto y que confiaba en que aquel proyecto lo lanzaría definitivamente y que al fin podría casarse. En realidad el muchacho, que era una buena persona, ya se sentía un poco ridículo viviendo en casa de su madre y sin disponer de lo suficiente para comprarse un apartamento y hacer su propia vida.

En aquella noche, me dio por pensar cómo vemos a los demás y cómo transmitimos su imagen a otros para que se produzcan este tipo de equívocos. Qué cosas son las que se interponen entre nuestros ojos y lo que contemplamos, para no ver en absoluto lo que tenemos delante, convirtiendo a un muchacho, que se busca la vida como puede, en un señor con la suya totalmente hecha. Qué cosas se interfieren en nuestros oídos para que, oyendo una información, construyamos en nuestra imaginación algo que nada tiene en común con la realidad sobre la que se nos informa. Qué estereotipos, qué lugares comunes nos tienen tan

atados que ni nuestros ojos ven ni nuestros oídos oyen.

Me vino a la cabeza una anécdota que se contaba en casa de mi familia. Alguien que transmitía chismorreos certificaba su veracidad diciendo «lo sé de buena tinta, lo sé por las mozas». Qué oían las criadas y contaban acerca de sus señores para que aquello fuera tenido por los chismosos como artículo de fe. Cuántos infundios, palabras medio oídas, frases mal interpretadas serían la seña de identidad de tantas familias acomodadas que podían dar que hablar a las criadas y a los metomentodos.

Me entraron ganas entonces, después de este episodio, de dar cuenta de todas esas frases cogidas al vuelo y que parecen definir una situación, que provocan en nuestras mentes imágenes variadas que, luego, contrastadas con la realidad no tienen ningún viso de certeza. De dar testimonio de cuántas realidades desmienten imágenes transmitidas como ciertas porque nosotros hemos interpuesto entre la realidad y la imagen nuestros deseos y ensoñaciones, las medias palabras, los sobreentendidos o cualquier otra interferencia.

Suelo moverme en un mundo de hombres y para hombres. No sólo porque haya cierta misoginia en el ambiente, a pesar de que el número de mujeres tal vez sea mayor que el de hombres, sino porque tradicionalmente ése fue un mundo de varones en el que las mujeres hemos ido entrando con cierta dificultad.

Hasta hace no mucho tiempo, tal vez veinte años, cuando empezó a producirse la entrada masiva de mujeres, éstas eran contempladas como chicas que acudían a un mundo de hombres, porque allí era más fácil encontrar un marido y un marido que se situaría bien en la vida. Sin embargo, poco a poco, las mujeres hemos ido ganando lugares y, sobre todo, ya nadie se atreve a decir en voz alta que no podamos ocupar cualquier puesto, al menos dentro de ese ambiente. No obstante, insisto, flota en él una cierta misoginia, una especie de añoranza de que aquel otro tiempo pasado fuera mejor, porque en ese ámbito sólo se movían varones.

Como nadie se atreve a confesar ese rechazo a la mujer, (no digo yo que no exista la zancadilla o un cierto nivel de coqueteo o incluso de acoso sexual, porque no hay ninguna razón para ser menos que otros ambientes, no es lugar para mayores virtudes ni menores vicios; es un lugar más) el modo de relación si no del todo asexuado, es bastante igualitario e indiferente.

¿Qué tiene esto que ver con lo que decía más arriba? Pues bien, la relación es compleja. Un mundo de hombres y mujeres que fingen de algún modo ignorar las diferencias, produce miradas curiosas sobre la realidad. Pero, especialmente, produce miradas distorsionadas sobre la realidad. ¿Se producirían menos esas miradas distorsionadas si se tratara de un mundo sólo de hombres o un mundo sólo de mujeres? No lo sé, posiblemente no. Sí sé que, de vez en cuando, casi como una especie de terapia, yo necesito meterme en un mundo de mujeres, al que los hombres no tengan acceso, más que por la boca de las mujeres que lo frecuentan.

Las ocasiones de entrar en un mundo exclusivo de mujeres se producen en dos ambientes diferentes. Uno es la cocina de mi casa, generalmente a la hora del desayuno de determinados días. Allí se genera una pequeña tertulia en la que se habla de todo y en la que participamos, mi hija, la chica que me ayuda en casa, y que es como una hija también, y yo. Ellas dos son solteras, mi hija es estudiante y se llama Maite, la chica es licenciada, le lleva unos diez años a mi hija y se llama Lucía. De manera que en la reunión nos juntamos tres mujeres de distinta edad, casi tres generaciones, pues ellas están más cerca la una de la otra que de mí, por lo tanto hemos vivido circunstancias diferentes y tenemos necesariamente grados distintos de experiencia. Aún así, se producen emparejamientos en la opinión, en los gustos o en la visión que tenemos de las cosas, que ofrecen todo tipo de combinatorias. Por supuesto, hay algo profundo que nos une, un gran cariño mutuo y eso a veces también deforma o condiciona las alianzas en el modo de pensar o de expresarse.

De vez en cuando, en este ámbito de mi cocina, se cuelan otras amigas que pasan por casa o que vienen expresamente a tomar café conmigo una tarde o una mañana. Ellas son un pozo de ciencia y pocas veces mis dudas y conflictos quedan sin resolver tras conversar con ellas, en torno a una taza de café y una magdalena. También aquí recogeré alguna de esas charlas, porque completan muy bien el panorama de lo que son mis verdaderos «libros de consulta». Todas ellas son mi mejor bibliografía.

El otro ambiente es muy diferente. Suelo ir a un centro de belleza una vez por semana, para darme masajes. Odio la gimnasia y encontré que ése era un buen método para poner los músculos de mi espalda, castigada por la lectura y el ordenador, en orden y recolocarlos. Ese es un mundo femenino muy variado. Antes o después de mi sesión de masaje, también tengo ocasión de participar en una tertulia improvisada que se suele montar en torno a un café, en un bar que hay cercano. Allí nos juntamos la esteticista y su ayudante, su madre, en algunas ocasiones, una peluquera que está recién casada, una chica separada, cuya profesión desconozco y que aparece últimamente acompañada de su madre que es sólo algo mayor que yo, una chica, madre de familia y de profesión guardia urbano, una ama de casa, esposa de un alto cargo de no se qué y alguna otra más que aparecerá en su momento.

En esta segunda tertulia, mi grado de relación y confianza con las tertulianas es muy diverso, desde el puro reconocimiento físico a una cierta intimidad. En general, me separa de ellas un mundo de formación e intereses intelectuales muy diferente. Para bien o para mal, yo tengo formación universitaria y ellas no, ninguna ha pasado de los niveles secundarios, de manera que, en cierta medida, a ratos me siento contemplada como si fuera el oráculo de Delfos. Se espera de mí que yo diga la última palabra, además refrendada por mis supuestos conocimientos superiores. Si yo les confesara que aprendo más de ellas de lo que he aprendido en la Facultad en muchos años, posiblemente no me creyeran o me perderían el respeto, así

que me guardo mucho de hacer confesiones de este tipo.

En cualquier caso, he aprendido a hacer un esfuerzo en el uso del lenguaje para ponerme a un nivel en el cual sean capaces de entenderme. No sabía yo hasta qué punto se puede ser pedante, estando a todas horas con colegas, por mucho que uno crea que no lo es.

Además de este aprendizaje en el uso del idioma, he aprendido a ver que ellas tienen, en general, menos velos ante los ojos de los que podemos tener en otros ambientes. La realidad está mejor definida, es más maniquea si se quiere, pero más clara. Las cosas no son relativas, son absolutas. No se trata de matices, no existen zonas de sombra y las cosas son o no son.

A mí, personalmente, estos dos mundos paralelos al más mío cotidiano, que es el del trabajo, me resultan vitales. No puedo prescindir de ellos y espero poder conservarlos, con las variaciones que las circunstancias impongan, por mucho tiempo. Son, de alguna manera, el contrapunto de ese otro ambiente donde se pueden producir confusiones como la que señalaba al principio. En estos dos mundos, no existe la posibilidad de confundir a un anciano con un joven, no la de confundir a una madre con una mujer soltera, no la de un hombre atractivo con uno despreciable, no la de la bondad de un partido político frente a otro. Nada se confunde con nada, no existen esos velos que, los que nos llamamos intelectuales, personas formadas, nos ponemos ante los ojos, justificándolos tal vez con estrategias o con ideales o con lo que sea.

El mundo real está en la cocina de mi casa o en el café. Yo no sé, si cuando los hombres se reúnen son capaces de entrar en un mundo en el que las cosas son lo que son. No sé tampoco, si en ese mundo de hombres, los únicos incapaces de ver lo que hay que ver son los intelectuales. Lo único que sé es que cuando yo, mujer, estoy en ese mundo mixto de hombres y mujeres intelectuales, los velos caen sobre la realidad y se producen confusiones flagrantes como la que contaba más arriba.

Es posible que sepamos demasiadas cosas a través de los libros, pensando que ellos son los que reflejan con mayor fidelidad la realidad y hayamos perdido de vista que cuando alguien se pone a escribir, por supuesto refleja una realidad, pero indudablemente la tergiversa, la acomoda o, como decía Woody Allen en una de sus películas, la transforma para que sea más bonita y aceptable, para lograr finales felices. Es muy posible que, de tanto examinar «objetivamente» la realidad y sabérsola metodológicamente, hayamos perdido de vista a la propia realidad y no seamos capaces de reconocer todas esas cosas eternas que hacen a los hombres ser hombres. Enmascaramos la ambición, aunque sea legítima, enmascaramos el deseo, aunque sea natural, enmascaramos la mentira llamándola teoría filosófica, enmascaramos la condición humana, llamándola psicología, enmascaramos la amistad, llamándonos colegas, enmascaramos el amor o la fidelidad llamándolos libertad.

No sé si acertaré a transmitir mis dudas y si este ejercicio de contar historias oídas aquí y allá terminará por poner algo de claridad y la realidad aparecerá al final de estos textos como

algo más definido. No lo sé. Tampoco me importa mucho llegar a una verdad absoluta, no es siquiera necesario, pero sí me gusta, me apetece, contar estas historias porque a lo mejor a alguien le dan algo que pensar.

I

Comentábamos en la cocina, el otro día, algo acerca del desorden, de las declaraciones importantes de principios, como los derechos del hombre o el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Salió en la discusión, pillada aquí y allá y compuesta de mil y un retazos, en todo semejante a esas colchas que tanto son del gusto de los norteamericanos, mezclada con la conferencia de Bandung de 1955 (mi hija es una experta en Historia), salió, decía, algo de otra índole que nada tiene que ver con la alta política, pero sí con el Catecismo. Salieron las potencias del alma: Memoria, entendimiento y voluntad.

Sería hermoso que pudiera yo aquí reproducir todos los meandros de aquella sinuosa conversación, en la que además se infiltró, quién sabe cómo, la Teoría de la Literatura y eso de si la palabra permite expresar lo abstracto o ella misma puede volverse abstracta y, aún así, permanecer como palabra y como comunicación. En esto, Lucía, la pintora del grupo, que permanecía más o menos silenciosa, seguía, y se le notaba en el gesto preocupado, los propios meandros de su pensamiento. Seguro que estaba debatiendo consigo misma hasta qué punto la pintura puede llegar a ser abstracción. Pero la conversación se enredó y no siguió por ese camino apenas sugerido que Lucía parecía proponer, sobre si la materia ya es un soporte suficientemente concreto para que la abstracción quede suspendida o, al menos, no alcanzada en su totalidad. Se mezcló también el excursus hacia la música, pero un chiste, que no recuerdo, interrumpió esa vía. De allí derivamos, insensiblemente, hacia la interpretación. Interpretación de la Historia, interpretación de la realidad, interpretación del texto y nuestra conversación llegó a la conclusión definitiva de que no hay otro camino, ante cualquier propuesta, por simple que aparezca, que tomar la vía de la reflexión y la interpretación.

De esta conclusión es desde donde podemos volver al sentido del orden que inició la charla, al significado político de la Conferencia de Bandung de 1955 y a las potencias del alma.

Me quejaba yo a mi hija del desorden manifiesto que reina en el cuarto de baño que comparten ella y su hermano. También le reprochaba que la noche anterior hubiera llegado a la una de la mañana sin avisar.

- Cuando me acordé de que debía llamar, no llevaba suelto. Luego, no me di cuenta de que se hacía tan tarde. Se me olvidó por un rato el propósito de llamar. Cuando ya tenía monedas, miré el reloj, eran las doce y media y pensé: ya se han acostado. Lo del baño es que, yo quité mis cosas de en medio, pero mi hermano dejó las suyas. Luego, volví a dejar una prenda, porque quería acordarme de lavarla y allí está porque no he tenido tiempo aún.

- Pero, al ver que todo sigue igual, tu hermano ya ha añadido cosas a los enredos que allí había. Lucía seguro que no limpia desde hace semanas.

- No, yo sí he limpiado. Es verdad que no a fondo, porque perdería mucho tiempo quitando las cosas amontonadas. Desde luego, me facilitarían el trabajo si dejaran recogido.

- Estamos de acuerdo -dije yo- así es. Desorden llama a desorden. Como la violencia engendra violencia.

- No sé si eso es totalmente así, porque a veces las declaraciones de paz, de orden y los buenos propósitos recogidos en esos documentos que los políticos redactan en conferencias internacionales, no producen el efecto correspondiente; que el orden llame al orden y la paz a la paz.

- ¿Te acuerdas de las potencias del alma?

- ¿Qué es eso?

- Pues eso es algo que aprendíamos en tiempos en las clases de religión; las potencias del alma, las virtudes teologales. Cosas así.

- No me suenan de nada. Nunca he oído hablar de ellas en esos términos.

- No sé para qué hacéis ahora tantos años de clases de religión y de catequesis, para no saber eso que, aceptable o no, puede ser una forma de expresión de una filosofía. De un modo de nombrar las cosas, para saber qué son o cómo son o, al menos, intentar acercarse un poco al sentido profundo de qué somos y dónde estamos. No tiene nada que ver con la creencia o con la fe o con la adscripción a una determinada confesión. A lo que me refiero es a que Memoria, Entendimiento y Voluntad son los instrumentos que tiene el hombre, y es una convención darles ese nombre, para saber cuáles son los medios con qué actuar en la vida. Sea para lavarse los dientes, ordenar el cuarto de baño o negociar una paz. En definitiva, son los instrumentos que tiene para alcanzar la felicidad, aquella que se expresa por medio de las virtudes teologales: Fe, Esperanza y Amor.

- No sé qué quieres decir con todo eso. Las cosas pueden olvidarse. Y si las olvidas, pues las has olvidado y de nada sirven. A veces, la memoria te juega malas pasadas, como a mí ayer, que me olvidé de llamar.

- Ya lo sé. Pero insisto, sólo tenemos esos tres instrumentos, que no son pocos. La memoria sirve para recordar, efectivamente. Pero no se tiene memoria, si no se ejercita y si además no se presta atención. Es decir, de aquello que pasa a nuestro lado y ni siquiera lo vemos o lo percibimos, nunca tendremos memoria. De manera que para tener memoria, hay que estar atento. Hay que prestar atención.

- Sí, bueno, pero de qué sirve almacenar cosas en la memoria.

- Bueno, es cierto, a ratos, puede ser un estorbo el tener la cabeza ocupada con datos, cifras, palabras, acontecimientos. Pero si nos hemos fijado, si retenemos en la memoria y a

ello aplicamos el Entendimiento, es decir la capacidad de discernir, podremos eliminar de la memoria los datos que no sean importantes y olvidar tranquilamente y, además, podremos sacar conclusiones; es decir, tener experiencia a partir de los datos de la memoria. En ese momento, tampoco hay porqué recordar con minuciosidad qué sucedió exactamente o qué parte del discurso precedió a otra o quién estaba presente en tal o cual acción. Sólo habrá que recordar la consecuencia derivada del análisis de la memoria. Eso es la experiencia.

- Ya tenemos la experiencia. La podríamos llamar conclusión.

- Sí -dijo Lucía- experiencia suena demasiado contundente e inamovible. ¿No?

- Tal vez. Una conclusión puede ser algo más transitorio, sujeto a reformulación, en el momento en que la vida nos proporcione otros datos y podamos, aplicando el entendimiento, llegar a una nueva conclusión.

- Estamos de acuerdo. Dijeron a coro Maite y Lucía.

Lucía añadió: Es cierto, las palabras a veces no dicen todo lo que quisiéramos decir y es incluso difícil ponerse de acuerdo en lo que cada cual entiende.

- Por supuesto, el gran poder de la palabra es que es el único instrumento real de comunicación que tiene el ser humano, pero necesita de complementos. Pero sigamos por el otro asunto. Nos falta ver qué papel tiene la Voluntad.

- Ese sí que me resulta más conflictivo. La voluntad. ¿Qué es la voluntad?

- Desde mi punto de vista -dije-, cuando se llega a una conclusión, en el proceso del que hablábamos, no queda más remedio que actuar de acuerdo con ella. Es decir, aplicar la voluntad a poner en práctica lo que la memoria nos informó, se convirtió en experiencia y nos llevó a una conclusión: aquello es bueno, malo o indiferente, y por tanto ya no podemos ignorarlo en nuestra actividad. Pongo por caso, tu memoria recuerda ocasiones en que no has llamado para avisar de que volvías tarde. Tu memoria recuerda que, tras eso, hubo una discusión en que se te recriminó por tu actitud. Tú examinas tu memoria, aplicas tu atención a ello y no olvidas que no debes dejar de llamar para avisar. Llegas a la conclusión de que tu descuido produce preocupación y malestar en otras personas. Así, pones la voluntad a funcionar y llamas. Lo mismo con el orden. Si tú mantienes el desorden, Lucía no puede limpiar a fondo. Memoria, entendimiento y voluntad son los tres instrumentos que nos permiten conocernos, conocer a los demás y actuar de modo correcto.

- Ya. Y eso ¿cuándo hay que hacerlo?

- Oh, es muy sencillo: a lo largo de toda la vida, para cada cosa, por insignificante que sea y con la clara conciencia de que múltiples veces llegamos a conclusiones erróneas y actuamos, voluntaria o involuntariamente, en contra de nuestras propias conclusiones. Por eso, el procedimiento consiste en un constante tejer y destejer.

- ¡Qué cansancio!

- Nadie dijo que vivir sea descansado.

- ¿Crees, entonces que cuando los políticos hacen una declaración y luego se queda en nada es porque no aplican la voluntad?

- Es muy probable que la voluntad, que supone el paso a la acción y a una acción coherente, sea el punto más débil. Pero también puede falsearse la memoria o aplicarse mal el entendimiento. Ahí, pueden interferir las palabras y sus múltiples significados o su insuficiencia para significar.

- ¿Cómo se falsea la memoria? Se puede olvidar o pasar por alto un detalle significativo. Se puede recordar de forma imperfecta, no sólo porque se formule con palabras poco adecuadas o imprecisas. Dijo Lucía.

- Efectivamente, dije yo, es verdad que se puede emplear un lenguaje inadecuado, incluso cuando uno habla consigo mismo. Pero cuando digo que se puede falsear la memoria, me estoy refiriendo a otra cosa. No a olvidar o tergiversar por inadvertencia. Estoy pensando en intereses, sueños, deseos, ambiciones, indiferencias. Estoy hablando, tal vez, incluso de hipocresía. Cuántas veces no decimos lo que pensamos, sino aquello que el interlocutor espera oír. Aquello que queremos que oiga para que tenga buena imagen de nosotros mismos o para convencerle de que somos leales, sinceros, de fiar y no advierta que queremos utilizarle para lograr algo que deseamos. O simplemente, porque en nosotros hay un pequeño lado frívolo que se encandila con el brillo social o el prestigio y el valor que la sociedad concede a determinadas cosas como la belleza, el dinero o las prebendas...

- Sí, - dijo Maite, algo harta de mi largo discurso- es posible que pongamos velos entre la memoria y el entendimiento, pero en el terreno de la responsabilidad que se tiene cuando se ocupa un cargo político, ahí no se puede uno poner velos. Por otra parte, se supone que cuando se ponen a discutir sobre los derechos de los pueblos, sobre el medioambiente o sobre terrorismo o genocidios, es porque ya han hecho memoria, ya han visto los resultados de esos desastres naturales o provocados o cualquier otra cosa y ya están allí sentados, dispuestos a poner orden en el caos.

Dijo Lucía: Si no han hecho antes el examen, no han llegado a una conclusión, no llegarían a hacer un acto de voluntad como es el de sentarse a intentar ponerse de acuerdo.

- Bien, en ese punto es posible que cada cual haya hecho examen de su memoria, haya llegado a sus conclusiones y tenga su voluntad de poner orden. Pero ¿todos coinciden en el examen de la memoria, todos han llegado a la misma conclusión, todos tienen el mismo grado de voluntad? Creo que siempre se interfieren cosas, incluso sin mala intención, incluso inconscientemente. En muchas ocasiones, interfiere el miedo, en otras interfiere el orgullo; la incapacidad para admitir los propios errores. Es muy duro, muy duro, decirse a uno mismo que se ha engañado o que se ha equivocado y menos en público. De ahí que el ejercicio de la

voluntad, que supone el propósito de la enmienda, aun cuando se hagan actos externos de voluntad, termina en agua de borrajas. De todas maneras y permitidme una cita erudita que encontré por casualidad hace unos días, esto ya se decía en tiempos de Felipe II. Un tal Enrique Furió Ceriol, escribió un libro que se llamaba «El Concejo i consejeros» en el que recomendaba que al gobernante le debe asistir un consejo para que *se le acuerde de lo pasado, entienda lo presente, provea en lo porvenir*, y eso en 1559. Para mí que sus «comunicados» debieron en buena medida también quedarse en agua de borrajas.

- ¡Caray!, pues sí que avanzamos despacio. Eso es cierto, cuántos comunicados oficiales, tienen tantos retoques, para no ofender, para no herir susceptibilidades, para encubrir intereses o para no cantar la gallina, que al final no dicen nada más que aquello de «a partir de ahora, todos vamos a ser muy buenos».

- A eso hay que sumar, quitando todo asomo de recelo y de sospecha sobre las intenciones, que una vez llegados al punto de «vamos a ser buenos y portarnos bien», no se tenga muy claro cómo se es bueno. Dijo Maite.

- En ese punto, tal vez lleguemos a las virtudes teologales.

- Y dale con el Catecismo, madre estás pesada con esa teología de medio pelo.

- Bueno, es sólo un modo de hablar.

- ¿Cómo es eso de las virtudes teologales? -preguntó Lucía.

- Como siempre, hay que explicar que fe, esperanza y amor, es como se llaman y cada cual entiende una cosa por eso.

- Y tú, ¿qué entiendes?

- No, decidme qué entendéis vosotras, yo me sé demasiadas respuestas de libro.

- Hombre, yo entiendo por fe, creer en algo.

- Sí, sea lo que sea.

- Efectivamente. Es creer en algo y se puede creer en el dinero y en su poder, en la fuerza y en su poder, en la fama y en su poder.

- Pero, a eso yo no lo llamaría creer. Más bien ese sería un creer instrumental ¿no?

- Sí, me parece que sí. Cuando digo fe y quiero decir creer en algo, creo que hay que poner algo así como tener una ideología. Es decir, tener un conjunto de valores, como la justicia, la tolerancia, la libertad, la igualdad, que serían valores colectivos y la sinceridad, la dignidad y el respeto que serían valores más bien individuales. En alguna manera, tener conciencia de que todo aquello que uno hace, siente, plantea, vive o sueña, repercute de algún modo en los demás, de manera que ha de estar regido por unos principios, por una ética que contaría con esos valores.

- De todos modos, parece que creer es algo así como esperar. Quiero decir que cuando uno cree en algo, espera que se cumpla, que suceda. Un ejemplo de andar por casa -dijo Lucía-

creo que me puede tocar la lotería, por eso juego, porque quiero que suceda y espero que suceda.

- Eso está bien. Sí, yo también lo veo así. Si se cree en algo, se espera que sea así. Es decir, se tiene la esperanza. La esperanza, supone aplicar la voluntad de algún modo y también la creencia, y también el amor. Se pone de nuestra parte para que se cumpla lo que creemos y en lo que esperamos y se espera y se cree porque se ama.

- Quieres decir que si yo quiero ser perfecta, si creo que debo serlo, debo tener la esperanza de serlo y además amar serlo y para ello poner en juego mi voluntad.

- Sí, algo así. Si pensamos que algunas cosas están mal, sean propias o ajenas y creemos que deberían ser de otro modo, no podemos dejar de tener la esperanza de mudarlas a ese otro modo mejor, pero para eso hay que cargarse de amor, para soportar las derrotas, los retrocesos y los fracasos, cargarse de esperanza y no dejar de creer y eso sólo se consigue con la voluntad, que previamente se ha apoyado en el entendimiento y ha examinado la memoria. ¿Ves?

- ¡Oh, Dios mío!, madre, a estas horas me he perdido del todo, un café y una magdalena no dan para tanto por la mañana.

- Lo sé, yo ya estoy agotada. Pero no me dirás que no es buen tema para pensar en los ratos de autobús y de metro.

- Desde luego, a mí esto me va a dar para mucho, mientras paso el aspirador.

- ¡Cielos! las diez y media, estos desayunos filosóficos son terribles. Apliquemos la voluntad para levantarnos y ponernos a hacer algo de provecho.

II

Durante mi sesión de masaje, del otro día, no conseguía relajarme, porque estaba preocupada por los amores de una amiga. Esta chica, que tiene la vida resuelta, lo gana muy bien, tanto que tiene su propia casa, un trabajo estable y una serie de ventajas que le permiten darse caprichos como viajar, comprarse buena ropa e incluso objetos de arte, siempre quiso casarse. Por razones que no vienen a cuento, pero que se resumen en que no estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado, llegó tarde a la posibilidad de casarse o, si se quiere, se le pasó la hora de hacerlo en su momento. En fin, sea como fuere, el caso es que ahora que ya tiene cincuenta años, de muy buen ver, se le presenta un enamorado. La llama a todas horas, la visita, la invita a salir, la tienta con regalos y arrumacos. El, está casado. Lleva amenazando con separarse de su mujer desde hace tres años, que ya dura el acoso a mi amiga. En los retazos que me ha ido contando de la historia, mi amiga vive lejos y nos vemos de tarde en tarde y sólo nos hablamos por teléfono de vez en cuando, voy viendo que él tiene un matrimonio aburrido por el simple paso del tiempo y por la falta de dedicación. Me doy cuenta de que él tiene una situación económica estable, pero que si se separa, que es lo que le apetece, se le complica la cuestión financiera y no está dispuesto a pasar estrecheces a su edad que es poco más o menos la de mi amiga. Esto lo veo normal. Sin embargo, dejándome llevar de la ilusión que a ella le hace el casarse, de que no se puede sospechar de todo y de todos, que hay que ir por la vida con el corazón más abierto, yo le digo que, bueno, que no deje ir así sin más esa oportunidad de establecer una relación agradable con un hombre que le gusta. Sin embargo, la historia me inquieta y me descubro a ratos dándole vueltas, sin saber muy bien qué hacer y dudando acerca de qué le diré la próxima vez que me llame y me vuelva a sacar este asunto.

Como decía, mientras me estaban dando el masaje, mi cabeza cavilaba en ello y no conseguía relajarme. La masajista lo notó, porque tenía los músculos de la espalda y del cuello como las cuerdas de una guitarra y me dijo:

- ¿Qué te pasa, que estás más tiesa que una escoba? Por más que paso y repaso, no consigo deshacer los nudos que tienes aquí.

Le confesé lo que me rondaba por la cabeza, y me contó esta historia:

- Lo mismo que lo de mi amigo Jesús. No es exactamente lo mismo, pero muy parecido y si no ya verás. Mi marido y yo tenemos un amigo, Jesús, al que conocemos desde la infancia.

Me puse muy contenta cuando este verano me dijo que se había echado una novia. Porque el muchacho es muy majo, un buenazo y ya se está haciendo mayor, tiene veintiocho años y nunca le hemos conocido una novia. Tiene un buen trabajo, lo gana muy bien. Se dedica a poner canalones de desagüe en las casas y no veas el dinero que da eso. Bueno, pues el Jesús va y me dice que se ha echado una novia. Y yo voy y le digo ¿y quién es, la conozco? Y me dice, la Gema. Me quedé de piedra. La Gema es una chica del pueblo. Que no digo yo que no sea una buena chica, pero tiene un no sé qué, que no me termina de encajar. Es como si... Como si siempre llevara una máscara, a ver si me entiendes. Como que no dice las cosas por derecho, como que te pone caras y se espera a ver que piensas para luego decir otra cosa. No sé. Algo tiene, de eso que te da en la nariz. Y yo le digo al Jesús, y ¿cómo la Gema a estas alturas?, pero si sois amigos del pueblo desde chicos y tú nunca te habías relacionado con ella, más allá de la pandilla, ni nunca habías dicho, pues me gusta o qué buena está o algo. Pues ya ves, en las fiestas, me dice, este verano. Y yo no estaba borracho, pero nos enrollamos y luego nos preguntamos que qué había pasado y luego pues que a lo mejor nos habíamos enamorado y en eso andamos. Ella me llama. Yo voy a verla. Si estoy dos días que no digo nada, me busca. En fin, que está por mí y a mí me hace ilusión que esté por mí. Yo, lo primero que le dije, pues hijo me alegro. Pero luego me quedé cavilando. No quiero decir que esa chica me parezca mala, ni que yo tenga nada contra ella, pues yo la he tratado poco o casi nada. Pero, que me da tufo... Y dándole vueltas, voy y me acuerdo de que éstos, con otra gente, hace dos años, se estozolaron por la carretera. Iban en el coche de Jesús, se habían ido a la fiesta de otro pueblo y al volver se dieron un leñazo que por poco se matan. Ella, la Gema, que iba en el asiento del copiloto, fue la que salió más mal parada. Se le rompió un brazo malamente. La han operado dos veces y aún no lo tiene bien del todo y lleva liada dos años con esa historia. Perdió el trabajo que tenía y no es que esté inválida, que podría trabajar en otra cosa, pero como anda de rehabilitaciones y a lo mejor la tienen que operar otra vez, pues no se pone a hacer nada y así, allí que no hay mucho trabajo, para mí que ya no encuentra nada. Antes del accidente, la Gema no le hacía puñetero el caso al Jesús, pero ni mirarlo. La verdad, el muchacho, que es muy bueno, no es gran cosa, nunca ha tenido éxito con las chicas, así que ésta, tampoco le hacía caso. Como tenía posibles y coche, sí que lo usaban, para mí que lo usaban de transporte y de tarjeta de crédito. Tú me entiendes. La mitad de las rondas la pagaba él. Pero de gustarle, de tirarle los tejos, de ir tras él, nada. Así que de repente se me encendió la bombilla y me dije, Conchi, la Gema se está buscando quien le pague la pensión de invalidez. Mi dilema fue, cómo se lo digo al Jesús que lo están utilizando y engatusando para que la Gema se arregle el porvenir, que de amor nada, que más bien es «quiero que me arregles la vida, ya que por tu culpa se me estropeó el brazo». No se lo he dicho a mi marido, porque es muy bruto, y es capaz de, sin ningún rodeo, decirle: Jesús ándate con cuidado que la Gema te ha tomado por la

Seguridad Social y no por el hombre de su vida. Como llevaba yo dos meses dándole vueltas al invento, agarré al Jesús, le llamé por teléfono y le dije que tenía urgencia de verle. Se vino el pobre en un vuelo, pensando que me pasaba algo a mí. Pero le dije que no, que a mí no, que a quien le pasaba era a él. Oye, se lo explico, le pongo en antecedentes, le cuento lo que me parece y ¿sabes lo que me contesta? Que sí, que él también lo había pensado, que de todas maneras a él nadie le había dicho por ahí te pudras, que le hacía ilusión que ella se lo dijera y que si para tenerla había que pagar, pues que él pagaba, porque, además, con el brazo chungo... La verdad es que estaba bastante buena y total, también había sido por su culpa que ella se había estropeado el brazo y que de alguna manera también estaba así y ya nadie la iba a querer, habiendo otras que estaban más sanas. Así que yo le dije, hijo mío, sarna con gusto no pica, pero vivir con alguien toda la vida por pagar o cobrarse un brazo roto es muy fuerte. Avisado estás. Volviendo a lo tuyo. Así que tú le dices a tu amiga, mira hija, si por tener un señor que te saque de casa, que coma y duerma contigo y te enrede en la cocina, tienes que pagar, pues paga, porque ése, para mí que no quiere volver a ser pobre, después de haber tenido un pasar. Y como están los divorcios, como están las pensiones de alimentación y como están de caras las casas, ése ha visto el cielo abierto con que tu amiga tenga piso, tenga sueldo y no tenga que pagar nada, más que a él sus corbatas. Si eso le merece la pena, pues andando y si no le merece, pues puerta, que gorriones, siempre encontrará.

¡Dios mío! qué claro es todo, me dije. Yo pensando en los traumas de mi amiga, en su soledad y en sus frustraciones. Pensando en el matrimonio desgraciado de él y sintiendo una cierta conmiseración. Pensando en que la felicidad es muy difícil, que las relaciones humanas son muy complicadas. Reprochándome ser mal pensada, porque por qué no podía ser un amor más maduro, más serio. Tras una mala experiencia, él podría saber qué tipo de mujer le convenía, le gustaba. Después de todo la gente a veces se casa muy joven, sin experiencia, sin madurez y luego, la maduración de cada cual va por un lado y la gente se distancia. Esto está en los libros de psicología. Lo sé porque tengo una amiga psicóloga que me lo cuenta. Y, además, si ella está ilusionada, no es fácil tener muchas ilusiones a los cincuenta. La vida de pareja es muy difícil, pero ya son mayores, pueden encontrar recursos para reavivar las ilusiones. El es un intelectual, ella también. Las buenas conversaciones llenan la vida, el compartir los libros y la música, las ideas políticas, los compromisos sociales, la entrega a buenas causas. En fin esas cosas. Algo así, más o menos arreglado, le dije a mi masajista y me replicó:

- No digo yo que esas cosas no ayuden, pero el dinero para irse por ahí a cenar o hacer un viaje o a tomar el aperitivo y si, con brazo mejor o peor, en el caso de la Gema, se funciona en la cama, lo demás sobra. Si a tu amiga le da gusto en la cama y con lo que ella gana comen y toman un cubata los dos, pues está hecho y si se pone pesado, pues otro habrá que le pegue la

gorra.

Esa noche llamé a mi amiga y se lo dije. Ella que, en el fondo, es de pueblo y nunca ha perdido del todo el pelo de la dehesa, a pesar de la intelectualidad, me dijo:

- Lo sé, eso ya lo había pensado yo y a estas horas no voy a pedirle peras al olmo. Por lo pronto unos días le digo que sí, nos hacemos arrumacos y me lo paso bomba. Otros le digo que no, sufro mucho y es como un culebrón y también me lo paso bomba llorando por él. Como todavía no ha dejado a su mujer del todo, estamos en ésas; entre el culebrón y el revolcón. Si se decide, ya echaré cuentas y si me compensa le pago las corbatas y en paz y si no, invierto en bonos del estado y espero mejor ocasión. Como dice tu masajista, gorriones de buen ver, hay cientos.

Parece que la cosa está clara. Se trata de arreglarse la vida. De tener con quien compartir o a quien te resuelva tus problemas, sean económicos o de otra índole, es decir, sexuales, porque parece que no existen más que esos dos. No puedo evitar, sin embargo y tal vez por ese exceso de leer libros, que a mí me preocupe, en las relaciones de pareja, toda una serie de elementos que no parecen esenciales para el común. Yo a esos arreglos de tú pagas y yo estoy aquí y te caliento la cama los llamaría sucedáneos. No lo llamaría amor, pero tal vez nadie le llame ya amor a estas cosas que ocurren entre dos. La gente habla de enamorarse, de que le hace ilusión y, en realidad, me temo que estén hablando de una especie de contrato de trueque: yo te doy esto y tú me das aquello y en paz. Nadie habla ya de la comunicación de las almas, de un proyecto de vida en común, de la familia, de los hijos, incluso aunque los tengan, de transformar el mundo por medio del amor. Pero lo que me parece más grave, y a lo mejor es que me hago vieja o soy de otro mundo, es que ya nadie habla de renunciar. La renuncia es una palabra trasnochada. Se habla de reivindicar. Ya nadie habla de haber encontrado el amor de su vida y de aceptar que sea ése y no otro el amor de su vida y, si no lo logra o lo tiene que abandonar por alguna razón, se proponga conservarlo en su corazón, renunciando a consumarlo o a poseerlo. Es curioso, tampoco se habla de responsabilidad. De tomar uno a su cargo algo. Es preocupante que esto sea así. En este momento, no sé si ambas cosas tengan alguna relación. Tal vez, si hay lugar, estas cuestiones salgan en alguna de mis charlas de café y obtenga alguna respuesta que me pueda valer.

III

Hace unos días, andaba yo preocupada con el mal funcionamiento de las instituciones y con la dejación de responsabilidades. Seguro que por moler simplemente, un cargo no dimitía. Se presentó una cuestión grave que el tal cargo debía resolver, pero como ya no ejercía como tal, ni se iba, ni cedía el paso al siguiente, fuera quien fuera, el asunto corría el riesgo de perder todos esos plazos con que nos atosiga la administración. Por otra parte, a mi conciencia le repugnaba solicitar del cargo resistente a la dimisión que convocara la pertinente reunión para resolver el asunto. De tal manera me hallaba yo sumida en un tira y afloja con mi conciencia que me decidí a consultar a la superioridad. Y la superioridad, que no ejerció como tal, me dio una salida tangente por la que según sus palabras «yo salvaba la cara». Es decir, no se cumplía la norma, pero se podía resolver el asunto sin que yo lo pidiera expresamente. Tuve la impresión de que aquel señor tan guapo, tan reluciente tras su bigote que me recordaba el de Stalin, se reía para sus adentros de mis escrúpulos de conciencia. Debía pensar que yo era una de esas puritanas que van por la vida poco menos que en el Ejército de Salvación, tocando el bombo por más señas.

De la preocupación por el mal funcionamiento de las instituciones, pasé a un cabreo sordo y luego, según mi costumbre, a la depresión que me da siempre que me siento como un bicho raro que parece no jugar con las reglas corrientes en el mundo.

Andaba yo así, cuando me tocó ir de nuevo a mi sesión de masaje. No podía contar allí lo que me pasaba porque estos líos burocrático-éticos quedan muy lejos de los intereses de mis tertulianas de café y hubiera tenido que dar una serie de explicaciones prolijas, empleando un lenguaje llano que no estaba, en esta ocasión, segura de alcanzar. Por lo pronto, debía haber empezado por aclarar cuáles son las funciones de los diversos cargos y cuáles sus competencias y eso mata a cualquiera. De manera que me dejé sobar la espalda en silencio, fingiendo estar relajada y casi lo consigo y me duermo.

No obstante, apareció una de las tertulianas que venía de visita. Ese local de estética es un poco también el casinillo del barrio. Las amas de casa y otras, según pasan por allí, hacen un alto en sus obligaciones o itinerarios y, haya café o no, aprovechan para echar una parrafada. Comentan del tiempo, de lo caro que está esto o lo otro o de que sus niños tienen tos y de lo borde que es el médico del Seguro, o de lo amable que es, que también los hay.

Entró Merche y dijo:

- ¿Te importa que me siente dentro?, se refería a sentarse en un taburete dentro de la sala

donde andaba yo en paños menores, mientras me daban el masaje.

- No, le dije, pasa, pasa, aquí siempre se está como en familia.

- Gracias, hija, ya sé que contigo se puede ser tal cual. Pero hay algunas muy miradas, que no quieren que las vean. A lo mejor es que llevan agujeros en las bragas.

- Ya sabes que yo, cuando vengo aquí me lavo, como cuando voy al médico, aunque no me haga falta.

- Mira es que quería contaros, para ver que opináis. Porque estoy más que cabreada.

- Qué pasa, dijo Conchi.

- Pues pasa que el mejor amigo de mi marido es un cabrito y ya estoy harta. Ya sabes lo aficionado que es mi hombre al fútbol. Bueno pues él y este amigo son de la directiva de los juveniles, donde juega mi hija. Que qué bruta me ha salido esa muchacha, pero su padre está encantado. Lo que decía. Los dos son de la directiva. Mi marido lo dejó el año pasado, que ya no es ahora, pero el otro sigue allí. Ahora se acerca la cena esa que se hace todos los años. Un año en que el Antonio, el amigo, no era de la directiva, mi marido le consiguió las entradas para la cena. Pero este año, él tendría que conseguírselas a mi marido. Pues va y le dice, Manolo, te tienes que sacar la entrada si quieres ir con la Merche, porque ya no hay casi y tú no eres de la Directiva. Resulta, que en la Directiva se reservan entradas para los de ahora y los de antes. Pues si son siempre los mismos monos, porque se turnan porque eso cuesta dinero y trabajo y sacrificarse los sábados y los domingos y llevar a los chiquillos e ir los días de entrenamiento a ver si todo marcha. En fin, que lleva su rato y se turnan, pero para las cenas se guardan las entradas. ¿Qué ha pasado?, pues que las mujeres nos pagamos nuestra entrada. Sólo se invita a los de la Directiva, estén o no estén dentro y eso se paga del fondo del club. Las mujeres nos pagamos la nuestra si queremos ir con los maridos. Pues, el Antonio para ahorrarse la de su mujer, ha cogido la entrada de mi Manolo. Eso es. Y yo me subo por las paredes.

- Jolín, qué cara más dura tiene el Antonio.

- Lo que yo le dije a Manolo. Será tu amigo del alma, pero a mí me oye. Y tú, que eres un bragazas, te haces el loco y te vas donde el presidente y le dices, que quiero mi entrada y que te diga que se la ha dado al Antonio y entonces tú le dices que el Antonio te ha dicho que él no la tiene y a ver cómo lo explica y a ver si el presidente pone orden. Mi Manolo me dice que él por treinta euros no le dice nada, que paga y se calla. Que no se va a pelear con su amigo de la infancia y no va a meter en un lío al presidente y que si el club funciona es porque hay que hacer la vista gorda con cosas como ésa. ¡Tócate un pie!

- Desde luego, los hombres parecen tontos. Igual lo son. Pues, ¿para qué está el presidente? ¿Será para poner orden?, digo yo.

- Pues, ni orden ni nada. Mira por dónde, salgo de la carnicería y me doy de morros con el

presidente y voy y le digo: Oye Joaquín, ¿habéis cambiado las normas en la Directiva? Y me dice, no, ¿por qué?. Le explico lo de las entradas y me dice, bueno hija, ya sabes el Antonio siempre que puede no paga una ronda. En cambio tu Manolo, que es más bueno que el pan, pues ése paga lo suyo y lo de los demás. Para qué vamos a meter bronca. Cuando a mí me dijo que él se llevaba la suya y la de Manolo, yo ya me dije: ésta es para él y para su santa. El Manolo y la Merche se pagan este año dos entradas. Le dije, ¿así que tú sabías que el Antonio se quedaba con nuestra entrada?, pues claro, me dice, si lo conozco como si lo hubiera parido. ¡Anda mi madre!, le digo yo y ¿por qué no le dijiste, deja que el Manolo venga a por su entrada? ¿Para qué, para que discutamos? Mira, Merche, si cada vez que un socio o un miembro de la Directiva hiciera algo que no debe y yo, en el ejercicio de mi cargo, voy y me lo echo a la cara y le canto las cuarenta, hace tiempo que habría dejado de ser presidente, así que hago la vista gorda y hoy por ti, mañana por mí. Porque al año que viene, si ya no estoy en la directiva y me quedo con la entrada de otro, pues ése se va a callar, como he hecho yo, porque sabe que un año tú y un año yo. Osea, le digo, ¿que mi Manolo se ha llevado ya sus entradas de gorra otro año? Y me suelta: No hija, ¿no digo que tu Manolo es de los que siempre pagan? ¡Qué te parece!

- Nada, hija, que el que nace para tonto así sigue.

- Tú que eres más instruida, ¿cómo lo ves? Me dice Merche.

Y yo le replico: Nada, lo que dice Conchi, que el que nace para tonto así se queda. Por si te sirve de consuelo, entre los instruidos, como dices tú, también cuecen habas.

Cuando salí de allí, no es que fuera más consolada, pero me dije: Me gustaría conocer al tal Manolo para invitarlo a unirse al Ejército de Salvación, así ya seríamos más a tocar el bombo. Sí que es un consuelo que haya manolos en alguna parte.

Luego supe que Merche había convencido a Manolo para que en vez de pagar las entradas de la cena del club, diera una excusa de trabajo para el día de la juerga, y se la llevara a ella a Arganda a comerse entre los dos, solitos, unas chuletas.

IV

Llegó la hora del desayuno y yo estaba en la cocina sorbiendo mi café, algo adormilada. Al poco, mientras andaba perdida en medio de una larga serie de ideas inconexas, oí los pasos de mi hija, bajando la escalera. El día anterior casi no nos habíamos visto y, por supuesto, no habíamos cruzado más allá de cuatro palabras. Ella anduvo todo el día entre sus clases, unas entrevistas que tenía que hacer y en una charla con un amigo suyo al que yo considero un poco fanático. Sabía que ella estaba preocupada con esas entrevistas y, especialmente, con la charla que se le avecinaba con su amigo, el fanático. De manera que no bien asomé la nariz en la cocina, le dije:

- ¿Qué tal ayer?

- Bien, bien. Cansada.

- Ya sé que tuviste muchas clases. Pero me refiero a tu entrevista y a la charla con Curro.

- ¡Ah, bien!

- Hija, qué poco expresiva estás. Para mí que andas un poco cabreada. ¿Algo fue mal?

Ella guardó silencio y ceremoniosamente se sirvió el café, la leche, el azúcar, le dio cuidadosa y parsimoniosamente vueltas a la cucharilla, con los ojos en la superficie del café con leche. Yo sólo podía ver su cara inexpresiva y sus ojos, generalmente delatores, entornados y sombreados por sus espesas pestañas. Cuando ya estaba yo a punto de terminar mi café y dejar por imposible toda charla aquella mañana, me suelta de repente:

- Mamá, ¿tú crees que es necesario caerse del caballo?

- ¡Anda ésta, por dónde sale! ¿De qué me hablas?

- De San Pablo y de caerse del caballo.

- Pues, la verdad... Sigo sin entender nada.

- Verás, te cuento: Ya sabes que entre Curro y yo dirigimos ese grupo de reflexión para chavales entre catorce y dieciséis años. Ayer tuve una charla con un tal Emiliano que tiene quince años y es del grupo. Es un chico bastante majo, pero muy callado. En las reuniones no interviene casi y no es que esté ausente o se despiste, simplemente es que es callado. Cuando se le pregunta directamente, normalmente se encoje de hombros y te dice cosas como ¡paso! o yo de eso no he pensado nada. Bueno, pues le hice la entrevista. ¿Sabes lo que me dijo cuando le pregunté cuáles eran sus proyectos de futuro, qué esperaba él de la vida? Pues que él quería ser piloto. ¿Por qué? Me dijo, porque ganan mucho dinero. Cuando le pregunté para qué quería el dinero, me dijo para divertirme. Y tú, ¿cómo te diviertes? y me suelta, pues me voy por ahí y

me divierto. ¿Bebiendo? No - me dijo-, bebiendo no, yendo por ahí, a mirar a las «titis» y a dar una vuelta. Yo le dije, supón que de repente se mueren tus padres y no puedes hacer todo eso que quieres, ser piloto para ganar dinero y salir a ver las titis. Me dice: Pues me pongo a trabajar y gano dinero para luego poder ser piloto, ganar más dinero y poder divertirme. Por poco me da algo. Como las entrevistas no pueden durar más de veinte minutos y con lo de las titis, lo de ser piloto y lo de ganar dinero casi los habíamos consumido, le solté al final: ¿Al menos llorarías un poco si se mueren tus padres de repente? Y me dijo: Bueno, sí, pero no tendría mucho tiempo, porque tendría que buscarme un curro, para conseguir dinero pronto. No sé si morirme del todo. De verdad, en el fondo pienso que a pesar de todo ese muchacho tiene posibilidades de convertirse en una persona.

- Es posible. No hay que perder la esperanza.

- Sí, yo creo que sí. Con paciencia, consiguiendo que vaya entrando en el diálogo o, por lo menos, que oiga dialogar a los demás, es posible que, cuando se quede solo, descubra que hay más cosas que ser piloto, que por otra parte no está mal, y mirar titis, yo también miro a los tíos y no pasa nada, es normal.

- Por supuesto que es normal. Además con quince años. Lo único que me asusta un poco es que, si no recuerdo mal, yo no tenía ni idea de lo que quería ser a los quince años. Quería ser unos ratos una cosa y otros, otra. Desde agricultora a bailarina, desde pintora a actriz de cine o casarme con un príncipe de un país lejano. Yo que sé. Desde luego nadie de mi entorno tenía claro lo que quería, incluso mucho después de pasados los quince años. Por supuesto que la sociedad ha cambiado, pero me pregunto en qué y tanto como para que un crío de quince años tenga tan claro que lo que de verdad le importa es ganar dinero y divertirse.

- Bueno eso es preocupante. Pero aquí es donde entra Curro. Curro está conmigo en el grupo. Te digo que, además, Emiliano no es el único que se manifiesta así. Hay más, a unos les da por el fútbol, a otros por las «titis», pero a casi todos lo que más les importa es el dinero. Su proyecto de futuro es tener dinero, cuanto más mejor, y comprarse un coche que sea «chuli». Yo trato de hacerles ver cosas. Sacamos noticias del periódico, intento que tengan opinión, que piensen en algo, que digan lo que harían ante tal o cual conflicto y, poco a poco, incluso los más cerriles, dicen cosas sensatas. Alguno hasta confiesa haber oído la noticia por televisión y dice que le llamó la atención y que se debería hacer algo porque eso no es normal, como lo de las mujeres maltratadas o el trabajo de los menores o que se caigan casas por defectos de construcción o que haya contaminación. En fin, que poco a poco, parecen salir de lo del dinero o lo del coche. Pero llega Curro y antes de que abran la boca, les dice que son unos cenutrios, que están amuermados, que son como trozos de madera, que son unos burros y unos tontos. Con lo que van y se me quedan más mudos que las piedras.

- Es un método de choque, no cabe duda, pero yo tengo mis dudas de que sea efectivo.

- No lo es. Se cierran como almejas. Una me confesó el otro día: Yo, si viene este tío no abro la boca, porque no hace más que llamarnos tontos, para decir algo y que el tío se me ría en la cara ¡y una porra! Además, si se me ocurre algo, que se me ocurre, para qué se lo voy a contar a él si ya cree que soy tonta.

- ¿De ese método es de lo que ibas a hablar con él?

- Sí. Le dije: Mira, hay que tirar poquito a poco de la cuerda, porque no tienen costumbre de hablar delante de los otros. Algunos no se conocen demasiado, ellos están acostumbrados a sus pandillitas y tampoco hablan de cosas serias o sí, pero no lo sabemos, y aquí, en el grupo, parece todo lo contrario. Hay que ir muy despacio, tirándoles de la lengua. Diciéndoles por delante cómo nos parece a nosotros esto o aquello, dándoles pie a que se sinceren, si ven que nosotros nos sinceramos o les planteamos las cosas como si fuéramos amigos de toda la vida. Seguro que hay que sacudirles en algún momento, pero ahora, al principio, es mejor, me parece a mí, ir con tiento. Se lo dije muy suavemente, dando muchos rodeos, porque no quería que pareciera una crítica o que yo no estaba de acuerdo con él. Además le dije, es mejor que nos pongamos de acuerdo con el método, para que no vean que ni siquiera nosotros estamos de acuerdo. Para que vean que los dos pensamos de forma parecida, para que tengan confianza y vean que los consideramos personas.

- Bueno, eso parece bastante razonable ¿y?

- Se puso como una hidra.

- ¿Por qué?

- Me soltó que yo era una niña burguesa.

- Eso es verdad ¡qué se le va a hacer!

- Ya, pero por muy burguesa que sea, no estaría haciendo lo que hago, sacrificando mi tiempo libre en estas cosas si no me importara, precisamente a mí, nada más que el dinero, el lucir o pasármelo bien, digo yo.

- Parece evidente que tienes un mínimo de inquietud social, pero eso no quita para que sigas siendo burguesa. Lo que no es malo del todo. A cada uno le toca lo que le toca. Si bien es una posición de privilegio, también es un riesgo, me parece, porque tienes que luchar con una vida fácil, cómoda y sin problemas básicos y así, con todo resuelto, - lo que, por otra parte es mucho decir, porque quién sabe qué será de tu propia vida - me parece que es más fácil desprenderse de la realidad, ignorarla o al menos despreocuparse. Tú no tienes problemas, por lo tanto, por qué te van a preocupar los de los demás.

- Eso creo y, al menos, debería reconocerme que intento no ser una ameba y que voy por la calle con los ojos abiertos y trato de tener una opinión, un espíritu crítico ante las cosas. Bueno, creo que en el fondo me ve como a esos críos de quince años que sólo piensan en las «titis» y en pasárselo bien, yendo por ahí y a dar una vuelta, que son en definitiva las

actividades a las que se dedican con más fruición. Curro considera que yo no me he caído del caballo y que mientras no lo haga seguiré teniendo una mentalidad burguesa y una total falta de ideología.

- De todas maneras, no entiendo muy bien eso de caerse del caballo. ¿Es como si de repente tuvieras que pasar por un proceso de iluminación súbita que te dura ya para siempre? No sé qué quiere decir ese hombre con lo del caballo.

- Según él, caerse del caballo es algo así. Un día se te enciende la bombilla, alcanzas la verdad con mayúsculas y ya está. Tanto para mí como para los chicos del grupo, él quiere ser lo que nos sacuda y nos haga caer del caballo. Mamá, ¿tú no crees que cada día se está cayendo uno del caballo? ¿No crees que cada día te caes de una manera distinta? ¿No te parece que ésa es una labor de mucho tiempo?

- Espero que sí. Tengo casi cincuenta años y cada día me caigo del caballo y espero seguir haciéndolo. Unas veces la morrada es súbita. Otras veces te vas escurriendo, poco a poco, por la cola y te quedas sentada de culo en el suelo. Muchas veces te caes, te das cuenta de que algo no es como tú creías o te asalta un problema ético que jamás te habías planteado o cualquier otra cosa. Lo que pasa entonces no es que sepas ya cómo resolver la cuestión o qué actitud tomar o por dónde tirar. Sabes que algo anda mal, pero no sabes qué ni cómo enfrentarlo. Alguna vez, de tarde en tarde, sí ves una lucecita, pero ni toda la luz de golpe ni sufres una transformación total, como la de Moisés en el Sinaí, cuando le vio la cara a Dios. Yo no sé cuál es la Verdad, así en bloque. Lo único que voy sabiendo, muy muy despacito, es que hay cosas que no son o que no son del todo o que yo no las he sabido ver antes. A partir de ese momento, ya sé que no puedo actuar como si no me hubiera dado cuenta, eso es cierto, pero desde luego no tengo muy claro cuál es el siguiente paso a dar.

- ¿Cómo puede Curro estar tan seguro de que él sí se ha caído del caballo, de que conoce la Verdad y de que todo el mundo tiene que entrar por ahí? Es imposible. Bueno pues se puso furioso porque yo, según él, no me quiero caer del caballo y, sobre todo, porque le rechazo para seguir cómodamente instalada en mi vida burguesa. Rechazo que él sea una especie de voz del cielo que viene a salvarme y yo no quiero escucharla conscientemente.

- Te confesaré una cosa. Desde el día en que le conocí, me pareció un poco fanático, un poco mesiánico. Fue una especie de percepción física. No lo tenía yo formulado con claridad. Pero me confirmo con esto que me dices. Ese muchacho reúne todos los ingredientes de un fanático; yo vengo a salvarte, porque poseo la verdad y si no me escuchas y me obedeces y te convences de que lo que yo digo es la verdad, pues estás equivocada y, no sólo eso, eres mi enemigo.

- De todas maneras, el cabreo que tenía con él se me está pasando. Lo que de verdad me importa es que yo creo que si algún día descubro que ya lo he aprendido todo, que tengo

soluciones para cualquier cosa, que sé cómo resolver cualquier conflicto, mío o de otro, ese día me habré muerto o, aunque siga viva, estaré muerta, no sé si me entiendes.

- Te entiendo perfectamente.

- Por otra parte, creo que aunque lo supiera, aunque llegue a tener un buen número de cosas resueltas, no me parece que sacudir a los demás sea la forma de transmitirles la poca experiencia que yo tenga. Por supuesto no es cuestión de dejar pasar el tiempo, que, según dicen, lo arregla todo, porque yo no sé si tengo todo el tiempo del mundo para ir arreglando las cosas, pero sí creo en el diálogo, en hablar de los asuntos que te preocupan, en, por lo menos, comunicar a los otros lo que te sorprende o lo que te angustia.

- Algo que yo he aprendido es que, efectivamente, es del todo verdad que nadie escarmienta en cabeza ajena. También he aprendido que es verdad eso de no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, porque quién sabe si existe mañana. Por eso no creo que se pueda sacudir a nadie para que si ha de caerse del caballo, se caiga pronto, pero tampoco se puede dejar pasar la vida sin caerse cada poco del caballo o negando que la vida es una especie de caballo desbocado, porque si te agarras a la crin con fuerza y no te caes jamás, es el caballo el que vive tu vida y no tú el que dirige al caballo.

- Bueno, no estés preocupada por mí. Simplemente estoy cansada porque ha sido una semana dura y el día de ayer fue especialmente intenso, pero no me siento mal. Me siento bastante bien y, aunque al principio estaba muy cabreado, al final de nuestra conversación Curro reconoció que se pueden alternar las estrategias y que procurará no ser tan agresivo. Así que la cosa acabó medio bien. Por otra parte, yo he aprendido todo eso que te he dicho. No sé si sirve para mucho, pero creo que me he caído un poco del caballo. No como Curro quiere o cree, pero sí a mi modo, que es el que a mí me importa. Me voy, madre, que tengo mucho que hacer hoy también, a lo mejor te voy a buscar para que comamos juntas.

- Eso estaría bien, sobre las dos y media ya estaré en el despacho. Ven a buscarme y comemos.

Con un ¡vale, hasta luego! subió las escaleras y se metió al cuarto de baño. Al poco, yo la seguí, hice lo mismo, me arreglé y me fui a trabajar. Cuando iba en el coche pensaba, qué bien se cae esta gente de ahora del caballo. Qué claras tienen las cosas. Añoré mis veintidós años, pero me di cuenta de que yo sí que los perdí totalmente. Al menos hasta los treinta y cinco, cuando ya tenía dos hijos y una carrera profesional, yo no di mi primer resbalón del caballo. Es estupendo que, al menos, tus hijos tengan claras las cosas, reflexionen y analicen sus experiencias y saquen conclusiones con tanto ojo. Es posible que no todo esté perdido, aunque yo tenga la sensación de pertenecer a una generación medio perdida. Claro que si soy su madre, algo habrá aprendido de mí. Con este último pensamiento, me di unas palmaditas en el hombro y me dije, chica, no lo has hecho tan mal. Pero, como soy algo masoquista,

inmediatamente se me ocurrió que podía ser sólo una casualidad; la casualidad de que mi hija fuera mucho más inteligente y despierta, más capaz de decirse las cosas a sí misma sin tapujos, de no matar sus intuiciones como aberraciones de la mente sentimental de las mujeres y otras zarandajas que yo había aprendido. En fin, más adelante, cuando ya casi llegaba a mi destino, pensé que, al menos, tenía mucha suerte de tener una hija tan perspicaz, tan madura y tan despierta. Hubiera sido horrible que hubiera salido en todo a mí. Por otra parte, me encanta esta especie de juego equívoco, en el que ella me pregunta mi opinión sobre las cosas, porque se supone que yo sé más que ella, y yo termino aprendiendo montones de cosas que ella me enseña o me descubre que yo también sé, pero con diez años de retraso o veinte sobre su marca.

V

Es frecuente que al despertarme una frase me martillee en el cerebro. Nunca he llegado a saber porqué me ocurre esto. Tal vez, haya estado soñando con algo que me preocupa y que queda resumido en esa frase o en una palabra que, ya en la vigilia, me parece carente de sentido. Hace unos días, amanecí con la siguiente: «No son lo mismo los ojos negros que los alcoholados». Esta es una vieja sentencia árabe que yo leí en un poeta medieval y que quiere decir que es más bello lo natural que la hermosura conseguida por medio de artificios.

Aquella mañana en que me rondaba esta frase, sin que yo llegara a descifrar por qué mi pensamiento se había enredado en ella y no podía apartarla, de igual modo que se te mete en la cabeza una melodía, llegué al salón de estética y lo encontré cerrado. Cuando esto sucede, ya sé que tengo que ir al café de al lado a buscar a mis chicas que están allí desayunando. Empujé la puerta del café y, efectivamente, allí estaba el corrillo en torno a la mesa, las tostadas, las porras, los churros y el café. Arrimé una silla y me senté con ellas. Estaban enzarzadas en una controversia de ésas fundamentales.

Dijo Ana:

- Pero, bueno, ¿qué te vas a poner para el sábado?

- Lo que ya dije; el traje de chaqueta negro y el «bodi» ese de brillo. A lo mejor me echo un chal que tengo muy mono o un pañuelo grandote o algo así.

Yo, que no sabía porqué había que vestirse de algo especial el sábado, le pregunté la razón a María que estaba sentada a mi lado y me replicó:

- Es que se casa una prima suya.

- ¡Ah!, dije.

Ana continuó el interrogatorio:

- ¿Qué bolso vas a llevar y qué zapatos?

Conchi dijo:

- Yo no llevo nunca bolso, ya sabes que siempre voy con mochilas. A lo mejor le pido uno negro, pequeñito, que tiene mi madre. Y me voy a poner los botines negros.

- ¿Qué botines?, exclamó Ana con un acento de sobresalto.

- Los de plataforma, ésos que me compré el otro día. Ya te los enseñé.

- ¡Hija, por Dios!, ¿dónde vas vestida de gala y con unas botas? ¿No decías que era una boda de mucho postín?

- Mi prima es un poco pija y mis tíos tienen muchas relaciones. Han montado una boda por

todo lo alto. Todo el mundo va a ir hecho un árbol de Navidad, seguro. Pero yo no me siento cómoda. Yo tengo que ir bien, pero vestida a mi aire, como voy yo siempre.

- Sí, claro, con mallas, zapatones, una camiseta con un dragón verde y la mochila, ¿no te fastidia!, como vas siempre.

- No, mujer. No voy a ir como cuando estoy en mi casa o vengo a trabajar. Pero no quiero sentirme a disgusto todo el rato, pensando en la ropa. No quiero ir disfrazada de lo que no soy. Además, voy con un traje de chaqueta que eso siempre queda fino. Es negro y ya sabes que el negro siempre viste. Para darle un toque, llevo el «bodi» de brillo, que no es manco, porque tiene un escotazo que mi marido cuando me lo vio puso los ojos bizcos. Y si me pongo el chal, pues, hija, yo creo que queda elegante. Además, me voy a arreglar el pelo, que ya lo sabes, porque me lo vas a recoger tú. Y cuando llevas el pelo un poco compuesto pareces otra. Eso hace mucho.

- Eso sí, pero luego te plantas los botines de plataforma, tal que si fueras a esquiar.

- Mujer, que no son botas, son unos botines muy majos y, sobre todo, que son muy cómodos, como zapatillas.

- Eso, zapatillas de deporte. Lo que yo te diga.

Ana, volviéndose hacia mí me dijo:

- Tú ¿cómo lo ves? ¿No iría mejor con unos zapatos salón, con un poco de tacón más bien fino y que cuando se siente se vea la media entre el borde del pantalón y el zapato y no la caña de los botines?

- Hombre, no sé, yo soy muy clásica en el vestir. Por lo pronto, quizá no me pusiera para una boda, si es muy vestida, un traje de chaqueta de pantalón, a no ser que fuera de una tela un poco sofisticada, como satén o algo así. Pero, desde luego no iría con botines, sino con un zapato. Aunque también es verdad -y me volvió a la cabeza la frase de los ojos alcoholados- que prefiero ir cómoda a ir sumamente compuesta y sentirme como disfrazada. Lo natural es lo más bonito.

Yo sabía que con esta respuesta que le daba la razón a los dos bandos que estaban en liza no resolvía nada, pero, sinceramente, yo tampoco lo tenía muy claro. En cualquier caso volví a afirmar:

- La verdad es que para mí la comodidad, sobre todo en los pies, es fundamental. Lo de no sentirme disfrazada, también lo considero muy importante.

Ya se hacía la hora de mi masaje y las demás del corrillo tenían que acudir a sus obligaciones y ahí quedó la cosa.

Unas semanas después, yo había olvidado mis cavilaciones acerca de qué es mejor si lo natural o lo artificial, habiéndome decantado por lo primero, especialmente al observar que me habían salido varias canas nuevas y una amiga me lo había hecho notar, al tiempo que me

aconsejaba que me tiñera el pelo. En ese momento, decidí que más vale ser una señora canosa, como corresponde a mi edad, que una vieja rebelde, teñida de color loro y dejé de pensar en los ojos alcoholados.

Volví a mi sesión de masaje y por poco me muero de la impresión. La esteticista, que unos días antes afirmaba con calor que ella no quería disfrazarse, tiene el pelo castaño, de rizo fuerte y espeso, que le cae, normalmente, en una cascada inquieta sobre la nuca y la frente, y los ojos color miel. Pues bien, me la encontré convertida en una especie de muñeca americana con los ojos verdes que relucían como un cristal pulido, con los pelos lacios en una masa de picos irregulares y tiesos como alambres y de un color totalmente blanco paja. Me quedé de una pieza y me salió del alma:

- ¿Qué te ha pasado? Como si aquello fuera el producto de una transformación producida por un mal hechizo y no un cambio voluntario.

- ¿Es que no te gusta? A que estoy sexy.

- Hija, no sé qué decirte. Ese color de pelo tan artificial y ¿qué te has hecho en los ojos?

- Nada, que me he puesto lentillas de colores. ¿A que quedan chulas?

- Pero, ¿tú no decías que no te gustaba disfrazarte?

- Mujer, esto no es definitivo. Es sólo un «spray». Te lo echas en el pelo y te lo pones del color que te guste, verde, azul o dorado. Yo llevo el dorado. Luego, te lavas y ya está. Está muy bien para si vas a una fiesta o para cambiar de «luc» en un momento en que te apetezca y lo mismo lo de las lentillas. Son para un uso. ¿Que tienes un jolgorio? te las pones, las usas esa noche y cuando te vas a dormir te las quitas y las tiras y ya está. Con el pelo lavado y sin las lentillas ya eres tú otra vez. Es para un ratito. ¿No quieres probar? A ti te quedaría de miedo el darte un par de mechones azules o verdes en el pelo, porque te puedes dar en toda la cabeza o sólo en unos mechones. Ya para remate, tengo unas pegatinas con forma de estrella, de trébol, de conejito o de dólar, doradas o de colores y te pones una en la frente, como las indias, o en la nariz, así en un lado y, con los mechones, el cambio de color de ojos y eso, ¡vamos! que das el golpe. ¿A tu marido no le gustaría verte así?

- Si yo aparezco un día así en casa, a mi marido lo tengo que llevar a urgencias. El pobre no está para muchos sobresaltos.

- Hija, qué sosa.

- Ya ves. Yo ya estoy mayor para estas moderneces.

- No mujer, tú qué vas a estar mayor. Piénsatelo. Ya verás como si te animas, te quedará bien.

- No sé, no sé.

Y aquí se acabó esta conversación.

Algunos días más tarde, cuando volví a mi sesión, ya había recuperado su color natural de

pelo y de ojos. Le dije:

- Así estás más guapa. Tu propio color te queda muy bien.

- El otro día, me dijo, estaba haciendo pruebas. Voy a empezar a vender esos productos. La verdad es que, al ponérmelos yo, la gente se fija, como te fijaste tú y pregunta. Yo, entonces, les explico, y pican. Tú no porque eres muy seria y sabes lo que quieres. Pero hay mucha pava por ahí que no sabe ni quién es ni lo que quiere. Yo tampoco me gusto disfrazada. Yo me gusto más así, tal cual soy. Pero tengo que vender, que en ello me va la vida. Así que me disfrazo de lo que haga falta, para convencer a todas éstas que al verme a mí o bien les da la envidia, porque piensan que estoy mejor que ellas, o bien piensan, si a ésta, que es más fea, le queda gracioso, a mí me tiene que quedar mejor. Y sea por una cosa, sea por la otra, me compran y yo vendo, que es de lo que se trata. Ya sabía yo que tú no ibas a picar, porque lo de seria no lo digo en mal sentido. Lo digo porque tú eres una persona, pero aquí entra un chorro de gilis que se apunta a lo último y yo vivo de eso. ¡Las pobres!, si ni operándose tienen arreglo ¿crees tú que las va a apañar un «spray»?

- ¡Qué lista eres hija!

- A ver, hay que espabilar y conocer al personal. Yo cuando te hago el artículo de algo, ya sé que no te lo voy a vender si tú no lo quieres o no lo necesitas, pero ensayo. Me oigo según te lo digo y ensayo.

- Así que me tienes de conejo de Indias.

- Algo así.

- Pues que sepas que a punto estuviste de convencerme, así que el discurso te sale muy bien.

- Sí, ya me pareció que hubo un momento en que casi te la suelo. Así supe que lo estaba haciendo bien, porque si consigo engañarte a ti, las otras son pan comido. No sabes la cantidad de pavas que han picado ya. Pero, entre nosotras, no lo digas. Estas cosas son mariconadas. Yo, donde esté mi pelo lavado y mis ojos como son, sin el incordio de llevar una cosa dentro que te está chinchando todo el rato, que se quite todo. Si con sólo lavarte y arreglarte un poco y ser como eres, es como mejor estás.

- Ahora que me acuerdo, por fin, ¿qué llevaste a la boda de tu prima?

- ¡No te jode! ¿qué iba a llevar? ¡los botines! La verdad es que me alegré muchísimo, porque a pesar de lo pijos que son esos parientes míos, allí la gente iba de lo más normal. Peinada, pintada, pero corriente. Casi que la más elegante era yo. Te lo juro. Mi tía era la que iba como un árbol de Navidad, dando la nota.

Salí de allí doblemente reconfortada por el masaje y la conversación. Me alegré, además, de no haber flaqueado y no haber terminado comprándome el «spray» azul, para que a mi hombre le diera un pasmo.

VI

A finales del mes de Noviembre, tuve que hacer un viaje de trabajo a Almería. Yo no conocía esa provincia andaluza y, la verdad, aquel viaje, desde que se programó, me hacía ilusión. Una de las cosas que llevo mal, aunque, afortunadamente, no pienso en ella todos los días, es la lejanía del mar en la que vivo. En especial, me afecta la lejanía del Mediterráneo que, para mí, es la única masa de agua salada que merece tal nombre. Esto a lo mejor lo explico en otro lugar, para que nadie se ofenda.

Pues bien, a la ida, no tuve ocasión de ver el paisaje inmediato a la ciudad de Almería, porque el tren llegaba ya anochecido. Pero a la vuelta, salí temprano y pude contemplar aquel paisaje quebrado y desgastado que ofrecía, por la sequedad y el color, un fuerte contraste a mis ojos, que aún andaban inundados por el azul móvil y vivo del mar.

El tren serpea por lo alto de los cerros y la vista es casi como desde un helicóptero. Los montes más altos quedan lejos de la vía del tren y compiten en azul con el intenso azul del cielo.

Los cerros más cercanos me recordaban a viejos elefantes de piel cuarteada y reseca. Eran como esos elefantes que se ven en los pequeños circos familiares y que me producen una infinita tristeza. No se parecen en nada a los que se ven por televisión en las reservas naturales de África.

Esos cerros-elefante almerienses llevan allí, sesteando, millones de años. Sobre su piel ocre, cuarteada y sin vida, han ido brotando, como una especie de manchas de sarna, matorrales ralos, que sabe Dios cómo sobreviven, y que compiten con chumberas que trepan hasta los lugares más altos. Incluso estas plantas crasas presentan sus hojas, en forma de pala, enjutas, apergaminadas y retorcidas como si, a pesar de ser capaces de almacenar el agua, ya no tuvieran fuerzas para tratar de sacarla de las fósiles pieles de los elefantes que las soportan.

Entiendo que los elefantes, de vez en cuando, necesiten sacudirse y cambiar de postura. La inmovilidad en que están y el picor que les producen esas plantas los obligan, sin duda, a removerse y buscar una posición más cómoda. Luego, los geólogos y otros entendidos cuentan no se qué cosas acerca de fallas y zonas volcánicas y dicen que por eso, desde que el mundo es mundo, allí hay, cada poco, terremotos. Yo estoy convencida de que a los elefantes-cerro les pica la espalda y se les entumescen los huesos.

Entre una y otra manada de elefantes, porque hay cientos, serpean, rellenas de piedras

brillantes como trozos de plata, varias ramblas que no sé si conservan memoria de la última vez que llevaron agua. Al borde de los pedregosos cauces, polvorientas, como recuerdo de la última riada y sobreviviendo de la humedad que dejó, crecen, de un verde ceniza, algunas adelfas. Esos ríos sin agua dan vida también, como un milagro y como testimonio de la voluntad humana, opuesta a la voluntad perversa de los dioses que crearon esa tierra yerta, dan vida -digo- a un montón de plantíos de árboles frutales y de otras clases que mi ignorancia no me permite identificar y nombrar por sus nombres. Aquí y allá, aparecen además las alquerías y los pueblos, alguno fantasma.

Uno de estos pueblos me llamó la atención. Estaban en pie aún casi todas sus casas, de paredes con muchos ojos y con puertas muy grandes como bocas desdentadas. Me preguntaba al mirarlo por qué se habrían ido sus habitantes y me sorprendía que el campo que lo circundaba estuviera tan bien trabajado y aprovechado en los pocos espacios fértiles que dejaban las quebradas. Si no fuera yo, a ratos, como los niños y tuviera un poco de paciencia, no me habría hecho esa pregunta ni hubiera sentido sorpresa. No más allá de medio kilómetro estaba el nuevo pueblo. Sus habitantes se habían mudado un poco más arriba porque a alguien se le había ocurrido llevar por allí una carretera.

Si alguien lee estas letras se estará preguntando por qué me detengo tanto en los pueblos deshabitados, en las ramblas, en los elefantes fósiles, en la memoria del mar azul y de algo de lo que aún no he dicho nada como es ese cielo especial que Almería tiene. Pero, ahora sí, me voy a entretener un poco en ello, para que quien lea se siga preguntando durante un tiempo más.

El cielo es azul, porque así lo pintan los niños, como lo es el mar o como son verdes las copas de los árboles y marrones sus troncos, porque así también los pintan los niños. Los niños son unos mentirosos. Los que son sinceros saben que el cielo es de muchos colores, como lo es el mar. También saben que ni siquiera un mismo árbol es igual de verde por la mañana que por la tarde, ni por un lado o por otro. No digamos si hay varios árboles, porque siempre hay alguno que no es verde. El cielo de Almería es añil, a condición de que tuerzas mucho el cuello y mires hacia lo más alto que puedas y con tal de que te fijas en él cuando sale reluciente por encima de un cerro amarillo ceniza. Porque si lo miras cuando compite con el mar, entonces es generoso y le deja el añil al mar para que lo mezcle con plata o con verde y, humilde y discreto, se queda pálido y casi blanco.

Podría estar mucho rato no sólo describiendo cuáles son todos sus cambios de color, sino insistiendo en lo que me gustan los elefantes de polvo, las ramblas de azogue, las adelfas de ceniza, las alquerías pardas y las chumberas, pero ya está bien, lo dejo aquí. Sólo quiero aclarar, para que se me entienda, que este paisaje es como el de mi infancia. Es como la tierra reseca a la que mis ojos se abrieron por primera vez y es tanto el amor que le tengo a esos

contrastes, a esa tierra yerma y difícil, que se me llenan los ojos de lágrimas y, cuando quiero explicarlo, me pongo cursi o hiriente. No hay término medio. Me pongo cursi, porque me sale una vena ternurista que, en el fondo, no se corresponde con el paisaje que me produce esos sentimientos de pasión profunda, de adhesión incondicional, de identificación plena. Me pongo hiriente, porque cuando alguien me dice qué hermoso es un paisaje de suaves colinas siempre verdes, de dulces bosques, cuajados de helechos que casi cubren los troncos de los árboles, con sus regatos de aguas cristalinas, con su lluvia-niebla, me irrito por tanto derroche y les digo que eso es para las vacas y los gnomos y que en cuatro matas secas yo soy capaz de ver el paraíso.

Tampoco he dicho nada del suave calorcillo invernal ni de la brisa del mar y su olor. Esto se queda para otra vez, aunque se hizo del todo evidente que había dejado lejos el paraíso y había llegado a la realidad fría y neblinosa de una noche de helada, cuando me apeé del tren en la estación de Atocha.

Ya al día siguiente de mi llegada, un lunes, el ajetreo y la rutina que acompañan mis jornadas se apoderaron de mí y ya no tuve, en varios días, tiempo de recrearme en las imágenes que Almería había dejado en mí grabadas, removiendo, al tiempo, las más viejas trazas de mi memoria de infancia. De ese modo alienado, llegué al jueves por la mañana. Me levanté un poco más tarde que de costumbre y bajé a desayunar. No había hecho más que sentarme en la cocina, aspirando el aroma del café y con el firme propósito de traer a mi retina las formas y colores, así como las ensoñaciones, de mi reciente viaje al sur, cuando la chicharra del telefonillo interior me obligó a levantarme.

- Sí, ¿quién es?

- Macarena y Marga. Abre.

Pulsé el botón, mientras me decía: ¡Qué madrugantas son estas dos! ¿Qué querrán a estas horas?

Mis amigas entraron derechas a la cocina:

- Danos un cafelito que tenemos que hacerte una consulta.

- ¿Os habéis caído de la cama o qué?

- No hija, si ya son las diez y media. Pero veníamos hablando de un asunto y nos hemos dicho: Teresa nos sacará de dudas.

- Aquí está el café ¿queréis un bollo o algo?

- No, gracias, con el café basta.

- Bueno, pues ya diréis qué es eso tan importante.

Mientras cruzábamos estas pocas palabras, yo pensaba a toda velocidad qué asunto sería. Mi imaginación, que estaba predispuesta a otras reflexiones relativas a los paisajes y sus contrastes y a los recuerdos que nos traen, no estaba demasiado despierta y lo único que se me

ocurrió fue que, tal vez, querían hacer una reforma en casa de una de las dos y, como saben que soy aficionada a esas cosas, venían a pedirme opinión. Así que me quedé de una pieza cuando Macarena dijo:

- Tú eres creyente, ¿verdad?

- ¡Oye! que la Constitución me ampara y no tengo por qué contestar a esa pregunta.

- No, mujer. Entiéndenos -dijo Marga-, esto es serio. Tú a lo mejor tienes más experiencia.

Tú sabes que nosotras no somos muy de iglesia y tú estás más informada.

- Bueno, si es una consulta técnica y no me vais a examinar sobre mi nivel de fe ni de cumplimiento, adelante...

- ¿Crees en las conversiones?

- ¿Cómo en las conversiones? ¿Quieres decir en la labor de los misioneros y eso?

- No. Queremos decir..., en que si tú crees que una persona que nunca ha sido creyente más que de nombre, se puede convertir de repente.

Me acordé de la pregunta de mi hija acerca de si la gente se cae del caballo de pronto y como no estaba muy segura de por dónde iban los tiros, respondí:

- Hombre, sí. Hay gente que por muy diversas razones vive alejada de lo religioso o de la religión y, de pronto, tiene una experiencia que la sacude y sí, podríamos decir que se convierte de repente. Otras veces, ocurre que gente que ha perdido sus raíces o tiene problemas de identidad descubre cuáles son esas raíces o siente que a sus padres o a sus antepasados una determinada religión les proporcionaba una cierta seguridad en su identidad y decide volver a la religión de sus mayores. También pasa en gente que tiene una desgracia, pierde a alguien querido o se encuentra con una enfermedad grave e inesperada y se plantea qué ocurre tras la muerte, en la que nunca había pensado, y como hay muchas religiones que prometen otra vida y más feliz, pues se vuelven hacia la religión que tienen más a mano y se convierten porque eso les da consuelo. Creo que es posible esa sacudida y como nunca está uno dentro de los demás, puede parecer un cambio brusco, una conversión repentina, aunque a lo mejor es un largo proceso.

- Tú ¿por qué eres creyente?, dijo Marga.

- Habíamos quedado en que nada de cuestiones personales en este terreno. Así que hablaré desde la teoría. Mucha gente mantiene la fe y la práctica que aprendió en la infancia por la simple razón de que se siente identificada con ella. Es un poco -yo estaba deseando introducir el tema que me ocupaba aquella mañana- como los paisajes de la infancia. Te sientes identificada con ellos y los recuerdas toda la vida. Son los que te gustan. Por supuesto, según vas haciéndote mayor, empiezan a significar cosas diversas y te producen sensaciones y sentimientos diferentes. Con la religión pasa un poco lo mismo. Lo aprendes de pequeño, sigues en ello, forma parte de ti y se va transformando contigo según avanza la vida. A veces,

cuando eres mayor, externamente parece que sigues en lo mismo, tal cual lo aprendiste, pero si lo analizas detenidamente, te das cuenta de que se parece poco a lo que era en su origen.

- De manera que tú crees que la gente puede convertirse de pronto, incluso cuando ha dejado de creer por mucho tiempo, o que, si sigue, lo hace por una cierta inercia, pero en el fondo como si de manera natural la fe se fuera transformando con la misma persona y sus cambios.

- No exactamente. Creo que cualquiera de las dos cosas, así como el seguir siendo no creyente, dependen de la voluntad de cada cual. Incluso yo diría que hay que hacer un ejercicio constante de la memoria y de la voluntad. Mira, por volver a lo del paisaje. Yo llevo mucho tiempo viviendo aquí, lejos del mar a cuya orilla nací y me crié. Aquí hay unos paisajes hermosísimos. En lo ancho del mundo hay sitios preciosos e impresionantes. Pero para mí, como el paisaje que rodea a mi pueblo, no hay otro. Hago voluntad de no olvidarme de él, lo evoco con frecuencia, tenga pretextos o no, y, cuando tengo un pretexto, entonces soy feliz porque me puedo recrear en esa evocación y añadirle toneladas de matices, completarla con cientos de sentimientos diversos, que poco o nada tienen que ver con lo que yo sentía y vivía cuando era una niña y sí estaba en medio de aquel paisaje, del originario. Si durante largas temporadas me olvido de él, de pronto me asalta y me hago el propósito de no olvidarme de él durante tanto tiempo nunca más.

- Así, que, en el fondo, tú crees que recuperar la fe o mantenerla es una cuestión de la voluntad.

- Sí, es como el amor. No se mantiene si uno no quiere. No se recupera, si uno no quiere. Otra cosa son las razones por las que uno lo quiera.

Macarena le dio un codazo a Marga, al tiempo que le decía:

- ¿No te dije yo que esta tía es muy lista y nos iba a dar una solución al asunto? Es cuestión de la voluntad, lo de convertirse de repente, porque se quiere algo y ya sabemos qué es lo que quiere...

Y las dos se rieron como posesas.

- Bueno, pero ¿qué pasa, cuál es el chiste? y menos cachondeo con eso de que soy lista. A ver de qué estamos hablando.

- Mira, tú conoces a Silvia ¿verdad?

- ¿Qué Silvia?

- La chica ésa que lleva los niños al colegio de los nuestros. Una morenita, bajita, que siempre lleva unos vaqueros desteñidos y tiene un coche colorado.

- ¡Ah!, sí. Creo que sé quién es. Y ¿qué le pasa?

- Sabes que esa chica se separó hace un par de años y se fue a vivir con su madre, porque no tiene donde caerse muerta, aunque se da mucho pote.

- Eso no lo sabía, pero qué mala lengua tienes...

- Pues si es la verdad. Esa se casó, me imagino que por dinero, con un chico bien, se compraron un chalé y, hace tres o cuatro años, yo no la podía sufrir porque siempre estaba hablando de los viajes que hacía con el pijo de su marido, de lo que le había regalado por Navidad, de la ropa que se había comprado y demás. Figúrate si será tonta que se iba en rebajas a las «butiks» y luego presumía de que se había comprado un modelito de éste o de aquél por cuarenta mil pesetas, que en temporada valía ochenta mil.

Terció Macarena:

- También sabes que, después de dejar a los niños en el colegio, nos juntamos a tomar café algunas madres. A finales de curso pasado y al comienzo de éste, Silvia pegó la hebra y se hizo muy amiga de una de las que venía habitualmente y se ha metido en la tertulia.

- Sí, y, desde que se ha metido, estamos por borrarlos de la tertulia y marcharnos nosotras dos solas a otro lado a tomar café.

- ¿Por qué? siempre me insistís en que me sume, pero a mí desde que no llevo ya niños al colegio, esa hora me viene muy mal. Si estoy en casa, es para aprovechar trabajando en mis cosas y si salgo, me parte la tarde. Y el resto del tiempo tengo trabajo fuera.

- No te puedes hacer idea de lo plasta que es la tal Silvia. Si antes presumía de marido y de dinero, ahora hace una propaganda loca de lo bien que está desde que se separó, de que ha vuelto a escribir, que es lo que siempre le había gustado hacer y que lo dejó porque a su «ex» no le parecía bien. Pero ¡muérete! con lo que salió el otro día.

- ¿Con qué?

- Con que ha conocido a un tipo que es el hombre de su vida.

- Hombre, eso es normal. Si se ha separado y ha tenido un desengaño y todo eso y ha encontrado una persona que le gusta, se ha enamorado...

Aquí Marga y Macarena me interrumpieron a coro:

- ¡Ay, por favor! no te pongas trascendente y no digas chorradas... ¡Qué amor ni qué niño frito!

- Oye, a mí me parece que cuando la gente tiene una mala historia, tiene todo el derecho del mundo a volver a intentarlo. Y si lo busca, pues puede tener la suerte de encontrarlo. Más raro es que te venga a las manos por casualidad.

Marga replicó:

- Sí, sí lo busca. Esta lo busca seguro.

Macarena añadió:

- Mira, verás. Ella se casó por lo civil con su «ex», porque, además de lo de los trapos y de otras chorradas, presumía de progre, de atea y de descreída. Se excusaba muchísimo de llevar a los niños a un colegio religioso y decía que sólo lo hacía porque los públicos están cada vez

más llenos de chusma y que en los privados los niños se relacionan con gente de nivel y además se aprenden modales que están casi perdidos y que, aunque ella es muy liberal, considera que lo de los modales es importante. ¡Ya ves tú la progre! Una clasista de mierda, lo que yo te diga. Bueno, pues, ahora, el hombre de su vida la ha convertido. Se ha vuelto creyente y se quiere casar por la iglesia. Parece que él es bastante beato; un solterón y un beato...

- Mujer, -la interrumpí- no digas eso de solterón y beato. Di más bien que es un soltero un poco chapado a la antigua. Suena mejor.

Me replicó:

- Bueno, lo que tú quieras, pero, no me digas que eso es un enamoramiento. Es lo que tú dices: el ejercicio de la voluntad. Cuando se quiere algo se va por ello, pasando por lo que sea. Ella quiere un marido, porque no sabe hacer otra cosa que ser la mujer de alguien y si hay que casarse y que la case el Papa, pues ¡hala! a Roma.

Marga sentenció:

- Lo mismo que aquél que dijo que París bien vale una misa. Igualito.

La verdad, me quedé muda.

VII

Por razones que no vienen al caso, conocí, hace algún tiempo, a un señor, ya jubilado, que me contó su historia. Este señor, no sé si viudo, casado o separado, se presentó diciéndome que se había quedado sólo porque había muerto su hija, que debía ser única. Poco tiempo antes de morir, la hija estaba animando a su padre para que, tras su jubilación, emprendiera algún tipo de estudios. Según me decía este señor, él no estaba muy animado. Ya había estudiado en su día, había desarrollado la profesión para la que se había preparado y no se sentía con demasiadas ganas de reemprender el camino. Sin embargo, al morir la chica, que debía ser bastante joven, él concibió la idea romántica -éstas fueron sus palabras- de seguir los estudios que llevaba a cabo su hija y terminarlos por ella.

Esta pequeña historia de una persona para mí casi desconocida se me quedó dentro y estuve mucho tiempo dándole vueltas. Comparaba la situación de este hombre con mi propia experiencia respecto a mis hijos y con las experiencias de otras personas más o menos cercanas y hallaba múltiples diferencias.

Es cierto que pasé por la situación de temer por la vida de uno de mis hijos y soy consciente de que aquel episodio supuso un antes y un después en mi vida. Comprendí que el presente es lo que tenemos y que el futuro es una especie de ficción que nos anima a seguir en la brecha, pero que no existe. Soy muy consciente, desde entonces, de esa ficción y de las posibilidades que encierra, tanto positivas como negativas.

También llegué a estar convencida de que la muerte repentina de un hijo había acertado sensiblemente la vida de una pariente. Esta mujer, que no era muy mayor y gozaba de buena salud, se fue al otro mundo inesperadamente, en el preciso momento en que todo parecía irle mejor y en que el dolor por la muerte de aquel hijo se había, eso creía yo, apaciguado.

Por otra parte, y en ello he pensado muchas veces, aunque yo no me propuse ser madre ni nunca he entendido la maternidad como una forma de realización personal (esto se decía mucho en mis tiempos mozos), la verdad es que, sin quererlo, se espera que los hijos lleguen a hacer esas cosas que por falta de medios, de capacidad o de oportunidades, nosotros no hemos sido capaces de hacer y sentimos como una cierta frustración. He pensado mucho en ello, porque se corre el riesgo, al proyectar nuestros deseos insatisfechos sobre los hijos, de condicionarles en tal medida que ellos no se sientan lo bastante libres como para escoger según sus verdaderos intereses e inclinaciones.

Sin embargo, nunca me había topado con un padre o una madre que, teniendo sus vidas ya

cumplidas, tomaran, por la muerte del hijo, sobre sí la tarea que éste dejó inacabada. Es más corriente que los hijos acaben los proyectos de los padres y se diría que es ley natural, que es a lo que se acude cuando uno no sabe qué decir. Pero esta otra situación me parecía terrible y dolorosamente atípica. El afectado la llamaba «idea romántica». El mismo era consciente de su rareza. Pero estaba allí haciendo el trabajo de su hija.

No he podido sacármelo de la cabeza en mucho tiempo. Le he dado vueltas y no he llegado a descubrir cómo pueda ese hombre contemplar la realidad para tomar una tarea así. ¿Qué espera de ella? ¿Qué le proporciona hacer algo así?

Recurrí a mis chicas. En la tertulia del café con mi esteticista y sus compañeras, no me atreví a sacar el tema directamente, porque, de alguna manera, me parecía estar traicionando, con desconocidos, la intimidad de aquel hombre, de la que me había hecho partícipe de una forma bastante inesperada, pero que yo creía que debía preservar. Así que, puesto que allí había una chica que llevaba algo más de ocho meses casada y cometiendo también con ella una cierta indiscreción, aunque menor, porque en ese ambiente las cosas se preguntan o se comentan a bocajarro y sin tapujos, le dije:

- Oye, Ana, ¿y tú para cuándo dejas preñarte?

- De eso nada, no pienso.

- ¿Por qué?, son muy ricos los críos ¿no te gustan?

- Me encantan, pero no pienso tenerlos. Yo salgo de mi casa a las ocho y media todos los días y vuelvo sobre las nueve de la noche ¿cuándo le haría caso al niño? No quiero que me lo críe mi madre y no verlo.

- Pero, mujer, hay muchas formas de organizarse. Te lo puedes traer al trabajo, como hace tu compañera. Tú tienes esa facilidad.

Y como en broma, porque se había casado con los treinta y cinco años cumplidos, añadí:

- Ten en cuenta que se te está pasando la edad.

- Eso espero, que se me pase del todo, porque no pienso tener niños.

En este punto, terció Conchi:

- Hombre, una cosa es casarse preñada como yo. Nosotros fuimos muy deprisa. Y el gusto que da tener un niño. Yo también lo he tenido que dejar con mi madre y llevarlo a guardería. Ahora que ya va al colegio, yo paso muchos ratos con él y tengo el mismo horario que tú. Pero están los fines de semana y todo eso. Sí, como dice Teresa, te organizas, sacas mucho rato para estar con él. Porque tú lo bañas por la noche, le das la cena, lo acuestas, le cuentas cuentos o juegas un poco para que se duerma. ¡Vaya!, que se puede sacar tiempo.

- Además, así tienes a alguien para que te cuide cuando seas vieja. Dije yo.

- Sí, para que te fíes. No veas la de viejos que están más solos que la una, en una residencia, y sus hijos no les hacen ni puñetero caso. Por no hacer, no van a verlos en meses.

- Bueno, pero eso es un poco cuestión de educar...

- De eso nada. Hay cantidad de gente que ha visto un buen ejemplo de sus padres con los abuelos y eso, y cuando les llega la vez, que les den morcilla a los viejos. Así de claro.

Conchi volvió a intervenir:

- Mira, yo creo que si los educas bien, se portarán bien contigo y además, luego, tienes la satisfacción de que tus hijos hagan cosas que tú no serías capaz de hacer. Yo me cabreo mucho con mi marido cuando le enseña al niño a hacer burrerías, porque Antonio que es muy bueno, pero es muy ignorante y muy burro, pues le enseña lo que a él se le ocurre. Y yo le digo: Antonio, hay que enseñarle al niño otras cosas, porque si no va a ser tan burro como nosotros. Así él no va a poder hacer lo que nosotros tampoco hemos podido hacer. Y el Antonio, que es como un adoquín, va y me dice, que él qué le va a enseñar, sino es lo que él sabe, y que si son burrerías, pues muy bien, que en el mundo tiene que haber listos y burros. Y fin de la discusión, porque de ahí no le saco. Pero yo creo que sí, que se le puede encaminar a un hijo para que haga cosas mejores de las que uno ha hecho y así también se le puede enseñar a que tenga respeto de la gente mayor y que se acuerde de sus padres cuando sean viejos.

- Supón que es al revés. Dije yo.

- ¿Cómo al revés?

- Supón que el hijo, al que tú quieres encaminar hacia el futuro, para que haga cosas que tú no has podido hacer, para que sea mejor que tú, va y se muere.

- Hija, si se muere, pues es una desgracia. Te jodes y ya está.

- No quiero decir eso. Claro que es una desgracia. Lo que quiero decir es que tú, por ejemplo, lo has puesto a estudiar...

- ¿Una carrera?

- Sí, una carrera. Y se muere sin acabarla. Tú lo encaminaste por ahí, porque creías que eso era bueno para él y porque era una cosa que tú no pudiste hacer y que te hubiera gustado, ¿no?

- Sí.

- ¿Tú te pondrías a estudiar y terminarías por él la carrera que no pudo hacer porque se murió?

Mis compañeras de tertulia me miraron como si me hubiera vuelto loca y exclamaron casi a coro:

- Hija, ¡por Dios! qué cosas se te ocurren ¿Quién iba a hacer una cosa así?

- Eso no lo puede hacer nadie. Eso no existe. ¿Te imaginas al Antonio, dentro de veinte años, estudiando para ingeniero o para lo que sea, él que por poco no acaba el Bachillerato?

- Pero, supón que fuera un padre que hubiera estudiado y tuviera una carrera ¿crees tú que en ese caso lo haría?

- Hombre, si ya había estudiado una carrera, pues a lo mejor le era más fácil estudiar otra. Pero, digo yo ¿para qué? De todas maneras, sería otra carrera del padre y no la del hijo, a ver si me entiendes. Si el hijo está muerto, pues ya no es la suya ¿comprendes? Lo que el hijo, con toda la vida por delante, hubiera hecho con su carrera, el padre ya no lo va a hacer, porque estará mayor y no tendrá tiempo de hacer nada más. Además, a mí lo que me choca es ¿para qué quiere dos carreras?

- Desde luego -añadió Ana- te inventas cada historia. Para poner un ejemplo, podías haber buscado otra cosa. Eso es una locura. Yo lo que creo es que nadie se pondría a hacer lo que el hijo no pudo hacer.

- Está bien, era sólo por charlar. Si os parece una locura, pues...

- ¿Que si nos parece? Lo es.

De manera que, en esta ocasión, mis chicas del café no me sacaron de dudas. Pensé que tendría que retomar la cuestión con mis chicas de la cocina a la primera oportunidad que hubiera.

VIII

Pasaron semanas y no tuve ocasión de pillar en la cocina a ninguna de mis contertulias de ese espacio, que yo llamaría, en aquel momento, vital. Así que seguía sumida en un mar de reflexiones que no me llevaban a ninguna parte y que tampoco me permitían salir de ese círculo vicioso. Los pensamientos me asaltaban y, aunque pasaba el tiempo, yo seguía obsesionada con el reparto de papeles entre padres e hijos.

Debo aclarar cuanto antes, para que las cosas se vayan entendiendo, que, efectivamente, padezco una morbosa inclinación a ser obsesiva. Debe haberse notado ya y, desde luego, es la que da origen a las charlas y a su transcripción aquí. Tengo cierta facilidad para que se me encasquillen en la memoria frases, acontecimientos y escenas, a veces fútiles, que constituyen un detalle mínimo de una gran cuestión, y, en vez de tratar de hallar universales, me quedo prendida de esos flecos poco sustanciosos de la realidad y me preocupan durante largo tiempo.

Es cierto también, y quizá lo digo como descargo, que de esos retales salen decisiones importantes de mi vida y compromisos serios que me llevan, incluso, a actos heroicos. Con frecuencia, también, se convierten en principios y valores que se suman en la construcción de mi conciencia. De manera que he decidido no desecharlos como pérdidas de tiempo -eso creía yo cuando era más joven y trataba de luchar contra esos pequeños pensamientos obsesivos- y hasta los cultivo como algo que añade a mi vida un cierto enriquecimiento.

Bien. Andaba yo, pues, obsesionada con el asunto de referencia, cuando llamó una tarde mi amiga Sofía. Quería verme con cierta urgencia. Quedamos para desayunar en casa a la mañana siguiente.

- Me alegro de que podamos encontrarnos tan pronto -dijo Sofía-. A veces, en esta ciudad quedar con alguien es casi una tortura. Empiezas a repasar agenda y te das cuenta de que tienes todos los días pillados para los próximos dos meses. Vivimos como los cantantes de ópera...

- Es verdad, y eso que yo canto fatal.

- Mi hija Sole se ha echado un novio.

- ¡Hombre! eso está bien. Me alegro, porque ya me contó hace unos meses que se había peleado con el chico aquél tan majo con el que salía.

- Sí, pero yo no me alegro, ni de lo uno ni de lo otro.

- ¿Por qué?

- Porque ha ligado con un compañero del trabajo, mucho mayor que ella, separado y con dos hijos.

- ¡Vaya por Dios!
- Se quiere ir a pasar el fin de semana con él y le he dicho que si se va que no vuelva.
- Pero, ¡mujer! ¿no estás siendo un poco drástica?
- Nada de eso. Yo creo en pocas cosas, pero ésa es una de las pocas en las que creo. Ese tío que tiene mucha experiencia, que le da cien vueltas a la niña, lo que quiere es llevársela al huerto y, luego, ahí te quedas... Le pregunté si no había hablado con sus amigos del tema y que qué pensaban ellos. Y me dijo que sus amigos lo veían normal. Que eso de estar separado o de ligar con un separado era una cosa muy normal. Y yo le dije: Será corriente, pero normal no.
- ¿Qué quieres decir?
- Pues quiero decir que lo hace mucha gente, lo de separarse y volverse a juntar o juntarse con otro o con otra, pero que no es normal. Que lo normal es otra cosa. Lo normal es tomarse las cosas en serio, trabajar por ellas, aguantarse con lo que a uno no le gusta, luchar por mejorarlo, enmendarse y enmendarlo. ¿Me entiendes?
- Creo que sí. ¿Quieres decir que hay una cierta alegría al plantearse las cosas serias, como la vida en pareja, las relaciones afectivas y todo eso?
- Sí.
- Bueno es cierto. Es muy difícil, tanto a la gente joven como a los mayores, en cualquier ambiente, hablarles de responsabilidad, de renunciás. En cuanto empleas ese tipo de vocabulario te miran como si fueras un extraterrestre. Y a lo mejor resulta que lo somos. Se puede ser muy liberal, muy abierto, muy tolerante, muy conciliador, muy todo lo que quieras, pero esas ligerezas de dejarse llevar por los primeros impulsos o la indiferencia me dejan perpleja y me hacen polvo.
- Eso es lo que te digo yo cuando te hablo de las pocas cosas en las que creo. Todavía quedan cosas serias en el mundo. Además, si ésas no te las tomas en serio, entonces ¿qué?
- Pero lo del ultimatum; si te vas no vuelvas, me parece un poco fuerte.
- Yo pongo el listón. Si se lo salta, es cosa suya. Que cargue con las consecuencias.
- Pero, le estás condicionando su decisión. Le haces un poco de chantaje, ¿no te parece?
- Sí. Pero tengo que forzarla a que reaccione, aunque sea con malas artes. También le dije que novios como ése le iban a salir a patadas. Es como los santos, lanzas una pedrada al cielo y caen como bellotas.
- Tal vez, ¿pero te escucha?
- Sorda. Se ha vuelto sorda perdida. Es como hablar con la pared.
- ¿Qué puedo hacer yo?
- Nada. De momento nada. Voy a esperar a ver si se va o no.
- Ya. Lo peor de todo es que no te escuchen. Me parece terrible, porque, a pesar de las

malas artes o lo de los santos, que dicho sea de paso ¡vaya frasecita te ha quedado!, deberían saber que, aunque te equivoques en los planteamientos o en los análisis que les haces de las situaciones, de lo que no deberían dudar es de que lo haces con todo el amor, con todo el cariño y con la mejor intención. Eso les debería ayudar a pensar un poco. Mientras que, muchas veces, sus amigos, aunque los quieran, pueden dar opiniones frívolas, porque a ellos no les va directamente el problema o contestarles a sus preguntas con lo que de costumbre se contesta, sin hacer suyo el asunto. Una madre, normalmente, no le contesta a un hijo que hace una pregunta, por tonta que sea, con lo primero que se le viene a la boca. Deberían tenerlo en cuenta. En fin, no sé qué decirte. Si te sirve de algo, aquí estoy para lo que quieras.

- Ya lo sé, por eso te llamé y he venido a verte. Por cierto, que el café hace rato que ha salido y no nos lo hemos tomado.

- ¡Anda! Estas cosas te hacen perder el oremus. Vamos a tomarnos el café con un bollo, que las penas con pan...

- Pues sí. Me espera además una mañanita fina de cosas, así que a ver si el café me levanta el tono.

En aquel momento, me volvió la obsesión que me rondaba y le comenté la historia del señor que estaba haciendo el trabajo de su hija muerta y también las reflexiones de mis amigas del café. Sofía me escuchó muy atenta y, tras un silencio bastante largo, me dijo:

- Está visto que es imposible que los padres vivan la vida de los hijos, ni vivos ni muertos. Tus muchachas, como las llamas, tienen razón. La carrera que el padre haga no será nunca la que hubiera hecho la hija, eso es así, ni la experiencia que yo pueda tener se la puedo pasar a mi hija. Estamos condenados a vivir cada uno solo, como si no hubiera detrás de nosotros historia y a apañarnos como podamos. Ojalá volvieran a ser pequeños, entonces sí hacían lo que les decíamos.

- No creas, no aprendían a no tocar la estufa, hasta que la tocaban y se quemaban. Lo único que nos queda es dejarlos que toquen la estufa y tener preparada la pomada para las ampollas. Mientras, te sujetas la mano para que no se te vaya sola a apartarlos del peligro.

- También es verdad. Pero, ¿cómo dejas que un hijo se estrelle en algo que puede condicionarle toda la vida?

- No lo sé. Tal vez reforzando la esperanza.

- Tal vez.

Sofía se marchó a sus obligaciones y yo a las mías. En mi cabeza ya no cabían tantos retales de realidad que, poco a poco, se iban convirtiendo en una embrollada madeja. Sin embargo, una vez más, pensé cómo vemos la realidad, cómo la transmitimos, si es que llegamos a percibirla, y de qué manera nos haríamos entender para que otro viera las cosas con nuestros ojos, si es que merece la pena intentar que otro vea las cosas como nosotros. En fin,

hay que confiar en la providencia, en el destino o en el tiempo. Pero en el fondo, no sé por qué digo esto; yo no creo en que las cosas vengan de fuera, de una circunstancia ajena a nosotros mismos. Creo más bien que nosotros vamos haciendo poco a poco nuestra propia circunstancia. Nosotros somos nuestro destino, nuestra providencia, y la realidad es aquella que nos construimos.

En este punto de mis obsesiones, la cabeza me daba vueltas y tuve la suerte de pasar los días siguientes en múltiples y diferentes tareas que no me dejaron pensar. Tan cansada acababa los días que ni sueños tuve. Aquello era pura realidad cotidiana y no esas tonterías que se me enredan en las neuronas como una madeja.

IX

Con cierta frecuencia, observo que los acontecimientos llegan en racimos. Quiero decir que, por temporadas, te enteras de que han fallecido personas que te son más o menos cercanas. A amigos tuyos les toca la lotería o rompen con sus parejas o se cambian de casa o les nacen niños. Es un poco como si determinados tiempos se especializaran en aportar hechos semejantes.

Pues bien, últimamente me topo con gente que parece haber escogido vivir en la confusión. Esto me confunde -y no es un juego de palabras-, porque, en buena medida, viene una vez más a reforzar las preguntas que me asaltan acerca de cómo se percibe la realidad.

No me queda más remedio que ponerme a narrar las dos historias más recientes que abundan en este sentido, para que los diálogos posteriores se comprendan.

La primera de estas historias se refiere a un conocido que me contaba su enamoramiento. Según me iba dando referencias de la mujer amada, yo me preguntaba qué habría visto en ella para sentir un súbito amor irrefrenable. La cosa había sido un flechazo definitivo.

Era una mujer que se había pasado la vida siendo una cosa y deseando ser otra. En el momento presente, tenía una situación de total indefinición en lo profesional y en lo personal y, sin embargo, parecía -según las palabras de mi transmisor- estar actuando con una meta definida y con gran seguridad.

El narrador de la historia, en alguna medida, también participa de esa misma característica. Es un tipo que nunca está donde realmente quiere estar. Cuando se dedica a una cosa, añora otra. Es incapaz de acabar del todo ninguna tarea, porque siempre lleva entre manos tres o cuatro cosas muy diversas, de manera que no cumple jamás al cien por cien con sus obligaciones y compromisos. Por lo que yo conozco de su vida, además, siempre ha presentado una imagen de gran seguridad y estabilidad.

La otra historia no la he vivido directamente, pero me es cercana porque se refiere a alguien que trabaja en el mismo organismo que yo. Este individuo parece tener una rara habilidad para embrollar los asuntos, en especial, aquellos de los que espera obtener un beneficio personal y en los que parece poner el mayor empeño. Sin embargo, lía las cosas de tal modo, las mezcla de tal manera, que producen recelo en los que le ven actuar y termina por perder las causas por las que aboga.

En estas historias y en otras más que no me entretendré en contar, parece haber un elemento común: la confusión. Confusión en los deseos, confusión en los métodos, confusión

en los logros y una aparente seguridad en los individuos en aquello que están haciendo.

Así que yo me preguntaba: ¿cómo es posible que estando confuso se actúe, se tomen decisiones, se persigan objetivos y se argumente con seguridad y aplomo? A mí, la confusión me produce un estado de duda y de perplejidad que me paraliza.

Como se acumulaban los episodios unidos por estas características, no me quedó más remedio que iniciar un diálogo de cocina para tratar de esclarecer la confusión que esas confusiones ajenas me producían.

- Tengo una pregunta para vosotras: ¿Creéis que se puede actuar con aplomo y seguridad cuando uno está confuso?

- No. ¿Tú no dices aquello de que en la duda, abstenerse?

- Sí, eso dice el refrán. Pero, lo que me pregunto estos días es, si siendo ambiguo, viviendo en la ambigüedad, aparentando una cosa y siendo otra distinta, ¿no se introduce uno en un mundo de confusión que confunde a los demás y cómo en esa situación se puede aparecer como alguien que tiene una gran seguridad?

- Pon un caso y te podré decir qué me parece.

- Veréis. No es fácil poner un caso, sin traicionar una confidencia. Sin embargo, imaginad que dos personas se conocen, accidentalmente, y, a las pocas semanas de conocerse, descubren que se han enamorado locamente. No saben nada la una de la otra, pero sienten una atracción irresistible que les empuja irremediabilmente. Poco a poco se van conociendo. No tienen nada en común. Es decir, hasta el momento del encuentro fortuito, esas personas no se habían visto jamás, ni coincidían en ninguna parte. Se empiezan a tratar, salen juntas, incluso viajan juntas. Empiezan una relación de pareja, aunque cada cual sigue viviendo en su casa. Pero esa relación de gran intimidad se produce siempre fuera de los circuitos normales que cada cual frecuenta. Es decir, se ven a solas, no conocen el ambiente, ni la familia, ni los amigos, ni los lugares con los que cada cual por su parte se relaciona habitualmente. Comparten una especie de burbuja en la que no interviene ningún dato de la vida real y cotidiana de ambos. Lo único que cada cual sabe del otro es lo que ése le transmite.

- Bien, es una relación un poco curiosa. Pero esas cosas pasan y, bueno, según vaya avanzando la relación, necesariamente tendrán que ir entrando el uno en la vida del otro, ¿no?

- Sí. Supongo. Una de esas personas me cuenta su caso. Me empieza a contar lo que sabe de la otra persona y me ofrece un panorama de confusión total. Yo la interrogo porque los datos empiezan a no encajar. Me presenta a la otra persona como alguien muy serio, trabajador, responsable, competente e inquieto. Sin embargo, descubro que es alguien que aún teniendo una formación superior, nunca ha trabajado. Esa persona que nunca ha ejercido una profesión, no obstante dice de sí misma que ejerce una función que no especificaré para que no tengáis pistas. Lo que pasa es que de esa profesión que dice ejercer no hay ningún fruto real.

Es como si alguien dijera soy carpintero, pero no hubiera construido nunca un mueble, ni siquiera una silla. Cuando le tiro un poco de la lengua a mi interlocutor, me dice que es que nunca pudo hacer una silla, pero se ha comprado un manual y lo está estudiando.

- Por favor, te estás poniendo misteriosa. Mamá, haz el favor de explicarte algo más.

- Lo intento, aunque no es fácil. Mira, sigamos con lo del carpintero. ¿Tú le encargarías una mesa a alguien que dice que es carpintero, pero descubres que se acaba de comprar un manual de bricolage y que eso es todo lo que sabe de carpintería?

- Hombre, por darle una oportunidad...

- Ya. En serio, ¿le darías esa oportunidad si quisieras tener una buena mesa?

- No, evidentemente, no.

- Bien, cuando yo le digo a mi interlocutor: Mira, me parece un poco dudosa esa persona. Me dice: No, en absoluto, te equivocas, es una persona muy seria y muy responsable. Si dice que hará una mesa, la hará.

- Hay gente muy confiada, no cabe duda. - Intervino Lucía.

- ¿Tú crees que eso es una prueba de no ser desconfiado? Es posible, y, a lo mejor, yo soy muy desconfiada. En fin. Cuando le pregunto a mi interlocutor qué más sabes de su vida. Me dice que no sabe mucho más y que no pregunta para no cometer una indiscreción. Entonces, se me ocurre preguntarle qué sabe la otra persona de la vida de mi comunicante. Y resulta que mi comunicante le ha presentado su propia vida de forma semejante. Es decir, esta persona tampoco tiene ni idea de cómo se hace una mesa y se ha presentado como un ebanista de primer orden.

- Jolín, ¿están jugando a quién engaña más y mejor?- Dijeron Maite y Lucía, quitándose la palabra la una a la otra.

- No lo sé. Tengo además la impresión de que ambos, a pesar de ese juego de equívocos, creen estar siendo absolutamente sinceros y ofreciendo al otro su verdadera imagen. Según voy señalándole a esta persona con la que hablo los puntos débiles de la historia, me responde invariablemente: No, no es así, parece, pero no es así. Y me afirma con aplomo que yo me equivoco, que la relación se ha establecido desde el primer momento sobre la base de una gran sinceridad y que si quedan zonas algo oscuras el tiempo se encargará de esclarecerlas. ¿Qué os parece?

- A mí ya no me parece nada.

Replicó Maite. Sin embargo, Lucía se quedó un rato callada y, algo titubeante, me dijo:

- Vamos a ver. Lo que pasa ahí es que los dos son carpinteros, aunque nunca hayan visto un árbol, ni sepan lo que es la madera. Pero no saben que no son carpinteros. Se creen que son carpinteros. No sé si me explico.

- Sigue, sigue. - Dijimos Maite y yo.

- Quiero decir que ellos se creen sus propios embustes. Cada uno de ellos se ha construido una imagen de sí mismo que no se corresponde con la realidad, pero se la cree. Tú conoces al menos a uno de ellos ¿no?

- Sí.

- ¿Y qué te parece?

- Me parece que es una persona muy indecisa, muy insegura, incapaz de tomar decisiones. Más bien, tengo la certeza, porque conozco bien su historia pasada y, además, coincido con esa persona habitualmente. He podido observarla en múltiples circunstancias, la he visto actuar sin que ella supiera que la estaba observando y, luego, incluso, me ha hecho confidencia de sus inseguridades e incertidumbres. De manera que creo tener una idea bastante precisa de qué tipo de persona es. La verdad es que nunca está a gusto en donde está, siempre quisiera estar o ser otra cosa. Tan es así que no sabe apreciar, por ejemplo, aquello que le proporciona prestigio y da buena imagen de ella.

- Está bastante claro. Quiere ser otra cosa distinta de lo que es. Se dice a sí misma que lo es y así lo transmite a los demás.

- Ya, pero conmigo no es así. Yo conozco sus limitaciones y sus cortedades y eso no me importa demasiado. Sigo considerando a esa persona digna de mi afecto y de mi amistad. Me parece que si se intenta una relación afectiva, del tipo que sea, pero más una relación amorosa, no puede uno dejar de mostrarse como es, porque si no lo hace así, nunca tendrá la seguridad de que el otro le quiere por lo que de verdad es, sino por una imagen falsa de lo que es.

- Ya, pero a lo mejor no quiere que le quieran por lo que es. Quiere que le quieran por lo que él mismo quisiera ser. Quizá así piensa que se convertirá en lo que desea. Es como hacer magia.

- ¿Cómo?

- Creo que yo lo entiendo -dijo Maite-. Verás, se trata de construir una imagen de uno mismo que sea más aceptable que la que uno tiene. Si consigue convencer al otro de que ésa es la verdadera imagen, está salvado. A los ojos del otro ya es así. El otro le devolverá la imagen que quiere ver de sí mismo y no la verdadera que no le gusta.

- Ya. Es posible. Pero no vivimos sólo con una persona, vivimos en medio de la sociedad. Hay más ojos que nos miran y nos miran en circunstancias y momentos que también nos interesan o en los que nos interesa quedar bien. No basta con una sola mirada. Debe haber una cierta armonía en todo lo que hacemos y entre todos los aspectos que tocamos. Suponed que vosotras pensáis de mí que soy una madre aceptable, eso está bien, pero suponed que yo soy una profesional irresponsable y mis compañeros y colegas tienen una imagen deplorable de mí. Creo que me sentiría muy a gusto en mi casa, pero muy mal en mi trabajo. Por eso intento compaginar una cosa y otra. Ser igual de responsable en mi casa que en mi trabajo. Si yo diera

una imagen divergente en cada lugar en el que me muevo, terminaría esquizofrénica, supongo.

- Hay mucha gente que separa su vida personal de su vida pública. No lleva a su familia a los lugares de encuentro con colegas o, al contrario, no mete a sus colegas en su casa. Ya está.

- Es posible establecer esa separación. Sí, es posible, y llevar una especie de doble vida. Tal vez... Pero pensad ahora en otro ejemplo. Suponed que una persona desea algo en el ámbito de su trabajo. Pongamos que pide un permiso, pero no dice ni en qué fecha quiere disfrutarlo, ni quién se va a encargar de su trabajo en su ausencia y además no se lo pide a quien se lo debe pedir; a su jefe inmediato. Utiliza otra vía y, luego, le reclama a su jefe porque no le concede el permiso. Entonces, el jefe le dice: Usted no me ha pedido esto. Y el otro responde: Vaya y pregúntele a la persona a la que yo se lo he pedido. Además mi trabajo no importa, porque ya lo está haciendo otra persona, en previsión de que yo me vaya de permiso. ¿Que creéis que hace el jefe?

- ¡Hombre!, si está en su mano, lo despide.

- Eso creo yo. Lo que no entiendo es cómo una persona que conoce los mecanismos de su trabajo, las normas, se las salta de ese modo y, encima, se siente maltratado cuando le dicen usted no puede actuar así.

- ¡Ah!, ¿pero se ofendió?

- Sí. Vino a decir lo que decía la persona de la que os hablé antes; que él era totalmente sincero y honesto y que no se le comprendía. Poco menos que los demás eran mal pensados y que le perseguían. No querían que obtuviera el beneficio del permiso que solicitaba.

- Ya. El modelo del eterno perseguido.

- Sí.

Lucía volvió a intervenir:

- ¿El jefe de esa persona es buena persona?

- Hombre, alguna vez ha sido arbitrario, pero no es mala persona y se le puede hacer ver que se ha equivocado o que no ha actuado del todo correctamente.

- Ya. Pues el del permiso lo que quiere es ser como el jefe. Sólo que debe de ser más tonto y no se da cuenta de que se le ve el plumero. Mientras que el jefe debe de ser más listo y engaña mejor.

- No se me había ocurrido. Es posible. En cualquier caso, no entiendo a esas dos personas.

- Mamá, tú eres demasiado clara y, a veces, eso es incluso un defecto. Por eso te empeñas en ver las cosas como son. Pero las cosas no son lo que parecen, ni siquiera son lo que son. Las cosas son como cada cual las vive y hay mucha gente que prefiere vivir equivocada porque si se dijera la verdad a sí misma no la podría soportar. Tu supuesto enamorado, probablemente no está ni siquiera enamorado, pero le gusta creer que lo está y que ha enamorado a alguien, aunque ese alguien esté enamorado de un fantasma que no existe y él también. Tu compañero

de trabajo no quiere reconocer que es tonto, prefiere pensar que el jefe le odia. De ese modo, pueden vivir consigo mismos que es a quien menos soportan de este mundo.

- Yo tampoco me soporto a ratos, pero me quiero, me perdono y sigo.

- Esa gente no se quiere a sí misma, porque son demasiado feos para quererse. Por eso te he dicho lo del supuesto enamorado. Alguien que no se quiere a sí mismo no puede querer a otro, porque no sabe lo que es querer. Acuérdate de aquello de «amad al prójimo como a vosotros mismos». El amor que uno siente por sí mismo es la única medida que se tiene para querer a otro.

Sonó el teléfono en este momento y se disolvió la reunión. Me quedé toda la tarde pensando que Lucía y mi hija eran muy inteligentes. Si no tenían razón o no habían acertado en su diagnóstico, no importaba. La verdad es que eran unos análisis muy razonables y eso bastaba. La verdad profunda de las cosas es imposible de saber, pero aquella aproximación a la realidad parecía bastante real. Tal vez.

X

Mi amiga Alicia me llama desde Soria y me dice que tiene que venir a Madrid a resolver unos asuntos de la herencia de su padre. Me cuenta que le gustaría aprovechar su estancia para que nos veamos. Le ofrezco que se hospede en casa. Mi marido no está porque tiene un viaje que le mantendrá fuera toda la semana, hasta el domingo por la noche. Mi hija mayor va a estar también fuera desde el viernes hasta el domingo. Así que poco menos que tendremos la casa para nosotras solas. Se muestra de acuerdo y me anuncia su llegada para el miércoles a mediodía. Yo me relamo pensando que entre miércoles y jueves ella podrá resolver sus asuntos, mientras yo estoy en mi trabajo, y que, a partir del viernes hasta el domingo, estaremos juntitas y de palique.

Alicia y yo nos conocemos del colegio. Luego, ella estudió la carrera en otra ciudad, se casó con un compañero y se fue a vivir a Soria. Nos vemos de uvas a peras, pero en esos tardíos encuentros, ocurre ese hecho maravilloso que se da entre algunos amigos; hablamos como si el tiempo no hubiera pasado jamás y como si las experiencias de la vida no nos hubieran cambiado en absoluto. Podríamos decir aquello de «decíamos ayer», si no fuera porque esas frases célebres, puestas en otra boca, resultan o cursis o pedantes.

Llegó Alicia. La fui a recoger a la estación, la deposité en casa, dejé que se acomodara y me fui a mis tareas. A la mañana siguiente, yo me fui a trabajar y ella a sus gestiones. Nos vimos un rato a la hora de la cena y nos marchamos a la cama rendidas, con la firme promesa de que, desde la hora del desayuno, no pararíamos de hablar hasta que volviera a depositarla en su tren de regreso a Soria.

Al acostarme, noté en Alicia algo que no había notado en ella nunca. Parecía estar triste y, al mismo tiempo, como gozosa. Estuve largo rato dándole vueltas, mientras intentaba dormirme. Me sorprendía que me produjera aquella sensación tan contradictoria. Sin embargo, como estaba hecha polvo, me abandoné al sueño pronto, diciéndome que una noche pasa enseguida y que en el desayuno ya saldría lo que hubiera de salir.

Bajé las escaleras y me la encontré sentada en la cocina.

- Te has levantado muy pronto, ¿has tenido frío? ¿No has dormido bien? La verdad es que antes dormíamos encima de una piedra pero ahora ya extrañamos las camas...

- No, he dormido muy bien. La cama es durita y la almohada baja que es lo que yo necesito para mi espalda. Lo que pasa es que, desde hace algún tiempo, duermo mucho menos. Con cinco o seis horas ya tengo bastante.

- Si me lo hubieras dicho, te habría explicado dónde está el café y las tazas y podrías haber tomado ya algo.

- Tampoco hace tanto que estoy aquí y no tengo muchas ganas de comer. También llevo una temporada desganadilla.

Yo iba sacando las cosas del desayuno y preparando el café. Cuando, por fin, me senté frente a ella y nuestras tazas humeantes, observé que sacaba de una pequeña bolsita un montón de píldoras de diversos colores y que en su cara aparecía aquella mezcla de gozo y tristeza que había percibido en ella desde que llegó.

Le dije:

- ¿Te pasa algo que llevas una botica ambulante?

- Tengo un poco de acidez, gastritis creo, y los nervios como las cuerdas de una guitarra. Debe ser la menopausia.

- Hombre, te podría haber dado té o manzanilla. El café no está muy indicado para las gastritis, ¿no?

- Que le den morcilla al estómago, no me gustan las infusiones, me recuerdan cuando era chica y tenía tripotera. Mi madre me inflaba a manzanilla y, desde entonces, la odio cordialmente. Además tengo la tensión muy baja, si no me enchufo un café desde temprano, no doy pie con bola.

- Tú sabrás, pero podías decirlo. Luego te cuento qué he pensado para comer y así me dices si crees que te caerá bien.

- Vale, pero no te preocupes tanto por mí.

- No, si no es preocupación. Para una vez que vienes, no quiero que te me pongas pocha y tener que llevarte a la casa de socorro. Además eso de la gastritis ¿no está relacionado con los nervios? ¿Tienes problemas?

- ¿Quién no los tiene?

- Todos los tenemos. Unos más y otros menos. No te lo pregunto para sonsacarte. Pero habíamos quedado para disfrutar hablando y nunca nuestras conversaciones han sido sobre el tiempo, la moda o chorradas. Siempre nos hemos hecho confianzas. Siempre nos hemos contado nuestras cosas, lo que nos preocupaba, lo que nos pasaba, aunque nos viéramos tan de tarde en tarde. Sin embargo, puedo entender que no quieras contarme algo o que no sepas cuál es el origen de tus males. A veces, se siente uno mal, piensa que hay una disfunción y la hay, pero el mal está en el «coco» y no en unas hormonas mal colocadas o en unas enzimas revueltas. Por eso lo digo. Por eso y por si puedo ayudar en algo.

- Lo sé Maite, lo sé. Ya sé que no es curiosidad morbosa, ni ganas de meterte en mi vida. Sé que me quieres y que te interesas por mí de verdad.

- ¿Sabes que ya nadie me llama Maite, más que tú? Ahora Maite es mi hija. Yo soy doña

Teresa o Teresa a secas.

- Tú serás siempre Maite para mí o Fernan. ¿Te acuerdas del colegio y de la costumbre de llamarnos señorita Fernández o señorita López?

- Sí, ahora las maestras hablan a los niños de tú y los niños les contestan igual. Nosotras no levantábamos dos palmos del suelo y ya éramos señorita esto o señorita lo otro. ¿Sabes que he observado? Mis hijos cuando eran más pequeños no sabían usar el usted.

- Los míos tampoco. Es por esa costumbre del tuteo que no está mal, pero no aprenden a hablar de usted y luego le sueltan un tú al señor obispo.

- Será porque ya a nadie le importa hablar con el señor obispo.

- Eso es verdad. ¿Para qué quieres hablar con el obispo?

- No, si yo no tengo interés especial, pero, aún me parece que es conveniente distanciar un poco las relaciones. Es útil mantener distancias. Me refiero a que, cuando éramos jovencitas, era un signo de modernidad, de libertad, el darse besos con chicos y chicas nada más conocerse ¿te acuerdas? Bueno, yo he practicado esa costumbre durante años. Me presentaban a alguien y ¡zas!, par de besos. Desde hace algún tiempo, dos o tres años, advierto que, cuando me encuentro con alguien desconocido o poco conocido, le tiendo la mano. Ya no me lanzo a darle besos, así de repente. Le he estado dando vueltas a por qué tenía yo esa reacción y me he dado cuenta de que, con tanto darle besos a todo dios, resulta que ya no distinguía los besos de amigo de los de compromiso. He empezado a estrechar manos y a dar un solo beso apretado a mis amigos y me siento mucho mejor. A veces, no puedo librarme de los besos, pero te digo que casi lo he conseguido.

- Sí, es verdad. No había caído yo en eso. Pero creo que tienes razón. Se desperdicia mucho gesto de afecto. Tal vez porque vivimos más de la apariencia que de verdades.

- Es posible. Repartir besos sin ton ni son, crea ambigüedad en las relaciones. Quien te ve, y tú mismo que es más importante, puede llegar a confundir tus relaciones y tus sentimientos.

- Sí. Vivimos en una gran confusión. Yo ya no. Pero sí vivimos en general en una gran confusión. Quiero decir que mantenemos actitudes aparentemente claras, que no lo son tanto. Por eso me duele el estómago. Por eso tengo que tomar toneladas de pastillas.

- Ya, pero tienes una mezcla de gozo y tristeza que se te nota a la legua. Y me tiene algo confundida. Nunca pensé que esos dos sentimientos pudieran darse juntos.

- Pues se dan. Qué ojo tienes.

- Nos conocemos desde hace mucho y si uno no cae en esas cosas es que no se fija.

- Sí. Estoy muy triste, pero muy gozosa. Todavía necesito apoyo de tranquilizantes y antiácidos, pero no creo que dure mucho. En unos meses podré prescindir de ellos. Ya verás. Con los tranquilizantes y los antiácidos me quito la tristeza, y, poco a poco, el gozo va ganando terreno.

- Ya me dirás cómo has llegado hasta ahí.

- La verdad es que además de resolver lo de la herencia de mi padre, que está siendo un follón, porque mis hermanos están todos a la greña, he venido porque quería contarte las cosas. Cuando me has preguntado, me ha dado miedo contártelo, porque no sabía cómo ibas a reaccionar y le he echado la culpa a la menopausia. Pero tienes razón. No es la hormona, que también, es mi «coco».

- Ya me parecía a mí que tú no te ibas a dejar comer la moral por una hormona. No hace falta que me lo cuentes ya. Tenemos tres días. Así que hay tiempo.

- Cuanto antes empiece antes termino. La historia es larga.

- Pues me la cuentas en capítulos.

- Vale. Capítulo primero: Tú sabes que aquello de vivir con mi tía Jovita yo lo llevaba muy mal. La muerte de mi madre y el segundo matrimonio de mi padre me llevaron a vivir con ella ¿te acuerdas?

- Sí, la tía «loro». Era una mujer muy particular.

- Lo era. Muy particular es poco. Era una bruja egoísta, beata e hipócrita. Posesiva y dominante que me tenía permanentemente asustada. Nunca me dejó hacer nada de lo que yo quería. Estudié Historia del Arte porque eso sí era para señoritas, y no Bellas Artes que era para bohemios y gente de mal vivir.

- Algo parecido a lo mío.

- Sí, debían ser «los signos de los tiempos».

- Lo eran.

- Así que cuando me fui a estudiar fuera y conocí a Roberto me pareció haber encontrado el paraíso.

- Sí. Roberto es un gran tipo.

- Lo es. Con sus más y sus menos, pero lo es.

- Un poco como todos. No creas que el mío es «el príncipe azul que yo soñaba», que decía la canción de la Bella Durmiente.

- No, por supuesto. Ya nadie pide eso. Pero, bueno, sigo con la historia. Sabes también, porque te lo conté en su día, que estaba pensando irme de casa y que si no me había ido era porque no tenía donde caerme muerta. De manera que, entonces, tomé la decisión de ponerme a trabajar y de ser independiente económicamente. Al casarme con Roberto yo no hice oposiciones, vinieron los niños y todo eso y lo dejé. Pero al darme cuenta de dónde me había metido y de cómo iban las cosas, decidí que yo tenía que ser autosuficiente.

- Lo recuerdo y me pareció, entonces, muy valiente por tu parte. Sobre todo, porque Roberto no te ayudó demasiado a poner en práctica tu profesión.

- No. Incluso te diría que, quizá no conscientemente, pero parecía estar torpedeando mi

trabajo. Bueno, saqué las oposiciones y me coloqué. No tengo un sueldo maravilloso. Pero, en Soria, puedo vivir con ello tranquilamente yo sola o incluso con mis hijos.

- Ya. Pero Roberto y tú habéis solucionado vuestras diferencias ¿no?

- No del todo. Yo estaba pensando en largarme de casa, porque tenía con qué hacerlo sin descolocar la vida económica de Roberto, que es algo que me preocupaba. Yo había vivido a su costa. No podía largarme y seguir viviendo a su costa, no sé si me entiendes.

- Sí, lo comprendo perfectamente.

- Bueno, pues, en ese momento, va y se muere mi madrastra. Mis hermanos y hermanastros parten peras. Todo el mundo se pelea y yo me llevo a mi padre a casa, porque nadie se hace cargo y mis principios no me permiten llevar a mi padre a una residencia para ancianos. No me parecía justo. Tengo que decir que Roberto se portó. Nuestras relaciones no eran muy buenas, pero se hizo cargo de lo mal que yo me sentía porque mi familia era un desastre y mi padre, con su enfisema, era una carga. Así que tengo que decir que, hasta la muerte de mi padre, se ha portado como un caballero. Como todo un hombre y le estoy agradecidísima.

- Lo creo. Tendrá sus defectos, como todos, pero es un hombre decente ¿y...?

- Cuando yo preparaba las oposiciones, -capítulo segundo- el preparador era un tipo muy majo. Había pasado por una crisis personal, estaba deprimido y aburrido de vivir. Yo andaba bastante mal y nos hicimos amigos. Como yo no encontraba apoyo ni en mi marido ni en mis hermanos, creo que lo adopté de hermano. El se enamoró de mí y yo, poco a poco, empecé a pensar que también me estaba enamorando de él. Bueno estaba convencida. Pero no me sentía con fuerzas para dejar mi casa y, desde luego, no tenía mucho interés en empezar otra relación, recién escaldada de la otra. Cuando saqué las oposiciones y antes de que se muriera Amalia, le pedí a Sebastián, así se llama mi «profe» de oposiciones, que me apoyara, que me acogiera en su casa unos días, hasta que yo supiera qué hacer con mi vida. Por poco sale corriendo o le da un infarto. Descubrí que era capaz de estar enamorado de mí, pero incapaz de enfrentarse a la sociedad, a las murmuraciones de una ciudad pequeña en donde todos nos conocemos. Ni siquiera era capaz de apoyarme como amigo. Así que me vi sola y me dio miedo. No podía acudir a mi padre, no podía acudir a mis hermanos y me quedé en casa. Luego, se murió Amalia y todo se complicó aún más.

- ¿Y ahora que se ha muerto también tu padre?

- Espera que falta el capítulo tercero. Pero, nos arreglamos un poco y nos vamos a la calle. Comemos por ahí. No guises, te invito yo. Prometo comerme un hervidito, aunque sea en un restaurante, para que tú no sufras por mi estómago.

- Vale, pero no sé si voy a resistir la intriga.

Fuimos a dar una vuelta por un centro comercial, comimos y luego, nos buscamos una

cafetería tranquila, de ésas en las que se reúnen señoras de la tercera edad. Después de un par de chistes acerca de aquellas señoras y de que nosotras estábamos ya en el umbral de esa edad o casi con los dos pies dentro, Alicia siguió con su historia.

- El capítulo tercero empieza a mitad del segundo, pero yo me he enterado hace un mes y medio. Hace un par de años, cuando yo estaba a punto de irme de casa y cuando se lo dije a Sebastián y él salió corriendo como un conejo, yo le escribí una carta diciéndole lo decepcionada que estaba de su actitud y de que, si ni siquiera la amistad que decía sentir por mí le animaba a apoyarme, pues que me despedía de él. Yo, en amor o amistad, lo quería todo. Es decir, quería una entrega incondicional. Nunca contestó a esa carta, pero tuvimos varias conversaciones acerca de ella. Me juró amistad eterna, pero que no le pidiera que me ayudara a terminar con mi matrimonio, porque no lo podía soportar. Yo me enternecí de su debilidad y, como le quería, se lo perdoné y hemos seguido siendo amigos. Sé que no puedo esperar nada de él. Pero a la gente hay que aceptarla como es, ¿no te parece?

- A veces es muy duro admitir que los que nos rodean no son como quisiéramos, pero tampoco nosotros mismos somos como queremos y aún así nos toleramos.

- Eso pensé. Bien, el caso es que, hace un mes trabajando en casa, me encontré por equivocación. Te juro que no lo buscaba. Me encontré con un escrito de Roberto a Sebastián. Las fechas coincidían con la huida de Sebastián, pero aún más, a los pocos meses de aquella conversación y de mi carta, Sebastián se enredó en una relación poco clara con una mujer muy especial que para mí, y se lo dije, lo que buscaba era engancharlo para que le solucionase la vida. Una separada que, como yo, no tenía oficio ni beneficio, pero que en vez de buscar trabajo, buscaba otro marido que la mantuviera. Yo no podía explicarme aquella historia, no me encajaba en la forma de ser de Sebastián. No tenían nada en común y, sin embargo, él parecía entusiasmado con la idea de casarse con ella. No lo podía entender. Empecé a atar cabos y me di cuenta de que la carta de Roberto a Sebastián y la respuesta de éste encajaban perfectamente. Roberto quería retenerme. Sabía que yo estaba a punto de irme de casa y que si seguía era por lo de mi padre. Sabía que si Sebastián seguía rondándome, yo tendría valor para irme. En vez de decírmelo a mí, le dio una puñalada a Sebastián, pasando por encima de todos mis sentimientos y de los de aquel pobre gallina. Pero, el otro, en vez de defender su amistad hacia mí, como un corderito respondía que no había nada entre nosotros, que no era esa su intención y que nunca se lo había planteado. Es decir, también pasaba por encima de mis sentimientos. El uno por ser posesivo, quería retenerme y no se paraba en nada. El otro por cobarde, tampoco se paraba en nada. De manera que yo era una especie de pelota que se lanzaban el uno al otro a ver quién se la quedaba.

- No puedo creerme una cosa así. Al otro no lo conozco, pero de Roberto nunca hubiera esperado cosa semejante. Por supuesto que te manipularon. Pero el más manipulado ahí es

Sebastián y, a lo mejor, esa historia con esa novia extraña que se ha echado es una forma de confirmarle a Roberto que no tiene nada que ver contigo. ¿No lo has pensado?

- Claro que lo he pensado. Es que es así. Yo lo sospechaba. El sabía que si yo me quedaba libre, no podría resistir la tentación de venir a mí. Sabía, por otra parte, que no se atrevería nunca a hacerlo por la presión social. Pero, de alguna manera, la presión social quedaba algo más lejos. Roberto era la voz directa de la presión social, ¿comprendes?

- Sí, está clarísimo. Y ¿qué has hecho?

- ¿Que qué he hecho? Lo único que se puede hacer en un caso así. Los cité a los dos. Los senté a una mesa, los invité a cenar. Les leí sus respectivas cartas y les largué un discurso sobre las mentiras que no traen más que mentiras. Les dije que yo no quería vivir más en medio de las mentiras y que cuando dejaran de mentir que me avisaran. Y en ésas estoy.

- ¡Dios mío! qué valiente eres.

- No creas, ¿por qué te crees que tengo gastritis y ansiedad?

- Ya, pero se te ve que, en medio de la tristeza, estás gozosa.

- Y más que lo voy a estar en el momento en que yo empiece a desprenderme de la pequeña duda de si hice lo que debía o no. Lo único que sé es que ahora tengo gastritis, pero que si me llego a callar, a estas horas tendría una úlcera sangrante. Ahora sólo me queda esperar, volverme sobre mí misma y aprender a vivir sin pensar primero en ellos y luego en mí. No es una tarea fácil, porque nos educaron para estar pendientes de los demás y para lograr las cosas inmediatamente. Eso se acabó.

- ¿Sigues en tu casa?

- Sí. Pero en cuanto se reparta la herencia de mi padre, tendré para dar la entrada de un piso. Ya lo tengo apalabrado. Es cosa de un mes o dos y la hipoteca la iré pagando de mi sueldo. Tengo para amueblarlo y ponerme a vivir por mi cuenta.

- ¿Tus hijos?

- Ya son grandes. Nena, a lo mejor, se viene a vivir conmigo y Luis, no sé lo que hará. Es posible que se quede con su padre, porque piensa que es un desastre y como él es un manitas, cree que debe protegerlo y cuidarlo. De todos modos, lo han entendido y están bien y, lo que más me importa, me quieren y me apoyan. Luis, hace unos años, me dijo que yo era una madre, cuando yo le pregunté si nunca se había planteado que yo además de una madre era una persona. Y él me dijo que no, que yo no era una persona, que era una madre. Por supuesto, era más pequeño. El otro día, creo que había comprendido por fin que era lo que yo le preguntaba en aquella ocasión, me dijo: Madre, además de madre, eres una persona y me gustas como madre y como persona. Así que, ya ves, lo de las píldoras está apunto de acabarse.

- ¿Y tus hombres?

- Sebastián y yo nos vemos de vez en cuando. Salimos a cenar o a tomar un café. Todavía mantiene aquella relación, pero ya no se le ve tan entusiasmado. Se le ve más bien reticente. No creo que le dure mucho más, aunque nunca se sabe; ¡es tan débil de carácter! Roberto me quiere y, tal vez ahora, podamos volver a ligar en buen plan, con las cosas claras. Por eso te digo que, en los afectos, es donde más importante resulta ser sincero y claro. Así que haces bien en no darle besos a todo el mundo. Sólo a aquellos a los que de verdad se los quieras dar. A los demás, la mano o ni eso.

- Estoy de acuerdo.

A pesar de que nuestro primer día de charla fue muy intenso, no por eso nos callamos. Estuvimos de parleta hasta las tantas de la madrugada y el sábado y el domingo hasta la hora del tren. Cuando Alicia ya estaba en su vagón y yo en el andén y el tren empezaba a moverse, me dijo:

- Fernan, llámame y ven a verme. Tenemos que hablar.

XI

Rosa es una de las tertulianas más o menos habituales del café. Es algo menor que yo, y aún lo parece más, porque tiene un aspecto aniñado, que ella refuerza vistiendo siempre de un modo bastante poco convencional. Es muy aficionada a la grafología, la astrología y la interpretación de los sueños. Apenas sé nada de su vida, porque las conversaciones del café son siempre a varias bandas. Todo el mundo habla a la vez, se da por supuesto que las vidas personales importan poco y nunca se han producido presentaciones formales. Van saliendo retazos de las experiencias de cada cual y el resto se lo imagina uno o busca información si algo le interesa. Rosa me parecía un poco, cómo diría yo, ¿esotérica? Algo así. Quiero decir que, con su afición por las diversas «gías» que he nombrado antes y su afán por resolver cualquier cuestión por medio de esas «ciencias» -algunas lo son, no digo que no-, me daba la impresión de ser superficial y de reducirlo todo a explicaciones más o menos mistericas de las que no soy especialmente partidaria, aunque alguna vez caiga en ello.

Un día que yo no tenía trabajo, salí a dar una vuelta; me encanta andar y, de pronto, recordé que quería darle un recado a Conchi para que me cambiara la hora de mi masaje. Giré en redondo y tomé camino hacia el salón de belleza. Al llegar, vi que estaba cerrado. Como era pronto, pensé que estaría desayunando en el café y me fui para allá. Nada más entrar, me sorprendió no ver a las chicas en la mesa habitual de la tertulia. Sólo estaba Rosa en una mesa más alejada. Ella no me vio entrar porque estaba volcada sobre una libreta en la que apuntaba cosas con extremada rapidez. Fui hacia ella y le dije:

- ¡Hola! ¿No han venido las chicas? ¿Qué pasa, van con retraso?

- ¡Hola Teresa! La que va con retraso eres tú. Hoy es fiesta en este pueblo ¿no te acuerdas?

- ¡Anda, la osa!, pues es cierto. Jolín, qué despiste tengo. La verdad es que he salido a dar una vuelta y de pronto me he acordado de que quería cambiar mi hora con Conchi y me he venido para acá, sin pensar en lo de la fiesta. ¡Cómo tengo la cabeza! ¿Tú que haces aquí tan aplicada?

- Nada de particular. Bueno, sí. He tenido un sueño fabuloso y me he venido aquí a desayunar y a escribirlo para que no se me olvide y poder interpretarlo con calma. ¿Te tomas un café conmigo?

- Ya que estoy aquí, me lo tomo. Aunque no quiero distraerte, vaya a ser que se te olvide.

- No, casi he terminado de escribirlo. Te lo cuento y a ver qué te parece a ti.

A pesar de mis recelos hacia la astrología, lo de los sueños me parece otra cosa. Tengo una amiga psicoanalista que me ha enseñado a valorarlos y a intentar analizarlos. Por supuesto no soy una experta, pero es un juego que me gusta. De manera que le dije:

- Venga, cuenta.

- Verás. Yo estaba en Alemania. Vivía en un hotel. Había ido allí para participar en una especie de reunión sobre pesca. Las asambleas de discusión eran en un sitio grande, con grandes cristaleras, que parecía un barco y yo creo que flotaba sobre el mar. En la reunión, había una inmensa mayoría de hombres, sólo otras dos mujeres y yo. Pero a esas mujeres yo no las veía, sabía que estaban allí, pero no las veía. Mientras hablaba el que dirigía la reunión, yo pensaba: Esto no me interesa, no sé qué hago aquí, ni para qué he venido. De repente, yo miraba hacia un lado y allí estaba sentado un señor, don Pedro, que había sido profesor mío en el Instituto. Cada vez que el que dirigía la reunión decía algo que yo no entendía, yo miraba a don Pedro que me hacía señas y guiños. Al final, yo me levantaba y me acercaba a don Pedro y él me decía: Niña, esto no es para ti, aquí no haces nada. Márchate. No sé cómo, yo me iba de allí y me encontraba comiendo en un restaurante con una cuñada mía. Ya habíamos terminado y salíamos. Mi cuñada cogía su coche y yo cogía el mío. Ella iba delante y yo la seguía. Al llegar a una cuesta, mi coche se iba quedando parado, parado, y no podía subir la cuesta. Yo le gritaba a mi cuñada, llamándola por el apellido, pero ella no me oía y aceleraba y se perdía. Yo llegaba a un cruce, aburrída con mi coche que no tiraba, y cogía a la izquierda, por un camino que descendía. El camino bajaba y bajaba, se acababa y terminaba en un barrizal frente a una especie de chalets adosados que aún estaban en construcción. Entonces yo pensaba: No sé para qué me he traído este coche que no chufra. Lo malo es que tengo billete de avión para volverme a Madrid. Tengo que facturar el coche en un tren. Mañana intentaré facturarle, aunque debería dejarlo en este barrizal porque no me sirve para nada. Yo me sentía perdida porque no sabía qué camino seguir para volver a mi hotel. Entonces, miraba hacia arriba y veía un edificio rojo, con una bandera en el balcón. Por la terraza de ese edificio, se paseaba siempre un tipo vestido como de policía o de militar. Yo reconocía el edificio, que yo pensaba que era de una Embajada o algo así, porque se veía desde la ventana de mi habitación del hotel, y me daba cuenta de que estaba en la parte de abajo de mi hotel. Comprendía, entonces, que mi cuñada conocía el camino y yo no, que, en el cruce, ella debía haber girado a la derecha, mientras que yo me había ido hacia la izquierda. Para llegar a mi hotel, en lugar de echar a andar, yo echaba a volar. Pero no era un volar suave, sino como nadar contra corriente, hacia arriba, con mucho esfuerzo. Tanto es así, que me he despertado baldada y con dolor de espalda. Todavía me duelen los brazos y el cuello del esfuerzo.

- ¡Hija, por Dios! qué sueño más largo y complicado. ¿Tienes idea de por dónde puede ir el significado?

- Sí. Tengo que decirte que desde hace algún tiempo sueño con frecuencia que estoy en mi casa, pero mi casa es como un hotel. No se parece en nada a mi casa de verdad y entra y sale gente que no conozco o están durmiendo en las habitaciones muchas personas que nunca he visto. Creo que el hotel es mi casa. Hace tiempo que no me parece que mi casa sea mi casa. Me siento como una extraña en ella.

- El final del sueño, parece que hace referencia a una especie de liberación, pero que se consigue con mucho esfuerzo ¿no?

- Los sueños de volar son sueños liberadores, efectivamente. Pero, es verdad, no había caído, aquí es una liberación que me deja hecha polvo. Ya te digo que me costaba mucho trabajo volar y me he levantado dolorida.

- No sé lo que pueda significar el tal don Pedro. ¿Es un hombre mayor?

- Sí. Ni siquiera sé si vive aún. Era profesor mío en el Instituto, ya te lo he dicho, y no lo he vuelto a ver desde entonces.

- ¿Se parecía a tu padre?

- En nada. Aunque sí era muy paternal. Era una bellísima persona. Se preocupaba mucho por los alumnos y a mí me trataba con especial cariño.

- ¿Sería una persona de la que tú te fiarías?

- De hecho, en el sueño, cuando él me dice que me vaya, que yo allí no pinto nada, yo me largo y se supone que estaba allí porque era mi obligación.

- Ya. Yo creo que alguien de confianza, quizá tu propia conciencia, te está avisando de que dejes de hacer algo que estás haciendo y de lo que no va a resultar nada bueno para ti. ¿No crees?

- Es posible. Lo que me intriga es lo del coche y lo de mi cuñada. Sobre todo, no sé por qué llamaba yo a mi cuñada por el apellido, nunca lo he hecho.

- ¿Llamas por el apellido a alguien de la familia de tu marido?

- Sí, a mi marido. Cuando estoy cabreada con él, que no es raro, lo llamo por el apellido porque sé que a él le molesta.

- Pues, tu cuñada no es tu cuñada, es tu marido. Me refiero en el sueño.

- Ya. Eso está bien. Sí. Claro. No sé cómo no lo había pensado antes.

- Lo que me parece más absurdo es lo del coche. ¿Por qué te habías llevado el coche, si te volvías en avión. Cómo se te había olvidado que lo tenías allí y, luego, por qué pensaste que ya no te servía y te lo ibas a dejar tirado en un barranco? Se me ocurre preguntarte ¿el coche, no será en realidad una persona?

- ¡Dios mío! Julián.

- ¿Cómo Julián? ¿Quién es Julián?

- Ya está. Ya está. -Exclamó Rosa emocionada- Ya lo he resuelto. Estupendo. Así que he

tomado la decisión adecuada y esto es un resumen. Vale. Muy bien. Soy una tía cojonuda. Vamos a pedir otro café y me voy a comer una tostada. Te lo cuento enseguida.

Y le gritó a Paco el de la barra:

- Paco, una tostada grande, con otro café largo con leche.

Luego, mirándome, dijo:

- ¿Tú quieres algo más? Tómame algo para celebrarlo.

Yo, como no sabía qué era lo que estábamos celebrando, le dije:

- No, yo con un café ya tengo bastante. Gracias.

- No sé si sabes que he estado a punto de separarme de mi marido. De hecho, ya habíamos consultado a un abogado. Alex, mi marido que se llama Alex, no estaba de acuerdo. El decía que podíamos arreglarlo, pero que se hacía lo que yo dijera.

- Si tiene tan buena voluntad, a lo mejor es que te quiere más de lo que tú crees y por eso se ofrece a hacer lo que digas. ¿No deberías darle una oportunidad?

- Eso es otro asunto. Ya veremos. Yo no lo tengo claro, pero había una cuestión previa que yo tenía que resolver. La verdad es que el otro día, hace cosa de una semana, tomé la decisión. Se lo comenté a una amiga mía y me dijo que era una decisión valiente, quizá precipitada, pero que si estaba convencida que fuera por ella.

- Oye, o me empiezas aclarar de qué estamos hablando o yo me pierdo.

- Sí, a eso voy. Ya te he dicho que mi casa es como un hotel. Quiero decir que yo no me siento en mi casa, porque estoy peleada permanentemente con mi marido, no me siento a gusto y me quiero ir. Pero, yo sé que mi marido me quiere y que es capaz de hacer cualquier cosa, incluso divorciarse, si con eso me da gusto. Es capaz de actitudes heroicas, pero luego, en el día a día, se olvida de que existo. Está a sus cosas, trabaja muchísimo y no encuentra un minuto para hablar conmigo. Cuando digo que me voy, se le abren las carnes y entonces quiere que me quede, promete todo lo prometible, más tarde, se le olvida y vuelta a empezar. Como estoy tan harta desde hace tiempo, empecé a tontear con un compañero de trabajo. Es un tipo muy agradable, está de lo más bien y es muy correcto y atento. Yo me había llegado a plantear que me iría de casa para poder ligar con él.

- No parece muy razonable salir de una relación conflictiva, lo sea o no, pero que se vive como tal, y enredarse en otra sin respirar en medio, al menos un rato largo ¿no te parece?

- Por supuesto, es una burrada. Sin embargo, yo estaba montándome fantasías ¿comprendes? Bueno, el caso es que, como te digo, empecé a tontear con el pollo ese. Yo me daba cuenta de que era un individuo muy agradable, pero había como una sombra. Así que le saqué el horóscopo. Nada que temer porque, en principio, era un Tauro, pero mira por dónde, con ascendente en Géminis y eso ya es más peligroso. La combinación no era buena. Yo me decía, este muchacho tiene algo, algo así como el Dr. Jeckyll y Mr. Hyde.

- Mujer, sólo por el horóscopo ¿no es un poco fuerte?
- Lo que yo te diga. Tú como eres Virgo, racional y todo eso, llevas mal estas cosas.
- Oye ¿cómo sabes que soy Virgo?
- Se te nota a la legua. No hay más que ver cómo colocas la taza del café, el sobre del azúcar, cómo dejas la cucharilla en el mismo sitio y cómo juegas siempre de la misma manera con la servilleta de papel. No te digo nada lo que se te nota cuando traes guantes. Los colocas uno encima del otro sobre la mesa, encarando los dedos cada uno con el correspondiente.
- ¡Por Dios! ¡Qué barbaridad! Me tienes fichadísima.
- Para que veas. Yo no creo en las predicciones, pero los estudios de carácter que te salen levantando una carta astral son la leche.
- No me quedará más remedio que reconocerlo. Pero volvamos al esquizofrénico.
- Tanto como esquizofrénico, no, pero que tiene doble personalidad es seguro. Se llama Julián, ya te he dicho. Bueno, pues Julián es el coche que no puede subir las cuestas y que estoy dispuesta a dejar en un barrizal cualquiera. Es decir, que no quiero saber nada de él. Que no me da la gana de hacerme fantasías con él, porque es un tipo que aparenta seguridad, que pisa fuerte, pero es un gallina. Es todo fachada.
- ¿Por qué dices eso?
- Me he enterado de que el tío está separado. Bueno, que su mujer lo echó de casa, porque es un irresponsable que no se hacía cargo de nada. No te voy a contar toda la historia, porque es muy larga. Desde entonces, se dedica a ligar con todas las chicas que trabajan para la empresa. Pero no con las que están en la oficina, sino con las que hacemos trabajo de visitadoras. Con las que vamos por las casas vendiendo los productos y que pasamos por la oficina una vez por semana. Así tiene entretenidas a tres o cuatro. Todas nos creíamos que estaba por nuestros huesos. En cuanto lo supe, estuve pensándolo y, al final, el otro día, cuando fui a contarle cómo iban los pedidos y las ventas, le dije: Julián, de lo otro nada. Se ha acabado. El me dijo que no entendía y yo le dije: Que no tomo más café contigo, ni salimos a dar una vuelta cuando coincidimos en tarde libre, ni digo más que me voy a cenar con la empresa, cuando me voy sola contigo. Me empezó a hacer arrumacos y a decir que qué pasaba y le dije: Que yo no soy del montón. Que si salgo con alguien es en serio y no para perder el tiempo. Así que búscate otra, que ya tienes donde escoger, para entretenerte. Se quedó más corrido que una mona.
- Hombre, sí es una decisión seria. Lo que no entiendo es por qué te decía tu amiga que era muy valiente.
- ¡Toma!, porque es mi jefe y puede decir que mi producción es baja o cualquier cosa y rescindir el contrato que es temporal, permanentemente temporal ¿comprendes?
- En ese caso, sí que entiendo lo del valor.

- Pero tú fijate que yo estaba a punto de irme de mi casa y pensando, ¡seré pava!, que con ese tío podía tener un futuro. Menos mal que sabía que era ascendente Géminis, que si no, pico del todo. Así que es el coche y yo, volando, me vuelvo a mi casa con mucho esfuerzo y lo dejo tirado en el hoyo. En cuanto hice eso, me fui a hablar con mi marido y le dije: O te portas o me largo de verdad. Mis condiciones son ésta y ésta y ésta. ¡Oye! encantado de la vida. Y me dice el muy cabrito: ¿Le he ganado la partida a Julián? Y le digo: ¿Cómo sabes eso? Y me dice: Porque no te hablo, pero te estoy mirando todo el día y no hago más que pensar en ti. Se me cayeron las bragas.

- Bueno, la cosa parece bastante resuelta. Te has desecho del coche viejo, es decir Julián, te has medio reconciliado con tu marido, y parece que con buenas perspectivas, conservas tu trabajo porque, probablemente, Julián no se atreva a meterse con alguien que se le enfrenta. No parece haber sombras. Yo creía que los sueños eran una forma de sacar a luz conflictos interiores que uno tiene sin resolver. No sé por qué has soñado eso que, a pesar de lo complicado, ahora, analizado, parece tan evidente.

- Cuando haces una cosa así, siempre te queda la duda de si lo habrás hecho bien. Si eso era lo que tocaba hacer. Este es un sueño de confirmación. Un sueño que resuelve esa duda. Un sueño resumen de todo. ¿Lo ves? Ahora, aunque me haya equivocado y me salga mal; es decir, aunque perdiera el trabajo, aunque Alex me pidiera el divorcio, yo me siento feliz, porque en un momento concreto he hecho lo que quería y lo que creía. ¿Te das cuenta? Mi subconsciente me dice que esté tranquila y lo que sea será.

- Voy a tener que dejar de ser Virgo, para no perderme todas esas cosas.

- No. No puedes. Pero consuélate, en una situación parecida, tú habrías llegado a la misma conclusión perdiéndote obsesivamente en los detalles y analizándolos una y otra vez.

No estoy tan segura, le dije, y aquí se acabó nuestra conversación. Yo me fui a casa con la piel de gallina y, cada vez que pienso en la astrología, me dan escalofríos.

XII

Se acercaba la Navidad. Yo había salido de compras. Al final de la mañana, tenía cita con mis chicas que se reunían en el café para el aperitivo, para intercambiarnos regalitos y despedirnos ante los días de vacaciones, deseándonos una buena entrada de año.

Dos días antes, me había llevado una fuerte impresión; la fiesta navideña, que se celebra en mi trabajo, se había suspendido bruscamente porque un chico que estaba de meritorio se había suicidado en el propio edificio. De manera que todos nos habíamos despedido de manera informal y repentina, sin casi ganas de desearnos nada, como si nos diera vergüenza contarnos los planes que teníamos para esas fechas.

Son muy curiosas las reacciones que se producen ante la muerte. Las hay para todos los gustos, suponiendo que se pueda decir así. Comentaba yo con un amigo, no hace muchos días, que, antes, la gente se preparaba para morir, sin embargo, hoy, parece que todos deseamos una muerte repentina. Mi amigo decía que, en tiempos pasados, la gente se preocupaba ante una muerte repentina por si le pillaba sin confesión y, por lo tanto, se exponía a la condenación eterna. Yo reforzaba su argumento, y así se lo dije, porque pensaba que casi todo el mundo era consciente de tenerla hecha, como los niños, que se sobresaltan si los llamas de repente porque, seguro, estaban haciendo algo que no debían. Los estás pillando en falta. Ahora, se ha perdido en buena medida, la conciencia de pecado, o, más bien, se ha difuminado la línea que separa el bien del mal.

Estamos acostumbrados a excusar conductas que antes eran reprobables, a explicar acciones como formas de expresión en libertad o a justificar de manera bastante peregrina, en ocasiones, la presencia del mal en el mundo. Con frecuencia, además, justificamos la aceptación de conductas o de personas improcedentes y hasta perniciosas, como prueba de nuestra gran tolerancia o como si estuviéramos sosteniéndolas y apoyándolas por una especie de altruismo. Es como si nadie nos sintiéramos responsables, como si las cosas ocurrieran por una especie de azar incontrolado o incontrolable. Esto se percibe bien en el terreno económico; la macroeconomía, la mundialización del dinero -dinero invisible, por otra parte-, la globalización de la producción han diluido en gran parte la sensación de que somos nosotros los que manejamos el dinero, los que producimos o los que provocamos las desigualdades e incluso la pobreza. Todas las diferencias, a veces sangrantes, parecen provocadas por una mano misteriosa, un nuevo *deus ex machina* que si en tiempos pasados aparecía oportunamente para resolver conflictos humanos, ahora se presenta para crearlos, pero sin que se vea su presencia

y sólo se perciban los efectos.

Por todo ello, preferimos que la muerte, otro de los grandes males o el irremediable por definición, desaparezca de nuestra vista. Los tanatorios son una buena muestra de ello. Por eso, también, al menos es lo que creo, si nos dieran a escoger, optaríamos por una muerte repentina y no nos seduce lo más mínimo aquella añeja imagen de: «tras larga enfermedad, falleció en su lecho, rodeado del cariño de sus familiares y deudos».

Las muertes en catástrofes naturales, en guerras o por hambrunas nos son tan familiares que no nos impresionan y, además, los que vivimos en el primer mundo las vemos tan lejanas como cualquier otra película de las que pasan por televisión. Esas muertes han dejado de tener sentido, a pesar de que, de vez en cuando, alguna vocecilla nos las recuerde.

La muerte de los ancianos nos parece natural y nos consolamos pensando que está lejos, que ellos ya habían hecho su papel en la vida o que no tiene qué ver con nosotros que somos de otra generación.

La cosa se pone algo más peliaguda cuando el difunto es alguien de nuestra edad más o menos cercano. En esos casos, como con frecuencia se trata de muertes por accidente, echamos la culpa a lo mal que están las carreteras o a la falta de vigilancia de los agentes de tráfico o al sistema de obtención del carné de conducir. Como también son comunes las muertes por enfermedades como el cáncer o los infartos, nos decimos que, bueno, la ciencia en cualquier momento les pondrá remedio y nos devolverá la inmortalidad que perdimos, parece, al ser expulsados del Paraíso, o bien, que el difunto era un ejecutivo de éstos que sólo piensan en el trabajo y que llevan una vida insana, que eso se combate con una dieta baja en calorías, hidratos de carbono y grasas y haciendo *footing*.

De manera que la culpa es de los guardias, de los hoyos de las carreteras o los cambios de rasante, de las autoescuelas, de los científicos o del propio interesado que era una persona de mal vivir. En cierta medida, estamos diciendo que los que conducimos prudentemente, no comemos en demasía, caminamos y llevamos una vida más o menos ordenada, somos inmortales.

Mi marido, por ejemplo, se consuela pensando en las estadísticas. Quiero decir que él piensa que, cuando alguien se muere antes de hora, es un número en la estadística y que, por la ley de probabilidades, está impidiendo que cualquiera de nosotros se muera antes de alcanzar una edad avanzada. Una forma como otra cualquiera de ignorar la única cosa que nos alcanzará de seguro y a la que nos enfrentaremos tan solos como a un examen de reválida o de selectividad.

Las que producen, no obstante, un mayor desasosiego son las muertes de gente joven, entre quince y treinta años, especialmente si se trata de suicidios. En estos casos, aquellos que no se quedan mudos por la perplejidad y el desconcierto suelen afirmar que algo debía andar mal en

la cabeza del fallecido o bien que posiblemente estuviera sometido a excesivas presiones psicológicas y no pudo soportarlas. En definitiva, algo se quebró dentro de ellos, se perdieron por el camino de la irracionalidad y terminaron así. Algunos, pocos, echan la culpa a esta sociedad excesivamente competitiva o agobiante y deshumanizada, y otros, los menos, se lamentan de no haber estado más atentos para percibir que el suicida tenía problemas y haberle echado una mano, por supuesto buscando a un psiquiatra que lo sometiera a la terapia adecuada.

A propósito del joven suicida, yo andaba en estas reflexiones, cuando llegó el día de mi cita con las chicas del café y como la mente humana, al menos eso dicen, suele rechazar los pensamientos tristes, en particular cuando uno está ocupado en programar alguna fiesta o juegucilla, yo había dejado atrás ese terrible acontecimiento, me había ido de compras y me preparaba para pasar un rato agradable con mis muchachas.

Llevábamos algún tiempo en el café, cuando llegó Marta. Tenía la cara pálida, grandes ojeras y la mirada un poco ausente, como febril.

Conchi le dijo:

- Tienes mala cara.

- He pillado un trancazo de no te menees. Todos estamos así en casa; primero las niñas, luego mi marido y ahora yo. Estos días hay muchísimo trabajo y no nos podemos quedar en la cama. Así que todos lo estamos pasando de pie y yo cada vez estoy peor. Me veo en cama en la Nochebuena. Lo que me chincha muchísimo. Este año me tocaba a mí preparar la cena para toda la familia, incluida mi suegra, y se va a pensar que me invento lo de la gripe para no invitarla. Es bastante bruja, la mujer. Seguro que piensa eso y yo estoy que me caigo.

- No será para tanto. En cuanto hables con ella por teléfono, se dará cuenta de que estás fatal, digo yo. - Replicó Ana.

- Claro, mujer, tienes una voz horrible y eso se nota. Dije yo reforzando el argumento.

- Es posible -dijo Marta-, pero no me fío de ella un pelo. Además me he pasado la noche de velatorio.

- Hija, ¿quién se ha muerto?

- Pues un vecino. Con cuarenta y siete años. Hace una semana o dos, todo lo más, se murió su madre que vivía también allí. Un poco antes, la suegra y ahora él. La verdad es que las dos señoras esas tenían ya sus años, pero este pobre... Yo no lo conocía mucho, pero sí tenía bastante trato con su mujer. Así que para allá nos fuimos al velatorio y esta mañana, temprano, el funeral y el entierro. No veas el frío que pasé anoche y esta mañana, con la helada, me he quedado tiesa en el cementerio. Lo que le faltaba a mi catarro.

- ¡Hija! qué racha. Pero tú por dónde vives. Ese barrio no es sano. La gente palma en racimo. Ten cuidado.

- Mujer, no digas esas cosas. La madre y la suegra eran mayores. A mí lo que me da mucha pena es ese muchacho. Después de todo, era bastante joven. Cuando se muere alguien joven te da como un repelús...

- No me lo digas -dijo yo-, que en mi trabajo se suicidó el otro día un muchacho que no tenía más de veintitrés años.

- Eso sí que es terrible. Dijo Conchi, y añadió: Yo lo de los suicidios no lo entiendo. ¿Quién puede querer morirse? Les debe dar algo a la cabeza.

- No lo sé. La verdad es ésa. A mí me resulta de lo más incomprensible.

- Oye -terció Rosi-, para un día que puedo venir a estar con vosotras, ¿no se os ocurre nada mejor de qué hablar? Si lo llego a saber no vengo.

A continuación Rosi, como para salir del tema, dijo:

- ¿Os sabeis el chiste de la que va al médico porque su marido no le cumple...?

Un chiste tiró de otro, todos bastante picantes. Al cumplirse casi la docena, los chistes rozaban ya lo pornográfico. Carmen, entonces, dijo:

- Mi marido se ha comprado un libro que explica con pelos y señales una dieta estupenda para adelgazar.

- ¡Ah! Sí, ¿Cómo?. - Dijo Conchi que está empeñada en probar todas las dietas de adelgazamiento que salen.

Carmen replicó muy seria:

- Haciendo el amor.

Ana, como un rayo, le soltó:

- Pues, o no os tomáis la dosis o algo pasa porque tú estás más gorda.

Las carcajadas subieron de tono y yo les dije:

- ¿Os dais cuenta de que hemos empezado hablando de la muerte y hemos terminado hablando de sexo como posesas?

- ¡Ay, hija! ¿qué otra cosa hay en el mundo? Dijo Conchi.

- Nada -explicó Ana-. Nada más que eso. ¿Por qué te crees tú que son tan importantes los líos de pareja o por qué la gente habla de irse a la cama a todas horas, lo haga o no? Pues porque tiene miedo a morirse. Así que, si por casualidad, te ronda la muerte, sea más o menos cerca, se pasa una al sexo, aunque sea oral; quiero decir, hablando de ello, ya me entiendes...

De nuevo las carcajadas inundaron el aire enrarecido del pequeño café. La afirmación de Ana, fue corroborada por todo el mundo. Todas estaban de acuerdo, con ligeras variantes, en que el mejor modo de salir del susto de la muerte, que nos acecha a cada instante, era pensar en cosas eróticas, o mejor, hacerlas. Especialmente estaban de acuerdo en que los hombres son los que reaccionan con más frecuencia de ese modo. Conchi llegó a decir:

- Mira, no sólo eso, sino que un hombre es capaz de echar a perder todo lo que tiene, por

bueno y valioso que sea, por un buen polvo. Si lo quieres más fino, por tener a alguien que le caliente la cama. Más de uno y más de dos han tirado su carrera, su dinero, su trabajo, hasta la fama o lo que sea, por una tía. Eso, no se lo verás hacer a un jovencito o es muy raro. Pero, te lo encuentras así -e hizo un gesto muy significativo con la mano-, en cuanto miras a los que pasan de los cincuenta.

- Es posible. Sin embargo, ¿por qué se puede suicidar una persona joven, con toda la vida por delante?

- Por lo que te digo, porque no es capaz de refugiarse en el sexo. Los jóvenes todavía creen en el amor, tienen ilusiones, esperanzas y ni idea de nada. Deja de darle vueltas ya, Teresa, y no seas cenizo que estamos en vísperas de Navidad. ¿Nos tomamos otras cervecitas? Esta corre de mi cuenta.

XIII

Las tragedias griegas son el producto del silencio o de la sordera, depende de cómo se mire. Quien dice las tragedias griegas, dice otras piezas literarias como novelas o incluso películas. También, aunque parezca una contradicción, las historias desgraciadas que cuentan las coplas, los boleros, las rancheras o los tangos se producen como consecuencia del silencio o de la incapacidad para escuchar.

Muchas veces he observado que en un diálogo teatral o cinematográfico los personajes se quedan a mitad de una frase, baja el telón o cambia la escena -en las películas antiguas se ponía la pantalla negra- y ya se ha sembrado la semilla de las incomprensiones, de los silencios, en definitiva; de la tragedia. En cuanto se produce ese vacío en la palabra, ya sabes que aquello acabará como el rosario de la aurora.

En las piezas teatrales clásicas, el coro lanza avisos a los personajes: Que os va a pasar esto o lo otro; y los personajes, enzarzados en sus cosas, no escuchan nada de lo que se les dice y, claro, terminan muertos o asesinados o con unos males de amores absolutamente irremediables. Como decía, en las rancheras, en las coplas o en los boleros pasa exactamente igual. Si no, escúchese con atención la letra del Juan Charrasqueado en la voz de Negrete, por ejemplo, y se verá cómo aquello no tenía escapatoria. Van hasta la cantina a avisarle y como es muy macho, pues nada, se deja matar.

No sé qué película o qué canción acababa yo de ver u oír y andaba en estas cavilaciones, cuando me sacó de ellas el timbre del teléfono:

- Hola, soy Sole, ¿eres tú, Teresa?

- Sí, dime, niña, ¿cómo estás?

- Bien, bien. Oye, ¿mi madre ha estado por ahí últimamente?

- Últimamente no. Estuvo aquí un día, hará casi un mes o más, ¿por qué? ¿le pasa algo?

- No. Ella está bien. ¿No has vuelto a hablar con ella?

- Pues no, la verdad. Quería haber llamado, pero he estado muy liada con cincuenta cosas y se me ha pasado o cuando me he acordado no era buena hora para llamarla. Pero, ¿qué pasa?

- Por teléfono no quiero contártelo. ¿Te importa que vaya a verte? Pero no se lo digas a mi madre.

- No, mujer. Ven cuando quieras.

- ¿Te parece bien mañana por la mañana?

- Sí, muy bien. Yo mañana no trabajo, estaré en casa y además estaremos solas.

- Estupendo. Sobre las diez y media estaré ahí. ¿Es el tercero, verdad?

- El tercero derecha. Muy bien, pues hasta mañana. Besos.

- Besos, hasta luego.

Efectivamente, mi amiga Sofía me había venido a ver unas semanas antes y me había contado lo de Sole y un novio que se había echado, que a la madre no le gustaba nada. Ahora, me llamaba la hija y yo sospeché enseguida que podía tratarse del mismo asunto. Sólo me quedaba esperar a la mañana siguiente y ver qué me tenía que decir Sole. Como había prometido no decir nada, tuve que luchar conmigo misma el resto del día para no llamar a mi amiga y decirle que qué pasaba, que me anticipara algo, si es que algo nuevo había ocurrido, para estar preparada para lo que pudiera contarme la chica. La palabra dada me impidió hacerlo y, por otra parte, llegué a la conclusión de que era mejor no ir con más ideas preconcebidas que pudieran influir en mi capacidad de escucha de la versión de la chica. Esta última idea me permitió conservar mejor la calma y aguardar pacientemente acontecimientos.

Puntual llegó Sole. Le ofrecí un café y nos instalamos en la cocina.

- Mi madre vino a verte ¿no?

- Ya te dije que sí. Vino hace casi un mes, una mañana. Hacía mucho que no nos veíamos y pasamos un ratito de charla.

- ¿Hablasteis de mí?

- Claro, de ti, de Maite, de todo un poco...

- ¿Te contaría lo de mi novio?

- Eso me lo contaste tú, que habías roto...

- No, del nuevo.

- Algo me dijo, que habías empezado a salir con un compañero de trabajo, ¿es así?

- ¿Y no te dijo que es un sinvergüenza, un indeseable y que si sigo con él, me va a echar de casa?

- Es posible, tal vez no de forma tan clara, pero sí, algo así me dijo.

- ¿A ti qué te parece?

- Hombre, a mí me parece una posición muy drástica la de tu madre, si es que es así. Pero, quizá será mejor que me cuentes cómo son las cosas y cómo las ves tú.

- Mira, Teresa, yo acabo de empezar a tener trato con ese hombre. Lo conozco desde hace unos meses, nada más. Hemos salido. Yo he ido a verle y él ha venido a verme. Yo no tengo la más mínima intención de enzarzarme en una relación definitiva. No es que me haya dado una especie de flechazo loco y ya me vaya a vivir con él. Quiero que iniciemos una relación, que nos conozcamos mejor, poco a poco, y ya veremos lo que resulta. Pero mi madre no me escucha, no quiere oír lo que le digo, sólo quiere que lo deje y ya está. Cada vez que intento decirle por dónde van mis reflexiones, me suelta cuatro gritos, no me deja acabar las frases,

me dice que no tengo ni idea de dónde me meto, que soy una infeliz, que él me da cien vueltas y que me está utilizando y engañando. No sólo eso, sino que, entonces, a continuación salen un montón de cosas que no tienen ya nada que ver con esta situación de ahora y que son las cosas que he venido haciendo mal, según ella, desde que nací, poco menos. De verdad, es un diálogo de sordos. Yo ya he dejado de hablarle. Pero lo menos posible en casa y terminaré marchándome a vivir por mi cuenta, siga en mi relación con ese hombre o no.

- Bueno, vamos a ver. Tu madre me dijo que es mucho mayor que tú, que está separado y que tiene hijos. Eso, y estoy con tu madre, no parece la mejor situación para entablar una nueva relación. Quiero decir. El ni siquiera tiene del todo resuelta su situación anterior, porque no se ha divorciado todavía ¿está en trámites o cómo?

- No lo sé exactamente, pero sí, está en ese proceso. Lo que no sé es en qué punto.

- Ya. Tú eres soltera. Eres libre. Puedes ligar con quien te dé la gana, porque no tienes compromisos previos. Yo entiendo que tu madre lo que quisiera para ti, a parte de que no le parezca bien lo de un divorciado sea cual sea la situación legal precisa, es un tipo de hombre más joven, más cercano a tu edad y, sobre todo, creo, que apareciera más responsable.

- ¿Qué quieres decir?

- Pues que un matrimonio, como tantas otras cosas, es algo que se hace día a día, siendo consciente de lo complicado que es, echándole mucha voluntad y mucho cuidado. Que cuando se tienen hijos, son una responsabilidad añadida y tiene uno que tentarse mucho la ropa antes de romper una relación que ya no es de uno solo, sino que afecta a niños. Todo esto no quiere decir que él sea un irresponsable sin remedio. Por supuesto, estas cosas son entre dos. Digo yo que su mujer tendrá algo que ver en que no funcionara el matrimonio. Lo que quiero decir es que tu madre tiene razón para recelar y tú deberías ser muy cautelosa en esa relación. Como se decía antes: Darte a merecer. Es decir, no darle facilidades. Dejarlo que te pasee la calle. Esas cosas...

- Ya. Pero yo estoy enamorada. A mí me gusta y, no sé, eso que me dices sería como empezar a jugar un juego que acabaría con la sinceridad y con una comunicación sin tapujos. No sé si me entiendes.

- Sí, te entiendo. Cuando se quiere a alguien lo último que se ha de hacer es fingir con esa persona. Y ésa es otra de las cosas que debes valorar en tu madre. Ella te ha expuesto sus sentimientos con toda claridad. No está empleando estrategias sutiles, que podría hacerlo. Ha ido por lo directo; estas son mis condiciones si quieres, las tomas, y si no las dejas...

- Ya. Pero me obliga a tomar una decisión que es blanco o negro. O rompo con él o me voy de casa. Yo no sé aún si me quiero quedar con él o no. Desde luego sé que no siento el más mínimo interés por irme de casa. Yo quiero seguir en mi casa, con mi familia. Me está echando y además me está poniendo las cosas de tal modo que tengo que luchar con mi propia

cabezonería para no irme con él, sin pensar más, sólo por darle en la cabeza a mi madre. Eso es muy peligroso ¿no crees?

- Sí. No se deben tomar decisiones en un arranque de furia. Corres el riesgo de equivocarte de medio a medio. Sobre todo, si como dices, tú, aunque te gusta y estás enamorada de él, no tienes muy claro que esa relación pueda prosperar. De todas maneras ¿tú no has pensado que si él tiene hijos, de una forma u otra, esos hijos recaerán sobre ti? ¿Estás dispuesta a criar a los hijos de otra persona? Además, es muy posible, tú eres joven, que tengas tus propios hijos, ¿cómo ves esa situación? ¿Te la has planteado?

- Acabo de empezar a salir con él. No hace ni tres meses. No me ha dado tiempo de pensar en tantas cosas.

- Pues deberías hacerlo y casi que aprisa.

- ¿Por qué? Yo soy joven, me puedo tomar las cosas con calma.

- Sí, pero ¿qué prisa tiene él? ¿No estará buscando una mujer para que le ordene la casa y le atienda a sus niños?

- Pareces mi madre.

- Es normal. Tu madre y yo tenemos una edad parecida. No hemos ido juntas al colegio de milagro. Tenemos una experiencia parecida. ¿Tu madre te ha contado que ella ha estado en un tris de marcharse de casa varias veces y que si no lo ha hecho es por vosotros, me refiero a ti y a tus hermanos?

- No. Ella siempre se ha llevado muy bien con papá.

- Eso no quiere decir nada. ¿Se te ha ocurrido pensar que yo pueda también haber pensado más de una y de dos veces en largarme?

- Teresa, por Dios, Juan y tú os lleváis divinamente. Sois la pareja perfecta. No me puedo ni imaginar una cosa así.

- Pues imagínatelo. No es muy difícil. ¿Se te ha ocurrido que la convivencia es algo muy duro, a veces, insoportable? Y no sólo afecta a lo que llamamos el roce diario. Afecta también a las relaciones con las demás personas, al ejercicio profesional, a los deseos y proyectos de cada cual. ¿Hasta qué punto eso tan maravilloso que es tener un compañero, una persona que está contigo y se solidariza contigo, no es muchas veces un impedimento, una barrera insalvable que te destroza la vida, que te niega la posibilidad de construirte a ti mismo y una serie de cosas más?

- Mujer, visto así, parece terrible. Supongo, vamos estoy segura, de que también una persona con la que convives te puede ayudar a crecer, a realizarte, te puede dar ánimos y estimularte ¿o no?

- Sí. Eso es cierto. Mira, te contaré una pequeña historia, sólo para que pienses en ella. Cuando yo estaba haciendo la carrera tenía una pandilla de compañeros muy maja. Entre los

que la formaban, había un chico que, de forma insensible, se fue convirtiendo en el alma del grupo. Todos queríamos ser como él. Era un tipo con una gran personalidad, verdaderamente carismático. Era muy feo, pero a los tres segundos de estar con él se te había olvidado y te parecía la persona más atractiva del mundo. Además tenía unas manos preciosas, que movía con gran estilo y habilidad, de lo más expresivas, y no sé si sabes que las manos de los hombres son una de las primeras cosas en que me fijo. Las chicas de la pandilla estaban todas enamoradas de él y se lo disputaban. El era muy atento con todas y muy cariñoso, pero a mí no me parecía que se decidiera por nadie. En una ocasión, hicimos un viajecito, más bien una excursión. Durante el viaje en tren, este amigo, que se llamaba Augusto, se sentó a mi lado. Al principio, íbamos cantando y metiendo bulla, pero, poco a poco, con el traqueteo, la gente se fue durmiendo y Augusto y yo nos pusimos a hablar bajito, a contemplar el paisaje y a hacer comentarios, evocando recuerdos de aquí y de allá. En un momento determinado, me cogió una mano, gesto que hacía mucho, cuando, al hablar con alguien, coincidía en la opinión. Era un gesto como de sellar un pacto o como de dar fe de una cierta complicidad con su interlocutor. Al día siguiente, una de las chicas me cogió en un aparte y me preguntó si entre Augusto y yo había algo, porque nos había visto hacer «manitas». No voy a entretenerme en describirte mi perplejidad ante un comentario como aquél. Lo que quiero decirte es que, en un primer momento, yo me sentí muy halagada de pensar que pudiera ser así. El era el favorito de todas las chicas y yo había conseguido enamorarlo. ¡Estupendo! aunque yo sabía que no era así, pero ¿y si era? Augusto tenía doce años más que yo, había viajado mucho, tenía ya otra carrera y bastante definido cuál sería su futuro. Yo le admiraba muchísimo y ya te digo que me gustaba bastante, a pesar de lo feo. Sin embargo, pensé: Si yo me ennovio con este chico me haré a su imagen, adoptaré sus ideas y sus formas de hacer, porque yo no tengo aún ni proyectos, ni planes, ni sé lo que quiero de la vida. Me convertiré en su sombra y eso me dio bastante repelús. De manera que nunca hice nada por averiguar si lo que aquella compañera había visto en él era cierto o no. Han pasado más de treinta años. Augusto ha estado en el extranjero la mayor parte de su vida profesional y aún pasa grandes temporadas fuera. Nos hemos visto pocas veces, pero mantenemos una grandísima amistad y, en cambio, no me relaciono con casi nadie más de aquella pandilla ni creo que ninguno de ellos conserve amistad con los demás, ni siquiera con Augusto. Siempre me he sentido muy orgullosa de aquella decisión. No sé exactamente por qué, pero así es. Tal vez consideré que para mí era más importante conocerme y hacerme a mí misma que tratar de llevarme al novio que todas querían.

- No había pensado en esa cuestión. La verdad es que yo tampoco tengo grandes proyectos ni sé muy bien cuáles sean mis aspiraciones. Pensaré en eso.

- Por eso te lo he contado, por si servía de algo. De todas maneras, creo que debes seguir

hablando con tu madre. Dialogar es importante.

- Sí, pero ya te he dicho que no me escucha.

- Ya, pero ¿tú la escuchas a ella?

- No, la verdad, porque en cuanto abro la boca me chilla y yo así no hablo.

- Déjala que grite y, luego, empiezas otra vez. Es cuestión de paciencia. Se aburrirá de gritar y a lo mejor empieza a escucharte. Piensa que el silencio es el que produce todas las tragedias, si no fíjate en la letra de los boleros y las rancheras.

-¡Uy, Dios mío, qué tarde es! Tengo que irme. Eso de las rancheras me lo explicas otro día. Gracias por escucharme.

Sole me dio un par de besos y se marchó precipitadamente. Yo me quedé con ganas de explicarle lo de los silencios y faltas de escucha de las tragedias. A lo mejor algún día lee esto y llega a saber de qué le había estado hablando o, tal vez, hable con su madre y lo descubra por sí misma.

XIV

La conversación que había mantenido con Sole, la hija de mi amiga Sofia, permaneció en mi cabeza varios días. Seguía yo dándole vueltas al tema del silencio y de las medias palabras y me acordaba del Caballero de Olmedo, al que sombras le avisaron... Pero como unas cosas tiran de otras; de los espacios en blanco, sin palabras, pasé a reflexionar sobre los espacios reales que compartimos.

Me acordaba de la época en que aún era soltera. En casa de mis padres, se hablaba muchísimo, aunque casi nunca de cosas personales o de sentimientos. Jamás pude contarle a mi madre, mucho menos a mi padre, si me gustaba un chico o si quería hacer algo que pareciera poco normativo. Desarrollé un sexto sentido para reconocer esas cosas inconfesables y hacerlas a hurtadillas.

Una de las cosas que no se podía hacer era mostrarse desnudo. Cuando me duchaba, si me olvidaba alguna prenda de ropa y salía a buscarla, sin envolverme en la bata, era seriamente recriminada. De aquella época, viene mi costumbre de llevarme toda la ropa al cuarto de baño y salir de él completamente vestida. Ahora, muchas veces, incluso estando sola en casa, si me olvido de algo y tengo que salir del baño a medio vestir o desnuda, lo hago furtivamente, como si alguien estuviera espiándome.

En los primeros tiempos de mi matrimonio, leí cantidad de libros acerca de cómo educar hijos, cómo comportarse con la pareja y, especialmente, en el terreno de mostrar el cuerpo. Mi marido y yo llegamos a la conclusión de que nos habían educado de forma poco natural y que debíamos mostrarnos desnudos uno frente al otro y, desde luego, delante de los niños. Sin exhibicionismos pero sin falsos pudores.

Dar ese paso me costó gran esfuerzo y, ya digo que, aún me quedan los viejos vicios de mostrarme desnuda lo menos posible, aunque haya adquirido cierta soltura.

No obstante, uno de las consecuencias de estas desinhibiciones es que el cuarto de baño que yo utilizo normalmente es un poco como el casino del pueblo. En cuanto me meto al baño por las mañanas, siempre aparece alguien a darme conversación. Es casi un ritual el hecho de que me sienta en el váter y uno de mis hijos, si no los dos, se sienta en el borde de la bañera a contarme sus planes del día. En muchas ocasiones, tengo que echarlos porque no consigo concentrarme y esas labores mañaneras exigen dedicación.

Los espacios de la casa compartidos, donde todo el mundo se muestra tal cual es, por ejemplo el cuarto de baño, son quizá un símbolo de que no hay medias palabras, ni silencios,

ni incomprensiones. Quiero decir que si uno es capaz de mostrar el cuerpo desnudo, con todas sus miserias, como se decía antes, es de creer que será más fácil hablar de las cosas sin tapujos. Vaya, que mostrar el cuerpo, que para mí no es sencillo, debería facilitar el mostrar el alma, suponiendo que se dé esa dicotomía, con mayor tranquilidad.

Sin embargo, cuando he comentado esta forma de educación más natural y liberal con algunas amigas, ellas han estado de acuerdo en que es, sin duda, una forma más saludable de relación, pero no les parece que el compartir los espacios en desnudez, sea algo que acabe con las incomprensiones del espíritu y que fomente un diálogo más abierto. De manera que parece más sencillo desnudar el cuerpo que el alma. Yo, me resisto a pensar que deba ser así. Supongo que creo que algo hemos avanzado en ambos sentidos; en tratar al cuerpo con mayor libertad y en mostrarnos también de manera más libre.

Cuando me llegó mi sesión de masaje, aproveché para proponer esta cuestión como tema a mis muchachas del café.

- No me digas, ¿sí? -exclamó Conchi, cuando le dije lo de que en mi casa estaba mal visto lo de pasearse en pelota picada- A tu padre ¿tú nunca lo viste en bolas?

- Jamás.

- Sí, la verdad es que yo a mi padre no lo había visto nunca, digo cuando era yo pequeña, desnudo. Ahora, cuando vamos a la playa, como el apartamento es tan pequeño y sólo tiene un cuarto de baño y hace años que se herrumbró el pestillo, pues hay muchas ocasiones de vernos tal cual. Claro que todos disimulamos, como si no hubiéramos visto nada. Pero en mi casa, mi marido y yo nos duchamos muchas veces juntos y el niño anda por allí sin nada y nos metemos todos en el baño y jugamos. Vamos, que lo pasamos bomba.

- Yo creo que esas cosas han cambiado mucho -Dijo Ana-. Si te fijas, la gente va por la calle medio desnuda. La moda que ha habido este año era de ir en tetas, con unas transparencias que se veía todo.

Rosí corroboró:

- ¿Quién era la artista aquella que salió en no se qué festival, con unos pantalones que tenían sólo la parte de delante?

- Es verdad, no me acuerdo de quien era la tía aquella, pero sí, iba con todo el culo en pompa.

- Ya, pero, yo no me refiero a lo que haga la gente por ahí. Además, es raro que gente normalita, de la que no sale en las revistas, vaya de esa forma...

- Tú no te has fijado en cómo van muchas jovencitas. Como poco en sujetador.

- Sí, me he fijado, y, cuando hace frío, van dando diente con diente, pero, hija, hay que lucir. De todas maneras, yo me refería a que a mí me parece más natural enseñar el cuerpo sin hacer de eso un problema, en las actividades cotidianas que necesitan que uno se quite la ropa.

No me refiero a situaciones eróticas o a la intención de lucirse o provocar.

- No, en esos casos -sentenció Conchi-, siempre hay que dejar algo tapadito, para que la intriga funcione.

- Sí, eso es muy antiguo. Más vale una transparencia bien colocada, que enseñar a las claras.

- ¡Anda, claro! En las películas esas antiguas, las señoras iban tapadísimas, hasta los pies y con unas mangas como las de un fraile y, al mismo tiempo, llevaban unos escotazos de no te menees, siempre con muchas puntillas y lazos, pero que se ve clarísimo que no estaban allí para tapar nada.

- De manera que a vosotras os parece más normal que la gente enseñe, en su casa, sin esconderse y sin hacer remilgos.

- Bueno, te diré una cosa -dijo Conchi-. Mira, al salón viene mucha señora, fíjate, más las señoras que las chicas jóvenes, que se despelotan y se quedan allí un rato como las echó su madre, sin ponerse la batita o la toalla, que no hace ninguna falta que estén así y, a mí, como que me molesta ¿sabes? Alguna hay que, para depilarse las piernas, va y se quita las bragas, que digo yo que no hay ninguna necesidad...

- A mí también me molesta eso. Hay una que viene a la peluquería a teñirse y dice que es para no mancharse la ropa. Se me queda en bolas y tarda su rato en ponerse la bata. Además, en cuanto se sienta, se despatarra y, oye, que siempre le tengo que ver el florero. ¡Qué cruz de mujer! Claro, como es una clienta, pues no le digo nada y me aguanto, pero me jode cantidad.

- Bueno, hay gente exhibicionista.

- Ya, como el tío aquel de la gabardina. ¿Sabes lo que le dijo una amiga mía a uno que había hace años por Moncloa?

- No, ¿qué?

- ¡Uy! con este frío no la saques que es muy chica.

- Y ¿le dio tiempo a decir todo eso?

- Te lo juro, ésa es de lo más rápida.

- Ya te digo que además de ser exhibicionista, hay gente a la que no han educado como a mí, que soy más antigua...

- ¡Quita! Esas que te decimos son de tu edad o más.

- Ya, pero se habrán liberado. También es posible que sean más naturales, más espontáneas, más sinceras, no sé...

- ¿Naturales, sinceras? ¡Anda ya!

- No, hija, no. De eso nada, pues no es sencillo enseñar el culo...

- ¿Qué quieres decir?

- Pues eso, que enseñar el culo es muy fácil, pero ser natural y ser sincero es mucho más

difícil.

- Por ejemplo, tú.

- Yo ¿qué?

- Pues tú vienes, te desvistes sin ponerte en exposición, te tapas enseguida. Tampoco es que te importe que te vean, porque cantidad de veces ha venido la Merche o la Carmen de cháchara y tú allí en pañalete, como dices tú, sin cortarte un pelo. Pero cuando hablas, yo me imagino que no lo cuentas todo como la radio, pero si se te pregunta, yo creo que dices siempre lo que piensas, tal cual. Que no vas por ahí dándotelas de lo que no eres. Que podrías darte más pisto y no lo haces. Vamos, eso es lo que yo creo.

Ana insistió:

- Yo también creo lo mismo. Tú eres una persona educada, sin tonterías, y por eso no enseñas el flequillo así sin más. La que yo te digo, que se queda en bolas cuando viene a teñirse, es más falsa que Judas. Cuenta unas trolas de no te menees. ¡Vamos! que me contó una a mí de que su marido era el dueño de un Hotel y no sé cuántas cosas más y cuando lo cerraron, entonces se descubrió que de dueño, nada, que era el encargado y que él tenía parte de la culpa de la quiebra del Hotel.

- ¡Ah! sí - Exclamó Conchi.

- Sí, hija, sí. Para que veas.

- Desde luego, la gente miente que es para morirse. Y lo que yo te diga, Teresa, lo de enseñar no tiene nada que ver con ser más o menos ni claro ni natural. Mira, hasta en casa. Ya te digo que nosotros nos despelotamos sin vergüenza ninguna, uno delante del otro, incluido el niño y, sin embargo, cantidad de veces, al Antonio le tengo que sacar las cosas con sacacorchos. Y yo, yo misma, pues hay cantidad de cosas que no las dices, porque no te da la gana, porque piensas que al otro no le van a gustar, porque yo qué sé... pero el caso es que más callados que muertos. Se lo he dicho muchas veces al Antonio, que tenemos que hablar más y mira que él es bastante bruto y no se anda con tapujos y dice las cosas muy a las claras, pero yo sé que todo, todo, no me lo cuenta, ni yo a él. Muchas veces, cuando andamos medio peleados, no te veas lo que cuesta que saque las cosas y las diga y nos pongamos de acuerdo para arreglarlas. Con su madre, igual. Le dice que sí, que vale y luego hace lo que le sale de allí mismo. Y yo le digo: Muchacho, si no lo vas a hacer, por qué no le dices que no y en paz. Sí, me dice, para que esté todo el rato dándome el tueste. Si ella sabe que no lo voy a hacer. Ella lo dice, descansa, y yo hago lo que me da la gana y todos contentos. Te puedo asegurar que mi suegra jamás ha dicho nada de que la gente se despelote o no se despelote. Eso a ella la trae sin cuidado. En esa casa, como todos son hombres, menos ella, todos se han paseado en bolas, sin problemas. Yo creo que ella también, pero en lo de fingir y de decir una cosa cuando está pensando otra, ni en el teatro la encuentras mejor.

- Eso lo dices porque tienes enfilada a tu suegra. - Dijo Rosi.

- No, porque es la verdad. Y es lo que digo. Que lo de ser más o menos aficionado a enseñar el cuerpo no tiene nada que ver con lo otro. Y que yo creo que enseñar el culo es más fácil que enseñar lo que llevas dentro.

- Eso, tenlo por seguro. - Dijo Ana con gran aplomo.

- Bien, será como vosotras decís. Yo pensaba que, sobre todo, en lo de la educación más natural y eso, habíamos avanzado también en una mayor libertad para expresarnos y para comunicarnos.

- A ti lo que te pasa es que has leído demasiados libros y te los has creído.

- Me temo que en eso tienes toda la razón.

- Lo que yo te diga.

Por supuesto, la violencia es algo que el hombre lleva dentro de sí y forma parte de su constitución. Los antropólogos lo han dicho ya de todas las maneras posibles. Sin embargo y por otra parte, la humanidad ha conseguido darse a sí misma ese código de los Derechos Humanos que, todos lo sabemos, no se cumple, aunque ya nadie sea capaz de negarlos y, al menos, ese poco hemos adelantado respecto a la Edad de Piedra.

Claro que, últimamente -hay quien dice que es efecto de la información-, hay cada vez más noticias de malos tratos a mujeres y a niños, a marginados, a grupos minoritarios y más o menos excluidos socialmente, como puedan ser las personas de otra raza o de otro país o los homosexuales...

No es sólo que haya agresiones, incluso asesinatos, sino que hemos acabado un siglo que se ha caracterizado por dos guerras mundiales y por varios centenares de guerras locales, que ahora se llaman conflictos armados (no sé por qué no se llaman guerras, si lo son) y que entrados en el Tercer Milenio, resulta que la cosa no para, aunque los muertos civiles se llamen daños colaterales.

En el momento en que escribo estas líneas, uno de los países más poderosos de la Tierra, por enésima vez, se ha vuelto a permitir atacar, con bastante aquiescencia por parte de otras naciones también importantes, a un país que, desde luego, no amenaza sus fronteras naturales.

No digamos lo que ocurre en ese continente que empieza sólo a catorce kilómetros de nosotros. Me refiero a África, donde, no pasa día en que no haya una masacre, una guerra, una limpieza étnica, un genocidio, sin contar para nada con las catástrofes naturales y las hambrunas, porque muchas de éstas no parecen producto de la violencia directa, aunque yo creo que algo tienen que ver con ella.

En fin, en el llamado Primer Mundo, estamos todos celebrando la Navidad, el comienzo de un Nuevo Año, cargado de promesas y, en definitiva, estamos en esas fechas en las que todo el mundo, o casi todo, hace balance de lo ocurrido y buenos propósitos para el porvenir inmediato.

El avance de la violencia, no obstante y a pesar de que parezca más porque nos enteramos más, es muy preocupante. Ya digo que parece algo constitutivo del ser humano, pero da la impresión de que, cuanto más se avanza en una dirección, también se retrocede en otra. Tengo la sensación de que hay una especie de disfunción en eso del progreso de la Humanidad o una cierta tendencia a que no se produzca de modo armónico y equilibrado, de manera que, en

todos los frentes, haya una evolución semejante. Esta realidad me deja perpleja.

No hace mucho, en estos mismos días, leía yo en un diario que un ex-alto mandatario de un país decía de su sucesor que ya se sabía que era un inepto y que llevaría el país a la ruina. ¡Caramba! yo también me había dado cuenta de eso mismo, pero ¿cómo se mantiene en el poder?, porque ese inútil sigue siendo el primer mandatario de ese país y, lo mejor, o lo peor de todo, no es que sea un caso único, sino que abundan. Esa, no me cabe duda, es otra forma de violencia.

También escuchaba en la radio, en esas tertulias de expertos que comentan la actualidad política, que la última agresión que había sufrido determinado país a manos de otro era, claramente, una maniobra de distracción y que tenía como única finalidad probar armas nuevas o bien conseguir que la opinión pública mirara hacia otro lado. Esta también me parece una forma de violencia que está muy clara.

Unas cosas y otras me llevaban a pensar que, tal vez, me hago mayor y ya voy perdiendo pie en lo de entender el mundo. La violencia, del tipo que sea, me produce siempre un gran asombro. Me paraliza y no acabo de entenderla. Cuando oigo explicaciones y análisis, sobre todo en el terreno político o sociológico, mi perplejidad y mi asombro crecen aún más.

Ya he dicho que mi mente tiene una especial facilidad para quedarse fijada en frases o en palabras, en temas o motivos, de los que soy incapaz de salir. Este es uno de ellos; me es imposible entender los mecanismos de la violencia y mi tendencia a ser obsesiva, favorece que, por más vueltas que le doy, no consiga salir del círculo en que yo misma me he metido.

Examiné todas las afirmaciones y explicaciones que había leído aquí y allá y, desde luego, aquéllas que hacían referencia a la supervivencia, a la autodefensa y demás, eran las que menos me encajaban en la situación que yo venía observando, como se dice ahora, de escalada de la violencia.

Casi ninguna, por no decir ninguna en absoluto, de las situaciones de violencia doméstica, callejera, nacional o internacional, responde en lo más mínimo a razones de supervivencia o de autodefensa.

Como siempre, esperaba yo la ocasión de poder comentar estos asuntos con algunas de mis asesoras. Mi hija se había marchado de viaje, aprovechando parte de las vacaciones, mis muchachas del café habían cerrado la tienda y se habían tomado también unos días. Así que andaba yo perdida en mis lucubraciones sin poder salir de mi propia madeja. Por fin, mi hija volvió, coincidiendo con el primer día hábil y no perdí ni un minuto.

Maite, Lucía y yo nos sentamos en la cocina a tomarnos nuestro café. Hice un magnífico ejercicio de paciencia, porque escuché sosegadamente y sin interrumpir ni una sola vez la conversación de mis dos niñas acerca de cómo fue la Nochevieja y de los detalles más bien prolijos de las actividades de todas las vacaciones. Pero, por último y como premio a mi

discreción, pude meter baza.

- ¿Habéis leído la noticia sobre una madre que mató a su bebé?

- Sí - dijeron a coro.

- Es una cosa terrible. Además, según dice el periódico -añadió Lucía- parece que la madre estaba en tratamiento psiquiátrico. Esas cosas no las puede hacer más que alguien que esté mal de la azotea.

- Desde luego. - Afirmó Maite.

- Ya, pero, ¿cómo se explica que todo el mundo supiera que esa mujer andaba mal de la cabeza y nadie intentara poner remedio?

- No sé, supongo que la gente no quiere meterse en las vidas ajenas. Eso es muy complicado.

- Es verdad. Pero el marido debía haber hecho algo ¿no?

- A lo mejor el hombre ya tenía bastante con aguantarla y, además, si estaba en tratamiento, pues debía pensar que la mujer estaba controlada o algo así.

- De todas maneras, ¿no os parece que hay demasiados casos de estos? Hay asesinatos por cualquier cosa, gente sola o en pandilla que ataca a otra por las buenas, sin mediar palabra y sin conocerse... ¿están todos locos? Antes a la locura se la llamaba «pérdida de la razón» ¿no creéis que es irracional?

- No creo que todos puedan ser casos de locura. Pero, mamá, ya sabes que la violencia, porque es de lo que estamos hablando ¿no?...

- Sí, de la violencia que parece gratuita, al menos...

- Bueno, pues la violencia es parte del ser humano. Eso está muy estudiado. Si es racional o irracional no lo sé, pero a veces parece muy pensada.

- Por supuesto, parece que hay algo en el hombre que le impulsa a ser violento. Pero yo entiendo la autodefensa o los estados de necesidad.

- Ya, pero vivimos en una sociedad que no le da muchos cauces a la violencia.

- ¿Qué quieres decir?

- Quiero decir que está mal visto que seamos violentos. Sin embargo, lo somos por naturaleza y, tal como está organizado el Mundo, al menos el más inmediato, no hay muchos lugares ni ocasiones para sacar fuera la violencia.

- Yo creo - dijo Lucía - que, por ejemplo, la gente que hace deporte es menos violenta, porque quema demonios en el ejercicio físico y no le quedan energías para darle mamporros a nadie.

- No veo yo eso muy claro. No me parece que dé ninguna garantía. Además, se supone que yo no soy violenta, luego me faltaría un componente humano esencial. ¿Pensáis que no soy humana?

- A lo mejor eres un poco extraterrestre, porque rarita ya eres, madre... Fuera de bromas. Yo creo que puede ser un problema de impotencia. Piensa en una cosa tonta; por ejemplo, te pones a enhebrar una aguja y el hilo no entra, lo muerdes, lo chupas, lo retuerces y no entra, se deshace en hebras, un desastre, y al final, das un puñetazo en la mesa. Eso es violencia y es el resultado de tu impotencia para enhebrar la aguja.

- Ves, eso me convence más. De manera que sería una especie de debilidad ¿no?

- Sí, incluso una especie de cobardía.

- ¿Cómo cobardía?

- Sí, siguiendo con lo de la aguja. Si no puedes enhebrarla, ¿tú, qué harías? Dijo Lucía.

- Te pediría a ti o a Maite que la enhebrase.

- Ya, pero eso supone que reconoces que eres incapaz.

- Bueno ¿y qué? Hay cantidad de cosas que uno no puede hacer solo o que, en un momento determinado, no le salen o sabe que hay otro cerca que las hace mejor, ¿por qué no pedir ayuda?

- Pues porque se está reconociendo que se es débil, que no se puede uno controlar, que no tiene fuerza o no tiene habilidad. En definitiva, que uno o no puede con algo o es un incompetente y eso chincha mucho.

- Claro, por eso, si no eres capaz de reconocerlo te buscas a quien arrearle, pero como en el fondo eres un gallina, pues te buscas a uno claramente inferior. Vaya a ser que para descargar tu agresividad te busques un enemigo de verdad y te dé él a ti una somanta de palos que no lo cuentes.

- Claro, madre, por eso pegan a los niños, a las mujeres o van en pandilla a pegar a uno que va solo. Es muy simple.

- Bien, me convence la argumentación. Pero ¿y las guerras sin motivo o con unos motivos que a las claras se ve que son inventados?

- Pues lo mismo. Vamos a ver, cuando se habla de distraer a la opinión pública. ¿No hablábamos el otro día, mientras veíamos las noticias, de que la agresión ésa había sido para distraer a la opinión pública?

- Sí.

- Bueno, pues eso. Resulta que el señor que la organizó la había cagado; había hecho una serie de cosas inconfesables, había mentido, había engañado a la ciudadanía... Como la cosa estaba más que embrollada porque se había descubierto el pastel, pues el hombre se buscó un enemigo, que ni lo es ni nada, que para mí que le paga un sueldo para que esté ahí aguantando sus mamporros, y va y le suelta un chorro de bombas. El personal se pone a mirar la tele, a ver la guerra en directo y ya están entretenidos y se les olvida, por lo menos por un rato, la gran cagada. Es muy simple y, si te fijas, está bastante bien montado.

- Ya, pero supongo, además he oído y leído comentarios en esa línea, que no somos nosotras las únicas que nos damos cuenta de eso. Digo yo que los mandatarios de otros países, las sociedades de esos países, también se dan cuenta de que los están distraendo. De alguna manera, están contribuyendo a mantener la violencia y a fomentarla.

- Ya, claro, porque cada uno se saca su cobardía, su impotencia o su incapacidad como mejor puede. La violencia que otro hace por ti y además te la enseña por la tele es mucho más cómoda. Tú no tienes que pegarte con nadie ni te expones a que te den un capón. ¡Está muy claro!

- Ya veo. Sí, parece evidente.

- Es como lo del boxeo o lo de la lucha libre. Casi más claro con la lucha libre que, además, es un camelo, está amañada, al menos en esos combates en los que van vestidos del hombre-araña o de supermán. La gente grita como loca lo de ¡machácalo! ¡mátalo!, y se van a sus casas tan descansados...

- De todas maneras, me parece terrible. Deberíamos haber avanzado algo más, ¿no creéis?

- Mamá, no seas simple. No hemos avanzado nada o, por lo menos, muy poco. La verdad es que ya no se puede decir que sea bonito eso ¿comprendes? y eso ya es algo. Los romanos lo tenían muy claro. Ellos hablaban de la *virtus* que, como su nombre indica, era la cualidad viril por excelencia, y suponía un esfuerzo personal por ser comedido, por controlarse uno a sí mismo, para no dejarse llevar por las bajas pasiones, por la ambición o por la codicia o por la violencia. Luego, pasó a ser «virtud» y algo que sólo afectaba o afecta a las mujeres, que no es que sean menos violentas que los hombres, pero ya se refiere específicamente a la práctica del sexo, porque se entiende que mujer virtuosa es aquélla que sólo tiene trato sexual en el marco del matrimonio. Entoces, ya deja de afectar a los hombres que no tienen por qué ser virtuosos al modo romano y, por otra parte, las mujeres con parecerlo, pues ya tienen bastante ¿comprendes?, se acabó el autocontrol. En definitiva, se acabó el hacerse uno violencia a sí mismo para dominar sus malas inclinaciones, entre ellas, la violencia. Si además te fijas en que ahora es una chorrada ser humilde, pues ya tienes el cuadro completo.

- ¿Qué quieres decir?

- Eso, que ya no se lleva ser humilde. Ahora hay que ser «super» y «guay». Si uno es «guay» no puede reconocer que no es capaz de enhebrar una aguja. Si uno es «guay» es porque tiene que haber otro que no lo sea ¿me entiendes? El otro tiene que ser, por definición, inferior, pero no debe notarse, así que hay que inventarse que es muy malo, muy feroz, muy negro, muy bajito o muy lo que sea ¿ves qué fácil?

- ¡Cielos! Es muy fácil. No sé si podré dormir esta noche con eso rondándome por la cabeza.

- Te sugiero que veas una de tiros o de guerras galácticas. Descargarás tu agresividad y

dormirás como un angelito.

- ¡Niña!, menos pitorreo...

- No, madre. Es para que seas más humana.

- ¡Y dale!

Lucía sentenció:

- También puedes probar a enhebrar una aguja sin las gafas y darle una patada a la silla de la cocina.

- Me largo. Ya veo que las dos estáis contra mí y no soporto tanta violencia...

Sus carcajadas me siguieron escaleras arriba.

XVI

Entre los años cincuenta y setenta del siglo XX, hubo una especie de florecimiento de ideas utópicas, un ascenso de la ilusión y un gran crecimiento de las esperanzas. Muchas de esas ideas utópicas, en muchos casos revolucionarias, estaban representadas por individuos. Si removemos la memoria, con facilidad podremos poner nombre a muchos movimientos y a los líderes que los encabezaban. También veríamos que esos movimientos se daban en todos los ámbitos; el político, el religioso, el más estrictamente laico, el artístico, en todas sus manifestaciones, e, incluso, en el de la indumentaria o las costumbres ciudadanas.

Pensaba yo en estas cosas porque, siguiendo una vieja costumbre, había ido a ver pasar la cabalgata de los Reyes Magos. ¿Qué tendrá que ver una cosa con otra? Trataré de reconstruir fielmente el hilo de mis pensamientos.

Yo vivo en un pueblo mediano que, últimamente, se ha convertido casi en un lugar de moda. Las pequeñas y pueblerinas casas, de cuando yo vine a vivir a él, han dejado paso a edificios modernos y urbanizaciones de más o menos lujo, con hermosas zonas de jardines. Las callejas sin alumbrado y sin asfaltar se han transformado en avenidas amplias con fuentes y parterres. La tienda de ultramarinos, el zapatero remendón, los vendedores ambulantes de pescado y frutas y unos almacenes de telas que se llamaban algo así como La Moderna, lo que quiere decir que eran de principios de siglo XX, han cedido su lugar a «butikes», cafeterías, bares de copas y muchas agencias bancarias, de viajes y ópticas muy sofisticadas.

Cuando mis hijos eran pequeños, yo los llevaba todos los años a ver la Cabalgata. Como el pueblo era bastante modesto entonces, el tal desfile era también muy modesto. Ahora se diría que cutre. Había un Belén viviente que pasaba subido en el remolque de un tractor, unos cuantos pastores y pastoras con zambombas y panderetas y una burra, cargada con los paquetes de los regalos, y, por supuesto, los tres Reyes Magos que vestían unas capas raídas de seda barata y llevaban unas pelucas tan infernales como la que lucía Errol Flynn en Robin Hood. Lo peor de todo no era, sin embargo, lo de la peluca. Lo peor, sin género de duda, eran las barbas y la cara tiznada con corcho quemado de Baltasar.

Los niños y, entre ellos, mis hijos, aunque parezca tópico, miraban aquel desfile, poco menos que vergonzante, con los ojos como platos, con una media sonrisa boba en la boca y preguntando mil y una cosas. Ellos habían visto sobre la burra un paquete que seguro era la caja donde se guardaba el juguete tal o cual que habían pedido ese año. Yo, muy seria, les aseguraba que a mí también me había parecido que aquélla podía ser la caja, aunque -les

añadía- no te hagas muchas ilusiones, porque nunca se sabe. Pero ellos tenían una fe y una confianza sin límites en que los Reyes les traerían lo que habían pedido en las cartas que escribían, mientras yo les llevaba la mano.

Este año, como decía, mi marido y yo nos fuimos solos a ver la Cabalgata. Como el pueblo ha crecido y prosperado, la Cabalgata también. En cuanto empezó a pasar el desfile, yo empecé a sentir un cierto desasosiego, una cosa que yo llamaría malestar de estómago. Esa sensación física se me produce cuando algo ocurre cerca de mí y yo no lo entiendo bien. Lo comenté con mi marido y me dijo: Te habrá caído mal el café que nos hemos tomado antes de salir. Aquí hace mucho frío y a lo mejor se te ha cortado un poco el cuerpo. Yo no me convencí con esta explicación y seguí observando el desfile, porque me parecía que de él venía mi malestar.

El desfile comenzaba con un Belén viviente, como ya es tradición en el pueblo. Tras él iba una banda de música que tocaba algo así como una bullanga informe que, desde luego, no era un villancico. Seguía a la banda un grupo de niños y niñas que iban vestidos de telas muy brillantes, con las mangas abultadas y rematadas en pico en las hombreras. Sobre la cabeza, llevaban unas pelucas de serpentinas brillantes. El conjunto les daba un aire galáctico o extraterrestre. Yo no llegué a saber qué representaban y cuál podría ser su relación con el Portal de Belén. Si hubieran llevado alas, podría haber pensado que eran unos ángeles que respondían a una iconografía poco convencional. Pero no tenían alas.

Luego llegó una carroza que representaba el taller de Gepetto, con Pinochio, Cleo y hasta la ballena, si no me equivoco. Sobre la carroza iba gran número de niños vestidos de pastorcillos, que arrojaban caramelos a los espectadores, por cierto que tiraban a dar... La carroza iba seguida por otra banda de música que tampoco tocaba ningún villancico, ni siquiera un pasacalles, más bien otra murga que no pude encajar con la cosa navideña. El estómago seguía dándome punzadas, cuando pasó un grupo de adultos, bastante numeroso, que llevaban trajes de lo más pintorescos. Algunos andaban en zancos, vestidos como señoritas de *saloon* del Oeste americano, otra era una bruja con su escoba, otro era claramente el Capitán Garfio. Entonces me dije, ¡acabáramos! se trata de cuentos infantiles. Bueno, no es mala idea.

Detrás pasó otra carroza con unos grandes pájaros bañados en purpurina plateada y celeste y, como no se sabía qué clase de pájaros eran, pensé: Bueno, tal vez, sea el cuento aquel de los gansos. Parecen cisnes, aunque es posible que sean gansos. Si son cisnes, éstos también salen en muchos cuentos. Lo que ya no podía entender y me volvió a provocar el encogimiento del estómago fue que la carroza estaba llena de niños y niñas vestidos de asturianos.

Es verdad que en muchos desfiles de pastorcillos se usan los trajes regionales y me conformé pensando eso. Claro que, ¿por qué no andaluces, extremeños o catalanes? ¿por qué asturianos? Nada me ayudó a resolver el enigma.

Tras la carroza de los pájaros blancos, volvió a pasar otro grupo de adultos vestidos de las cosas más peregrinas, como en un desfile de carnaval. También pasó un dragón y un caballero medieval que luchaba con él. El colmo fue que, delante del caballero, pasaron unos tipos vestidos de egipcios, en unas motos inmensas, como si fueran una versión motorizada de esa célebre imagen de no sé qué Faraón subido en su carro y cazando patos a la orilla del Nilo.

Cuando yo era pequeña, los tres Reyes se repartían los lugares exóticos: Melchor iba acompañado de chinos o de árabes, Gaspar iba con egipcios y Baltasar llevaba negros con plumeros y grandes turbantes. Pero aquellos egipcios en moto, delante del caballero y el dragón, aquello, de verdad que no sé a qué respondía.

Por fin pasaron los Reyes en sus carrozas, pobladas de angelitos, pastores y más asturianos, en lugar de los pajes con sus plumas y sus gorritos en pico. Bueno, para ser fiel del todo, Melchor y Baltasar sí que iban acompañados de un par de pajes. El que iba en lo alto de su trono, más solo que la una, era Gaspar.

Mi marido comentó, al acabar aquella especie de cosa que yo seguía sin poder definir, que le parecía que el Ayuntamiento se había estirado este año. Se notaba que habían cuidado el desfile. Yo le dije: La verdad, no llego a saber si me ha gustado o no. Tengo la impresión de que he visto un desfile de carnaval, fuera de época. Estas mezclas de sacro y profano no sé qué me dan. No es lógico que vaya el Portal delante y que no le sigan los pastores. Que los pastores vayan subidos en carrozas que representan cuentos, mientras los personajes de los cuentos andan sueltos por la calle, detrás del Portal, y que las bandas toquen una música que no sean villancicos. ¿Te imaginas que hubieran desfilado los Reyes Magos, la Virgen y San José a los sonos de *Mi jaca* o del *Gatomontés*? Cada cosa tiene lo suyo. Juan se rió y me comentó: Mujer, tú siempre con tus cosas...

Lo que sí es verdad es que yo me fijaba en los niños y en sus miradas, en sus sonrisas, en lo que les preguntaban a sus padres y en lo que éstos les respondían y la ilusión, la maravilla, el misterio y el encantamiento resplandecían en los ojos y en el sonido de sus voces. Al menos no todo se ha perdido. Todavía queda un lugar para la ilusión, para las esperanzas y para las utopías. De todas maneras, cuando se produce esta confusión entre los límites de lo sagrado y de lo profano, cuando ya no se distingue cuál es el origen de una tradición y todo se mezcla ¿a qué se puede referir la ilusión, la esperanza y la utopía?

Por todo esto, pensaba yo en que entre los años cincuenta y setenta; es decir, en mi infancia y adolescencia, las cosas estaban más delimitadas, había una cierta separación entre lo religioso y lo secular, pero había un punto en común: La utopía. Había que mejorar el mundo como fuera y cada cual se buscaba su camino con una fe más celestial o con una fe más terrenal. Pero si esos ámbitos se confunden ¿entonces?

Como siempre que me entrego a este tipo de cavilaciones, aguardaba yo el momento de

plantearlas en alguna de mis tertulias. La vuelta al trabajo me impidió encontrar el momento oportuno y tuve que aguardar más de una semana para encontrarme con mis chicas del café. En aquel momento, los Reyes y los regalos, así como las cabalgatas, quedaban ya muy lejos y era del todo absurdo empezar una conversación por ahí. Algo vino, no obstante, a ayudarme.

Estábamos en el café charlando las de costumbre en varias conversaciones cruzadas, cuando alguien nombró al Che Guevara. Petri dijo:

- A mi padre le encanta el Che. Tiene montones de carteles, de libros y de recortes de periódico con el Che.

- Y ése ¿quién es? -preguntó Conchi.

- Un sudamericano, creo. - Replicó Ana.

Yo me quedé de piedra. No podía siquiera imaginar que hubiera alguien en el mundo que no supiera quién era el Che.

Les dije:

- ¿Os suena de algo Martin Luther King, Joan Baez o Juan XXIII?

Me respondieron casi a coro:

- No, ¿qué son? ¿cantantes de tus tiempos?

- No, mujer, Juan XXIII creo que era un Papa. Mi tía que vive en Pamplona, vive en una plaza que lleva su nombre. Además ¿cuándo has oído tú que un cantante lleve un número detrás como los reyes?

- Bueno, alguno habrá digo yo.

- ¿Y los otros?

- Martin Luther King -dije yo- era un pastor norteamericano que organizó un movimiento muy importante para defender los derechos de la gente de color y lo asesinaron.

- ¡Caray! y ¿cuándo?

- Pues en los años sesenta.

- ¡Concho! que era muy antiguo, por eso no me sonaba.

- Y Joan Baez era una cantante norteamericana de origen hispano que tenía una voz maravillosa y cantaba unas canciones preciosas. Lo que se llamaba «canción protesta».

- ¿También se ha muerto?

- No, debe tener ahora cerca de sesenta años.

- Ya. Bueno, otro vejstorio.

- Oye, Petri, ¿y ése que decías que le gusta a tu padre?

- ¿El Che? Ese era un revolucionario. Estuvo en la revolución de Cuba con Fidel Castro y, luego, lo mataron a traición, pero no los cubanos.

- ¡Ah, sí! El Castro ése es el de las barbas, que siempre va vestido de militar ¿no? ¿Ese no es el que está muy cabreado con los norteamericanos?...

- Oye, perdonad, pero de historia contemporánea estáis fatal ¿Vosotras no leéis los periódicos?

- ¿Para qué? Mi padre dice que todo lo que cuentan es mentira.

- Ya, pero tu padre lee periódicos.

- Sí y ve la tele y oye la radio. Siempre las noticias. Bueno y el fútbol. Pero se coge cada rebote con las noticias que no veas...

- Sí, mi padre hace lo mismo. Y mi madre le dice: No sé para qué te empeñas en leer, si te llevas cada sofocón. Además a ti qué más te da ¿es que puedes tú arreglar algo en el mundo? Así que yo para qué los voy a leer, si no dicen más que mentiras o cosas cabreantes.

- Bueno, a veces se nota que tergiversan la información. Otras veces, sabes que te están contando nada más que la mitad de la verdad, pero hay que estar informado.

- Y ¿para qué sirve? Nada depende de ti. Lo que dice mi madre, no lo podemos arreglar.

- Ya. Pero, ¿no habéis pensado que a lo mejor sí que hay cosas que tienen arreglo y están en nuestra mano?

- Mira, Teresa, si uno no puede ni arreglar lo que pasa en su casa, ¿cómo va a arreglar el mundo, que lo manejan entre cuatro a los que les importamos una porra?

- Hombre, digo yo que todos hemos sentido la necesidad de apoyar una causa justa o de hacer algo por remediar los efectos de una catástrofe o por mejorar las condiciones de vida de la gente que lo pasa mal. Por ejemplo, es mejor vivir en democracia que en una dictadura. Es mejor vivir en paz que en guerra. Es mejor no pasar hambre...

- Ya. Pero aquí tenemos todo eso. Quiero decir que hay democracia, que no hay guerra y que la gente come, porque trabajo hay para el que quiere hacerlo.

- Hombre, trabajo, trabajo... Parece que no hay para todo el mundo.

- Mira, lo que yo te diga. El que quiere, trabaja. Pero hay mucho que quiere vivir del cuento.

- Sí, es posible. Pero de verdad ¿nunca habéis tenido una ilusión, una esperanza, una utopía?

- Una ¿qué?

- Una utopía.

- ¿Eso no es algo que no se puede hacer?

- No. Más bien es algo que es muy difícil porque se plantea como la perfección absoluta, pero que si todo el mundo se pusiera a ello, se podría hacer.

- ¿Como qué?

- Pues, una sociedad justa, en la que todo el mundo tuviera todo lo que necesitase, donde no hubiera peleas, no hubiera conflictos...

- Ya. Como el cementerio. Allí todos tienen lo que necesitan: un hoyo, y no se pelean.

- Mujer, no es eso.
- Ya. Estaba de coña. Pero ¿tú crees que eso se puede conseguir?
- Las religiones y las ideologías han planteado posibilidades diversas para conseguirlo. Como es muy difícil, pues todavía no se ha logrado, pero no hay que perder la esperanza.
- ¿Las religiones? ¿Tú crees que al Papa le importa de verdad lo que le pasa a la gente?
- Supongo que le importa, pero no me refiero a él concretamente. Me refiero a las religiones, a todas. Todas las religiones intentan que la gente sea mejor, que se porte bien, que sea solidaria, que sea justa, que no sea egoísta. Todo eso. Como las ideologías, en general. Hombre hay algunas que no son del todo aceptables, pero hay otras que pretenden que se implante la justicia en el mundo y la igualdad y eso.
- Con lo de ideologías ¿quieres decir los partidos políticos? - Preguntó Ana.
- Bueno, los partidos tienen su ideología, evidentemente.
- Pues yo no me lo creo.
- ¿Cómo que no?
- Pues que no. Que si tú dices que la religión, la que sea, o las ideologías, la que sea, lo que quieren es que todo vaya mejor, pues ni los curas tienen religión, ni los políticos tienen ideología. ¡Vamos, me parece a mí!
- Bien, supongamos que tienes razón. Quiero decir; los políticos pueden ir a la suya y los curas pueden estar también instalados en su transtrán. Pero, la gente de a pie, como nosotras, ¿tú crees, Conchi, que no tenemos ninguna ilusión, ninguna esperanza de que lo que nos parece mal o no nos gusta, mejore por nuestro esfuerzo?
- Yo creo que sí. Que la gente corriente puede hacer cosas que estén bien y tener esas ilusiones, pero que luego vienen los que mandan y te las joden ¿me entiendes? Mira, es como lo de los Reyes Magos - y aquí me sorprendió-. Cuando éramos chicas nos lo creíamos ¿no? y cuando más ilusión te hacía y ya estabas acostumbrada a pedir todo lo que se te antojaba, iban y te decían que los Reyes eran los padres y te jorobaban el invento, y que no se podía pedir más de dos juguetes porque la cosa andaba mal. Por eso, yo ahora me conformo con que el negocio me dé para comer, con que mi hijo esté sano, con que el Antonio no se ponga muy borde y con ir tirando. Bueno y con echar ratos como éste.
- Ya. Supongo que si crees que las ilusiones, las utopías o las esperanzas deben ser así como de andar por casa, a tu hijo ya le habrás dicho que los Reyes son los padres.
- ¡Hombre! es posible que cualquier día se lo diga algún listillo en el colegio, que siempre hay alguno que le gusta fastidiar. Pero yo no se lo he dicho. ¡Pobrecito! es muy pequeño todavía. A lo mejor, cuando tenga doce años o más se lo digo...
- Menos mal. - dije yo, muy bajito.
- ¿Qué dices?

- No, nada, que se me ha hecho tardísimo con tanta charla. Me voy, hasta la semana que viene.

- ¡Adiós!

Mientras iba cuesta arriba por la calle, pensaba que algo absurdo se había instalado entre nosotros. Somos capaces de mantener, de enseñar, las ilusiones en los niños, pero, a poco que crecemos, ya no nos interesa ninguna cosa que pueda parecer dotada de cierta magia. Convencemos a nuestros niños de que existe un lugar, en alguna parte, donde todo es posible; es posible que todo el mundo tenga juguetes, se ría, se divierta y alcance todos sus deseos y, a la primera de cambio, renunciamos a todo y nos quedamos en un pasar, sin más.

Yo recordaba la terrible irritación que me produjo saber que los Reyes eran los padres, por eso, de mayor, aunque la realidad me demuestre, una y otra vez, que los sueños de paz, igualdad y justicia; en definitiva, de felicidad, no se alcanzan nunca, no pierdo jamás la esperanza. Más bien, me niego a perderla por muy tozuda que sea la evidencia. Si ella se empecina, yo más.

Me aterró que mis compañeras de tertulia, que rondan o no llegan a los treinta años, ya hubieran tirado la toalla, aunque, pensé, si les enseñan a los niños a tener ilusiones, a lo mejor en ellos se produce una reacción como la mía. Yo jamás pierdo la esperanza. Creo firmemente que, a pesar de que no sepamos distinguir realidad de ficción, ni lo sacro de lo profano, ni el interés de la ideología o ya no nos preocupen esas cosas, no está todo perdido, si en alguna parte hay algún niño, el día de mañana, o mejor de hoy, que piensa que se puede soñar.

XVII

Me llama por teléfono mi amiga Dolores y me dice:

- Teresa, soy Dolores. ¿Cómo estás?

Le contesto: Bien ¿y tú? y se me echa a llorar.

- No puedo más. ¿Te acuerdas de que te dije que había convencido a Lucas para que estas vacaciones de Semana Santa nos fuéramos él y yo solos al pueblo a descansar y desconectar unos días?

- Sí, pero tranquilízate, ¿qué ha pasado?

- Nada, hija, que voy a ver a mi padre y me lo encuentro de color pergamino. Más amarillo que un chino. Le pregunto que si le duele algo y me comenta que hace unos días que no tiene ganas de comer, que algo le ha caído mal, que le duele el estómago y que anda a base de manzanillas. Me lo llevo al médico esa misma tarde. El médico aprovecha que el hombre se está vistiendo en la salita de al lado y me dice, así de repente, mire usted, su padre tiene algo de páncreas, muy gordo y por los síntomas, para mí que no va a durar más de seis meses. Me quedé helada, te puedes imaginar.

- ¡Hija! cuánto lo siento. Pero ¿es seguro? Le habrán hecho más pruebas, porque supongo que de una simple exploración en la consulta no lo puede saber tan seguro, digo yo.

- Claro. Eso fue el martes pasado. Le mandó unos análisis y, nada, confirmado. En una fase aguda y sin remedio. Pero, por si faltaba algo, me dice que tenemos que ingresarlo y operarlo, porque si no lo hacemos lo va a pasar fatal y además no le da más de unos días. Que con la operación, al menos, recuperará cierta calidad de vida y se irá yendo más poco a poco y con menos sufrimiento.

- ¿El lo sabe?

- No. Le hemos dicho que tiene piedras en la vesícula y que lo tienen que operar de eso.

- Ya. De todas maneras, ¿te has planteado si no es mejor que sepa la verdad?

- Yo creo que no. Lo he consultado con mis hermanos y todos somos del parecer de que es mejor no decirle nada. Después de todo el tiene una vida muy ordenada, todas sus cosas están en regla y más vale que no lo sepa de momento. De todas formas, yo creo que tarde o temprano se dará cuenta. Te acordarás que con mi madre pasó algo parecido... Al cabo de un mes ella ya sabía que de aquello se iba a morir, pero nunca dijo ni pío y todos hicimos como si no nos diéramos cuenta y se fue apagando poco a poco. A mí me quedó el consuelo de que fue una muerte dulce. Espero que con mi padre pase igual.

- Ya. Pero... ¡qué sino! No. En fin, yo no sé si sabría hacerlo mejor o de otra forma. Animo y tranquilízate en lo que puedas y, sobre todo, no dejes que esto te abrume más de la cuenta. Tal vez, sería conveniente que tú te tomaras algún reconstituyente o consultaras con tu

médico, porque me temo que te esperan días muy duros y tú ya llevas una larga temporada en que si no es por pitos, es por flautas, y vas tirando de mala manera de todas tus fuerzas. En este momento, no puedes permitirte andar floja...

Durante un rato largo, seguimos hablando por teléfono, dándole vueltas al asunto y viendo la mejor forma de encararlo. Yo me ofrecí para lo que hiciera falta y nos despedimos. En los días siguientes, la llamé repetidas veces y fui siguiendo los pasos de los acontecimientos que se precipitaban en cascada. Cuando ingresaron al buen hombre en el Hospital, se descubrió que, además de la enfermedad concreta que allí le llevaba, tenía una ligera disfunción cardiaca, algo alterado el riñón y un problema añadido de hígado. Esta situación, sumada a la mucha edad del señor, aconsejó a los médicos no intervenir inmediatamente, como en un principio se proponían, sino aplicarle un tratamiento previo que le ayudara a superar una infección que se le había declarado, así como que le reforzara para superar la operación. Las cosas se complicaron en los días siguientes. El paciente no respondía a los tratamientos, cada vez estaba más débil y padecía fuertes dolores. Lo llenaron de tubos y lo mantenían medio sedado. Su hija, y sus hermanos, se consolaban pensando que, al menos, mientras le duraba el efecto de los calmantes el pobre hombre no sufría demasiado. Pero tampoco estaba del todo vivo. Permanecía adormilado o ausente y emitía leves quejidos, con lo que el consuelo de pensar que no sufría era a cada instante más débil y los sumía en dudas profundas.

Cada vez que yo hablaba con Dolores, ella me decía que, claro, no tenía más remedio que hacer caso de lo que el médico dijera, que cómo iba ella a tomar la decisión de que dejaran de intentar nada con aquel hombre, que no lo sometieran a más pruebas ni tratamientos, si con eso, y ella no lo sabía, a lo mejor estaba acelerando su muerte o ayudando a que sufriera aún más.

Por fin, una mañana, el médico decidió que el paciente ya estaba en condiciones de superar el trauma de la operación. Llevaba ya casi cuatro semanas en el Hospital y ya parecía que podía enfrentarse al quirófano con garantías de éxito. Un éxito sin duda relativo, porque era evidente que el paciente sobreviviría a la operación todo lo más tres o cuatro meses. En las horas inmediatas a la intervención, por poco se muere. Una noche lo dieron ya por perdido. Sin embargo, a la mañana siguiente, no voy a decir que amaneciera como una flor, pero el hombre estaba lúcido, no tenía dolores, se sentía débil, pero incluso pidió que lo levantaran de la cama y lo sentaran en un sillón y en él se pasó varias horas, manteniendo una conversación coherente y casi animada con sus hijos.

Parece, según me dijo Dolores, que la idea de los médicos es que en cuanto supere los días críticos posteriores a la intervención, y da la impresión de que va por buen camino, se podrá ir a su casa y allí, bueno, a esperar que se muera. Es mejor, dicen, que vuelva a su casa, a hacer una vida medio normal, rodeado de sus cosas y de su gente y que, así, entre lo que le es

familiar, acabe sus días.

Estamos en ese compás de espera. Aún no han dicho que se puede ir a su casa. Sigue lleno de tubos y pasando malos ratos, a la espera de una cierta mejoría, antesala de la muerte.

Yo, en esta situación, me acuerdo de mí misma que pasé por un trance semejante no hace mucho tiempo. Recuerdo los tratamientos agresivos a los que sometieron a aquella persona que me tocaba muy de cerca. Recuerdo cómo no sirvieron de nada, pero, me decían, era lo que había que hacer, aunque se sabía que no conducían a nada positivo. Recuerdo mi angustia por el sufrimiento de aquella persona y por mi propio sufrimiento ante la impotencia. Recuerdo que me planteé muy seriamente la cuestión de la eutanasia y de la muerte digna y recuerdo también, con cierto dolor, cómo no llegué a ninguna conclusión definitiva y que la muerte se presentó antes de que yo hubiera podido desentrañar la madeja de sentimientos encontrados que me embargaba.

Esta situación de mi amiga Dolores me ponía otra vez ante algo semejante. Sin embargo, en esta ocasión, no me puse a pensar en la eutanasia, sino, más bien, en el límite del sufrimiento. Dicho de otra manera, ¿dónde está la raya hasta la que uno debe llegar soportando el dolor, sea moral o físico?

Mi amiga Dolores es una mujer admirable y con un gran tesón. Es una de esas personas valiosas, responsables, concienzudas y suaves que parecen no estar haciendo ningún esfuerzo, pero que llevan sobre sí la carga de todos los que la rodean. Como ella dice, se pinta la pestaña y tira. Nunca le han venido las cosas a la mano. Siempre ha tenido que luchar contra todo tipo de imponderables, incluso para las cosas más simples; para ésas que salen solas o caen por su peso. Nunca nadie le ha dado nada y todo lo que es y lo que tiene lo ha conseguido por su propio esfuerzo y mérito y, además, luchando contra la incompreensión de los más cercanos que no llegaban a entender por qué se embarcaba en aquellas empresas. Gracias a ella, en muy buena medida, su familia funciona, su casa funciona y viven. Yo la admiro profundamente y considero que la vida debería darle una tregua.

Sin embargo, considero igualmente que quizá ella misma toma sobre sí excesivas responsabilidades. Todo lo quiere sacar con su propio esfuerzo, sin pedir ayuda. Cuando pide ayuda lo hace casi *in articulo mortis*, por decirlo de alguna manera. Muchas veces le he dicho que delegue y que si las cosas no se hacen, no salen o no son todo lo perfectas que ella quisiera, pues que sea consciente de que son otros los que no lo han hecho y ya está. Ella es un poco mi modelo para saber dónde se pone el listón de lo que uno es capaz de soportar.

Hace unos años y en relación precisamente con Dolores ocurrió una anécdota que me dio la clave de su comportamiento en el sentido en que vengo reflexionando. Estaba ella subida a una silla, limpiando los azulejos de la cocina, hizo un mal movimiento, la silla resbaló y ella cayó al suelo con tan mala fortuna que se rompió la pierna por dos sitios con una rotura bastante

complicada. Arrastrándose, llegó hasta el salón, se sentó en el sofá, puso la pierna dolorida en alto y esperó, pacientemente, a que llegaran los miembros de su familia. Lucas, su marido, le dijo: Vamos a urgencias, por si te has roto algo. Ella le dijo que no, que ni hablar. Así estuvo con la pierna rota y tirando de su cuerpo del sofá a la cama y de la cama al sofá todo un fin de semana. El lunes amaneció con la pierna hinchada, amoratada y hecha una lástima. El marido, ante el espectáculo de aquella pierna, se la llevó a la fuerza al Hospital. El traumatólogo le preguntó: Señora, ¿cuándo se ha roto usted estos huesos, porque en la radiografía ya se aprecia un inicio de callo? Ella le replicó: Hace tres días. ¿Y cómo no vino inmediatamente? y Dolores, tranquilamente, explicó: A mí me habían dicho que cuando uno se rompe un hueso se desmaya del dolor. Como yo no me desmayé, pensé que no me había roto nada, así que no iba a venir un viernes por la noche a colapsar las urgencias más de lo que están, sin necesidad. No sé qué cara pondría el médico, pero sí sé qué cara puse yo. Exagerando un poco, todavía no se me ha cerrado la boca del asombro. Esa es la medida del sufrimiento para mi amiga Dolores. Yo no sé exactamente cuál es mi medida, pero desde luego, no espero a desmayarme cuando me duele algo. No lo tengo tan claro con el sufrimiento moral.

En estas cavilaciones, me acordaba también de una frase que le oí una vez a una señora ya anciana, conocida de casa, que, ante la mención de no sé qué desgracia soltó la siguiente jaculatoria: Que no nos mande Dios todo lo que podemos aguantar.

Así que me pasé bastante tiempo dándole vueltas a mis experiencias más o menos dolorosas relativas al cuerpo y al espíritu, pero sin alcanzar dónde estaba mi listón. Ya digo que llegué a saber que la raya del dolor físico la tengo, creo, bastante cerca, pero la del dolor moral, no sé en qué lugar para. Por otra parte, el dolor físico tiene una dimensión inmediata, práctica, que te permite evaluar si merece la pena o no soportarlo más o menos tiempo, dependiendo de la intensidad. Cosa de la que carece, al menos de forma tan evidente, el dolor moral. Además, con cierta frecuencia tendemos a llamar al dolor moral, tristeza, cansancio, *stress*, depresión y otras cosas semejantes que lo hacen aparecer más como una enfermedad, es decir como dolor físico, que como dolor anímico, con lo que de alguna manera nos engañamos, por eso puede que resulte tan difícil saber cuál es el límite que podemos soportar.

Es cierto, no obstante, que la percepción del dolor varía. Hay gente muy resistente, muy sufrida. Tampoco sé a qué categoría pertenezco si a la de los blandengues y quejicas o a la de los resistentes. De manera que todas estas cosas me rondaban por las mientes y, como ya he dicho, se estaban convirtiendo en una más de mis obsesiones. Además, el estado del padre de mi amiga permanecía estacionario, dentro de la gravedad, y mis conversaciones con ella no salían tampoco de ese estado estacionario. Necesitaba urgentemente tener una de mis charlas, pero se me acumulaba el trabajo, no tenía tiempo de ir a darme mis masajes -tuve que anular la cita tres veces- y tampoco hallaba un instante de coincidencia con mis chicas de la cocina para

comentar el asunto.

Por fin un sábado, cuando ya el padre de mi amiga Dolores había fallecido, después de otra intervención más que no sirvió de nada y que no le hizo más suave la agonía, pude tomar hora en la masajista y allí me fui, desafiando un ventarrón de mil pares de demonios y una lluvia racheada que me hizo llegar al local de mi masajista como si hubiera atravesado el mar a nado.

Colgué el chaquetón empapado, dejé el paraguas que de nada me había servido en un rincón, pasé tras el biombo y empecé a desvestirme. Conchi y su ayudante llevaban la mañana bastante desoficiadas porque muchas señoras habían anulado sus citas por lo infernal del día, de manera que, cuando yo llegué, tenían unas ganas locas de hablar, aunque yo estaba un poco mustia y a pesar de mis cavilaciones no estaba para mucha charla.

Me tendí en la camilla y me dejé hacer. Conchi me dijo:

- Qué callada estás ¿te pasa algo?

- Bueno, estoy un poco mustia. Esta semana hemos estado de entierro y además de ser una persona querida a la que conocía de mucho tiempo, era el padre de una amiga mía que es como mi hermana, así que estoy afectada.

- ¿Era muy mayor? Preguntó la ayudante, que se había sentado en un taburete a mi cabecera, porque no tenía nada que hacer.

- Sí, bueno, tenía algo más de setenta años.

- ¡Hombre! eso ya es una edad.

- Sí, pero el hombre estaba muy bien y le dio una enfermedad de esas fulminantes que se lo ha llevado en menos de dos meses y además, entre tanto, lo han operado dos veces y lo ha pasado muy mal.

- Eso es lo peor - Dijo Conchi. Si una persona es muy mayor, saben que de ésa no sale ¿para qué lo incordian, lo operan y lo tienen fastidiado? ¿No podrían inventar algo para que no tuviera dolores y se muriera tranquilamente, sin además machacarlo? De verdad, yo espero morirme, eso sí dentro de mucho tiempo, pero de un capón entre las orejas.

- Ya, yo también lo siento de ese modo. Pero, claro, los médicos te dicen que eso es lo que hay que hacer y ¿qué dices?

- Pues que se lo hagan ellos, ¡no te jode! Es muy gracioso decidir cuando no es tu cuerpo. Ellos, yo creo, con esas cosas hacen ensayos. Nos toman por conejillos. Lo que yo te diga. Estas cosas me cabrean. ¡Pobre hombre!

- ¡Mujer! yo creo que los médicos, en general, se toman en serio las cosas. No creo que hagan sufrir a una persona así sólo por hacer experimentos...

- A lo mejor no, pero yo creo que muchas veces ensayan con los enfermos. Pero, en cualquier caso, yo sigo sin entender por qué a una persona la operan, la llenan de tubos, la tienen allí hecha cisco, si saben que no la van a salvar de lo que tiene y se va a morir. Si una

simple inyección te deja el culo hecho polvo dos días ¿cómo pueden decir que con dos millones de agujas en el cuerpo una persona está mejor? ¡Vamos! es que es de risa, si no fuera porque te lo hacen con alguien que quieres y es para llorar.

- Ya, ¿pero qué haces?

- Pues lo que te digo, dejar que la gente se muera en paz. Si la solución es dormirlos y que no se enteren, los duermes y ya está. ¡Qué más dará que no se enteren de cuándo se van para el otro barrio! Mira, en esas circunstancias no merece sufrir lo más mínimo. Tú pasas por el incordio que sea si tienes algo que no te funciona, pero de lo que no te vas a morir y que si te lo quitan, pues te quedas nueva. Pero para morirte igual, que vayan a moler a su tía, no sé si me explico...

- Como un libro. Claro que cuando se trata de una cosa así, parece evidente que sólo tiene sentido aguantar el sufrimiento si va a servir para algo positivo, como curarse de una enfermedad.

- Evidente. Vamos, que yo no aguanto ni un dolor de cabeza. Te lo digo. Aquí viene una que no toma aspirinas porque hacen daño al estómago y no sé qué más y tiene, cada dos y cada tres, unos jaquecos de no te menea. La muy bruta no se toma nada, por lo del estómago. Yo no, hija, yo no. Yo en cuanto me noto un poco de así que qué se yo, me tomo lo que haga falta. Además, en cuanto te duele algo, te pones de mal humor, estás cabreada y lo pagas con lo que tienes al lado. Los demás no tienen la culpa de que a ti te duela la cabeza o los ovarios ¿me entiendes?, pues te tomas tu pastilla, tú estás mejor y no das el tueste.

- Sí, desde luego, ya te digo que cuando el dolor es físico, parece que no tiene mucho sentido aguantarse, pero a mí se me plantea una duda con el sufrimiento moral.

- ¿Qué es eso?

- Bueno, es difícil de explicar. Supón que alguien a quien quieres tiene un problema grave, de esos que no se arreglan de un día para otro, ni con dinero, ni tomándote una aspirina. Te afecta, te quita el sueño, te preocupa, no sabes cómo ayudar y eso te produce un malestar que yo llamo dolor moral. Es un ejemplo. Podría ser algo que te pasa a ti, una duda sobre si algo es justo o no, si estás obrando bien en algún asunto, si estás haciendo todo lo que tienes que hacer. En fin, pueden ser mil cosas...

- Mira, Teresa, tú te montas unos problemas muy raros. Vamos a ver, si es algo que le pasa a otra persona, tú le dices lo que opinas del asunto y en paz. Que haga lo que le dé la gana. Es su asunto, no el tuyo. Así que una vez que le dices o haces lo que tú puedes hacer, te olvidas y a otra cosa. Si es una cosa tuya, pues lo mismo o con variantes. Tú haces lo que tengas que hacer. ¿Que no puedes? pues lo dejas estar, que ya se arreglará solo o se terminará de pudrir y el resultado es el mismo.

- No creo que sea tan fácil.

- Lo es. Y si te ronda mucho por la cabeza, te vas al cine, te compras una blusa, unos zapatos o lo que sea que te apetezca. Le dices a tu marido que te lleve a cenar o quedas con una amiga a tomar algo por ahí. Yo que sé, hay mil maneras de que se te vaya de la cabeza. Y si ves que pasan los días y sigues mustia y te sigue dando vueltas, pues te tomas un tranquilizante, durante unos días y ¡oye! a vivir.

- Bueno, lo de ir a divertirse o de compras para quitarte el muermo a veces funciona, cuando es una cosa leve, que no tiene mucha importancia. Pero cuando se trata de algo gordo, que afecta a tu vida o a la de alguien a quien quieres, ya te digo que a mí no me parece tan fácil. Y mi cuestión es ¿dónde está el listón del sufrimiento?

- No está en ninguna parte. Mira, hay gente que lo pasa bomba teniendo problemas. Si no los tiene se los inventa. Esos sufren porque les da la gana. Como la que no se toma las aspirinas cuando le duele la cabeza. En el fondo, es un poco «masoca». Pero otra gente no quiere sufrir. ¿Tú quieres? Me imagino que no. ¿Entonces?, pues ni un minuto. Te vas por ahí o te tomas algo que te haga olvidar la cosa y en paz.

- Conchi, de veras, no quiero ponerme pesada, pero no puedo aceptar que la solución sea tan simple. Hay cosas que son muy complicadas, que tienen muchas consecuencias, como cuando ves que alguien se mete en líos y quieres tratar de evitarle los problemas y no puedes y la persona en cuestión se empecina en seguir ahorcándose ¿comprendes? Eso te produce sufrimiento. Si quieres a esa persona, por ejemplo, tratas de evitarlo. Pero llega un momento en que notas que no puedes más, que no puedes seguir sufriendo porque no arreglas nada ni para ti, ni para el otro. ¿Comprendes? Entonces se hace muy difícil saber cuándo tienes que tirar la toalla y decir no quiero que me den más en el mismo sitio...

- Ya. Si te entiendo. Pero de verdad, la gente que no se ayuda a sí misma, no merece que uno se ocupe de ella. En ningún caso merece la pena sufrir. No hay listón. Hay que evitar el sufrimiento como sea. No merece la pena, te lo digo yo.

- Esa es una postura muy egoísta, ¿no crees? Si te portas así con alguien a quien quieres ¿cómo puedes decir que quieres a esa persona?

- Pues la quieres, pero te harta. Eso pasa mucho. Y tú eres primero ¿te das cuenta? A ver, ¿cuánta gente se estaría comiendo el coco si a ti te pasara algo? ¿Si alguien intenta ayudarte, no te dejas tú ayudar? ¿No pones tú de tu parte lo que haga falta para salir de las cosas? Pues ya está. Si la gente se empeña en hacer mal las cosas, pues que le den dos duros ¿me explico? Y si notas que te sigue preocupando, pues haces lo que sea para olvidarte, aunque sea una locura o no venga a cuento, con tal que te distraiga y te haga olvidarte, todo vale.

- No sé. No consigo verlo tan claro como tú. Sigo sin saber cuándo hay que abandonar...

- Es como lo del dolor físico. Es igualito. ¿Si sufres más tiempo, se arregla la cosa? Sí. Pues ¡hala! a sufrir, pero si ves que no tiene arreglo, pues lo dejas estar. No hay otra. Y te

digo una cosa, si no tiene arreglo o lo tiene a muy largo plazo y sabes que vas a seguir sufriendo por ello, pues tomas medidas, para que no te afecte. Te vas por ahí o te tomas algo para estar en el nirvana. ¿Por qué tienes que sufrir a pelo? De verdad que yo no le veo sentido. Porque, vamos a ver ¿de qué te sirve a ti sufrir?

- No sé.

- De nada, hija, de nada.

- Hombre, dicen que del sufrimiento se aprende...

- Sí, pero no vas a estar todo el rato repitiendo la lección ¿no? Te la aprendes y te olvidas. Además, ¿sabes lo que te digo? Que tú has venido hoy, después de tres semanas de no poder darte el masaje, con lo que lo necesita tu espalda, que la tienes hecha un higo, y estás aquí dándole vueltas al coco con metafísicas, y no te relajas. Yo venga a sobarte y tú más tiesa que un ajo. Así que ahora mismo te callas, escuchas la musiquita que he puesto, que es de lo más suave, dejas que te sobe y te relajas, ¡puñeta! A ti lo que te pasa es que no sabes disfrutar de la vida. Parece mentira, tanto estudiar para esto.

Yo hice un cierto ademán de protesta y abrí la boca para replicarle, pero, a coro, Conchi y su ayudante me gritaron:

-¡Cállate de una vez!

XVIII

He observado que, con cierta frecuencia, tendemos a replicar a determinados estímulos con respuestas miméticas. Quiero decir que, enfrentados a un conflicto, sea cual sea, que nos pilla por sorpresa, reproducimos gestos, frases, acciones o actitudes aprendidas que, en el fondo, no se corresponden con la manera de ser, pensar o actuar que defendemos o que presentamos si las respuestas no han de ser inmediatas.

Por poner un ejemplo, cuántas veces nos han respondido a una petición de cualquier clase, pero poco convencional, eso de «mire usted, esto no se ha hecho nunca así». Ante este tipo de cosas, pienso que, de mantenerse esa clase de contestaciones, lo más probable es que no hubiéramos salido de la Edad de Piedra y seguiríamos comiendo la carne cruda.

La Administración suele dar ese tipo de réplicas. Bien, no hay mayor problema, tratamos de adecuar nuestros comportamientos a lo que el impreso solicita o exige, a lo que la norma permite, estirándola convenientemente, y vamos trampeando. Sin embargo, la cosa empieza a tener cierta gravedad cuando damos esas respuestas miméticas a situaciones o circunstancias que nos tocan vitalmente.

Tengo unos amigos, que no voy a decir aquí que sean excesivamente liberales, pero no cabe duda de que son gente de este tiempo, con buena formación, con un espíritu abierto y tolerante, con mundo y experiencia. Tienen tres hijos, dos chicas y un varón. Las chicas nunca fueron buenas estudiantes, hicieron, con gran insatisfacción de sus padres, unas carreritas de tres al cuarto, como decía su padre, aunque le compensaron haciendo buenas bodas. Los yernos son unas bellísimas personas y, cada cual en su profesión, respetados, competentes y con buena posición económica. El chico, Marcos, es un muchacho encantador. Hizo un bachillerato brillante, estudió Derecho con unas notas increíbles y sus padres esperaban que fuera notario, registrador de la propiedad, abogado del estado o algo similar. Desde muy jovencito manifestó gran afición por la música, cosa que sus padres le fomentaron. Después de estudiar solfeo y varios años de piano, se decidió por el saxofón que, por cierto, desde muy pequeño, tocaba con verdadera maestría y sentimiento. Marcos también compone. Son melodías ligeras, donde el saxofón tiene una gran presencia, pero que están dotadas de gran expresividad, de manera que le han comprado algunas de sus composiciones para películas, porque apoyan muy bien a las imágenes. Participa en un grupo de música ligera, ha grabado algún disco y, de vez en cuando, hace giras por España y por el extranjero. La verdad es que, aunque el trabajo es poco ordenado, lo que gana le da para vivir holgadamente. Ya hace

tiempo que se compró un pisito y desde luego más tiempo que no le pide un duro a su padre.

Que Marcos dejara de intentar las notaría u otras oposiciones igualmente provechosas ya fue un trauma para los padres. Pero como todo es susceptible de empeorar, el muchacho planteó que era gay y que había encontrado a otro muchacho majísimo con el que había entablado relaciones. Se lo comunicó a sus padres para decirles además que quería marcharse a vivir con él y que esperaba que, ya que no podían casarse, al menos hicieran una fiesta de presentación de su pareja a las amistades y de celebración de su compromiso que ellos entendían como un matrimonio de por vida.

La reacción de Marcos padre fue estrepitosa. Para comprender por qué digo estrepitosa y añadido mimética, hay que saber que Marcos, padre, es un hombre que, aún rondando los setenta años, siempre que se hablaba de homosexuales y en la tertulia alguien decía algo así como «esos maricones», él inmediatamente corregía y afirmaba muy serio que las opciones sexuales de cada cual pertenecían a su intimidad, que eran un derecho inapelable y que no se podía rechazar a nadie por sus inclinaciones en ese terreno. Sus discursos en defensa de la homosexualidad eran cerrados, fervientes y militantes, lo que no dejaba de sorprender a bastante gente de su edad.

Marcos, hijo, nunca se comportó afectadamente, ni dio, ni da, muestras de afeminamiento. Es un muchacho perfectamente normal, con un aspecto delicado, pero viril y jamás ha hecho ostentación de sus tendencias. Incluso, cuando vas a su casa, yo voy con frecuencia porque me resultan las tertulias que organiza de lo más creativas y sugerentes, parece el piso que comparten dos amigos solteros, ya que él y Javier se comportan como dos colegas y no como pareja, de manera que, aunque alguien pudiera sentir cierto recelo o cortedad ante una relación así, a los dos minutos de tratarlos no tienes más que la impresión de estar en compañía de dos muchachos absolutamente encantadores y buenos anfitriones.

Como decía, el padre de Marcos tuvo una reacción estrepitosa y fuera de tono. Dio la casualidad de que la viví en directo, porque me encontraba de visita en su casa, como muchas tardes. Marcos se presentó con Javier, que hacía tiempo visitaba la casa como compañero en las actividades musicales, y planteó la cuestión. Marcos padre saltó como un tigre de su sillón y dijo, a voz en grito:

- ¿Que tú eres maricón? ¿y me lo dices así tan fresco?

- Pero, papá...

- Qué papá ni qué niño muerto. Y por si faltaba algo, te traes al vicioso de tu amigo, que lo vienes metiendo en casa como si nada desde hace tiempo, y me dices que te organice una boda... ¡Vamos! que se necesita cara dura para una cosa así.

- Papá, perdona, pero tú siempre has dicho que las opciones sexuales de cada cual son muy respetables...

- ¿Cuándo he dicho yo semejante atrocidad? No hay más que una opción normal; un hombre y una mujer. Todo lo demás son aberraciones, enfermedades o vicio, que ya lo decía mi padre...

Yo intervine para decirle:

- De verdad, Marcos, no te entiendo, te he visto cantidad de veces defender a los homosexuales y, precisamente, con gente que no te tocaba nada. Me parece que con tu hijo todavía...

- Mira Maite -se volvió hacia mí como si quisiera asesinarme-, te lo paso por la amistad que tenemos de años, pero no intervengas. ¿Cómo voy yo a aceptar que mi hijo sea un maricón vicioso? ¿Te has vuelto loca? Ya le pasó esto a mi abuelo con mi tío Luis y lo echó de casa y jamás se hablaron. Mi padre nunca tuvo tratos con ese hermano suyo. La única, porque está un poco chiflada, fue mi tía Matilde. Ella sí mantuvo relación con él y además vivieron juntos largas temporadas. Yo no lo conocí nunca y mi padre, cuando Matilde venía a casa y trataba de decir algo del tío Luis, la cortaba inmediatamente y decía: En mi casa no entran maricones. Y ¿yo tengo que admitir a mi propio hijo de maricón en mi casa con su amiguito? ¡Ni por pienso!

Laura, la madre de Marcos, intervino tímidamente:

- Marcos, es tu hijo. Es nuestro hijo. A mí tampoco me gusta esto, pero ¿qué vas a hacer si los muchachos se quieren?

- ¿Cómo que se quieren? ¡Ahora mismo se va de casa y ni fiesta ni puñetas!

Marcos se marchó aquel mismo día y durante años no habló con su padre. Hará como dos meses a Marcos padre le dio un infarto que por poco se lo lleva al otro barrio. Marquitos voló a la clínica en cuanto se enteró. El y Javier se turnaron todas las noches para acompañar al enfermo. Cuando por fin volvió a su casa, le recomendaron que diera paseos, pero tenía un miedo tan cerril de salir solo a la calle que no seguía los consejos médicos y se estaba poniendo gordísimo de la inmovilidad. Los dos muchachos han estado sacando a Marcos todas las mañanas, ya juntos, ya turnándose, y perdiendo mucho del trabajo que tenían comprometido para que el bueno de Marcos se recuperara. Ahora Marcos padre no ve más que por los ojos de su hijo, a Javier lo trata como a una nuera cariñosa, hasta empalagoso se pone con él. Yo a ratos pienso qué manera de hacer el ridículo aquella tarde en que los muchachos le hablaron de sus planes, para ahora estar con ellos como un viejo chocho. Pero, sobre todo, me preocupa de dónde sacó Marcos una reacción como aquélla tan explicable en su abuelo, pero tan contradictoria con su propia forma de pensar y de actuar, antes y después del evento.

Como el infarto de Marcos y el cambio de actitud con su hijo estaban bastante recientes, yo le daba vueltas a esta cuestión de las reacciones miméticas y, una mañana, saqué la conversación en la cocina.

Lucía me dijo:

- Es mucho más sencillo.

- ¿Qué quieres decir?

- Pues, eso. Que es más sencillo soltar una frase aprendida o una reacción conocida que pararse a pensar qué habría que hacer ante una situación inesperada.

- Ya. Pero Marcos, no te puedes imaginar la cantidad de discursos que nos ha largado a favor de la libertad de elección, de que hay que ser tolerantes y abiertos y bla, bla, bla...

- Sí, pero cuando le ha tocado a él y no se lo esperaba, le sale del fondo de los genes la respuesta de su abuelo, porque es más sencillo. Ya tiene compuesta la actitud y no tiene que plantearse cómo enfocarlo o resolverlo.

Maite intervino:

- En el fondo, mamá, todos hacemos eso alguna vez.

- No sé, en cosas que uno cree firmemente y que ha declarado, me resulta un poco sorprendente, al menos, actuar de forma tan contradictoria. No te puedes imaginar cómo se puso aquel día, para luego, cuando los chicos lo han cuidado y atendido como unas madres, volverse hasta pesado con ellos de lo que los quiere y de las zalemas que les hace. Digo yo que ni tanto ni tan calvo. Sobre todo, en lo de la contradicción. De veras que me sorprende.

- Bueno - añadió Lucía -, pero Maite tiene razón. Todos caemos en eso alguna vez. Te pillas de pronto y sales por lo que has aprendido.

- Sí, debe ser así, que es más fácil apoyarse en una reacción aprendida. Pero yo tengo la sensación de que igual es que uno no creía tan firmemente como pensaba en lo que decía creer ¿me entiendes?

- Puede ser y puede no ser. Quiero decir que no por falta de firmeza en lo que se cree, más bien puede tratarse de que no es lo mismo lo que uno piensa cuando se refiere a otros que cuando le toca a uno mismo. Vamos a ver, mamá, suponte que tu hijo te dice que es gay y que quiere irse a vivir con su compañero y que le hagas una boda, como lo de Marcos, ¿qué harías? ¿No caerías en la tentación de llamarlo maricón y de decirle que eso por encima de tu cadáver?

- No sé, no creo...

- Ves, ya tienes una duda. Y si confiesas todo, te habrás dado cuenta de que en el fondo de tu corazón crees que eso no te puede pasar a ti, porque tú has educado a tu hijo de una determinada manera y no puede salirte gay.

- Hombre, no sé.

- Piensa que yo te traigo un novio de color a casa ¿qué harías?

- No sé, lo mismo que si fuera blanco, qué más dará. Me preocuparía de que fuera buena persona, de que te quisiera, que te hiciera feliz. Lo normal, independientemente del color de la

piel. Es verdad que las diferencias de raza no son lo más importante, sí es importante la diferencia cultural, de costumbres, pero eso podría parecerme un problema que ligaras con un sueco, por ejemplo, casi más que con un negro africano. Pienso que las diferencias en ese sentido son mucho más fuertes que las de color. En cualquier caso me parecería un problema, pero no irresoluble.

- Ya. Tú es que eres muy liberal. Pero vuelve a lo del gay. De verdad ¿qué harías?

- Creo que me preocuparía más la felicidad de tu hermano que cualquier otra cosa. Tal vez pensase que, ya se ha visto, socialmente no se acepta bien a un homosexual. Que mucha gente podría reaccionar con él como Marcos con su hijo y darle de lado, lo que sin duda le haría sufrir y eso me preocuparía. Pero, desde luego, no se me ocurriría echarle de casa y pasarme dos o tres años sin hablar con él. Es posible que considerase que no ha llenado mis expectativas tal como yo las deseaba, pero es su vida y, más que nada, es mi hijo. No iba a dejar que se perdiera mi relación con él por una cosa así, por mucho rechazo social que tenga o especialmente por eso mismo.

- Teresa - dijo Lucía -, no cabe duda de que en este asunto tú tienes las ideas claras y, sobre todo, tienes muy claros los sentimientos. Yo te diría que incluso podrías ser de los que piensan «yo nunca tendré tratos con un maricón» y te sale un hijo así y por el cariño empiezan a gustarte los maricones.

- Sí, es muy posible. Mis hijos son mis hijos y nada de lo que hagan, aunque me pudiera parecer mal, sería suficiente como para que yo los tachara de mi lista de hijos. Desde luego que no.

- Gracias madre, ya sé que puedo convertirme en un pendón o en la hija de Frankenstein que siempre me querrás. Es un consuelo...

- Oye, contente, a ver qué va a ser esto. No te estoy dando bula para que hagas lo que te dé la gana, que conste.

- Ya lo sé, tonta. Lo que digo es que, volviendo a lo de las respuestas miméticas ¿tú no me has dicho muchas veces que te oyes a ti misma diciendo cosas como las que decía tu madre?

- Sí, pero me da mucha rabia. Porque eran aquellas cosas que yo odiaba que ella me dijera y cuando me oigo repetirlas, hasta con el mismo tono, se me llevan los demonios contra mí misma. Es algo que siempre he intentado controlar. Además, aunque me salga el tonillo y la frase, no me dejo llevar por el pensamiento, por la ideología, que había detrás de ello. Yo he tratado de construir mis propios valores y criterios, por supuesto a base de muchas cosas que aprendí de mi madre, pero discriminando, haciendo una crítica de muchas de esas cosas. Nunca he aceptado una norma o un modo de hacer así sin más, ni porque lo dijera mi madre, ni porque lo dijera el Papa, si no venía acompañado de una cierto razonamiento. Siempre me han chinchado mucho las cosas porque sí o porque lo digo yo.

- Claro, pero no todo el mundo está tan atento a eso. Tú misma, en algún momento, puedes caer en ello. Así que ten cuidado con las respuestas miméticas, madre.

- Ya, si de eso hablaba. Aunque aún no tengo claro por qué se producen.

- Eres un poco lenta. Vamos a ver, si te digo que me voy de casa con un trapecista, así de repente, ¿qué me contestarías?

- Que ¡ni hablar!

- Lo ves, madre, lo ves. Tranquila que no es trapecista, es contorsionista.

- Ya está bien de coña. Yo que venía aquí de consulta y termináis riendo de mí.

- No, Teresa, no nos reímos. Lo que pasa es que también aceptamos que nosotras mismas, en cualquier momento, nos podemos contradecir y actuar de manera automática y saltarnos lo que creemos. Por eso, de alguna manera, es admirable que el bueno de Marcos ahora esté reconciliado con su chico y lo valore tanto; a él y a su compañero. Está tratando de borrar sus culpas. Al final lo ha aprendido y eso es lo que cuenta.

- Eso es verdad. Bueno, niñas, me voy a trabajar. Hasta luego.

- Hasta luego, madre.

- Hasta luego, Teresa.

XIX

Cuando comencé a escribir estas páginas, mi propósito era el de clarificar cuáles son las barreras o los velos que interponemos entre nuestra mirada y la realidad para entenderla o transmitirla de forma tergiversada. Algún tiempo atrás había descubierto que esa deformación de la realidad se produce con más frecuencia entre varones o entre intelectuales, por eso necesitaba yo de mis conversaciones en la cocina y en el café para regresar a una percepción más objetiva. Mis interlocutoras son siempre mujeres y, aunque en muchas ocasiones no comparto sus apreciaciones tan tajantes -todo me parece mucho más complejo de lo que ellas me presentan-, no cabe duda de que la clarificación de muchos aspectos y la objetividad que yo buscaba están presentes. Así que sigo y espero que no me falten esos espacios de referencia para mis dudas.

No obstante, en esta ocasión, no tengo más remedio que reflejar aquí una conversación muy particular que tuve, hace unos días, con mi amigo Ángel. No sé si puede servir de ejemplo para comprender la raíz de la incomprensión y de los problemas de comunicación que afectan a hombres y mujeres. Para entender el meollo de la cuestión es necesario aportar algunos datos acerca de Ángel.

Este hombre, iba a decir este chico, porque tiene mi misma edad y fuimos compañeros de carrera, está soltero. Es un varón bien parecido, buen conversador, con encanto, muy sensible para las artes, con buen gusto. Es lo que yo llamo un espíritu delicado. Aunque estudiamos lo mismo, él nunca ha ejercido la profesión. Heredó un negocio familiar de accesorios para baño y cocina que ha ido modernizando y ampliando con gran éxito. No pasa de ser una empresa mediana, pero que le proporciona un vivir más que desahogado.

Con todas esas cualidades personales y sus ventajas materiales, resulta extraño que no haya encontrado una mujer que intentara cazarlo. Supongo que más de una y más de dos lo intentaron, pero él no se dejó.

Hace ya muchos años, me contó una historia familiar que resulta un tanto novelesca, pero que marcó su vida. Su prima Margarita, con la que compartió infancia y adolescencia, se quedó viuda, casi de recién casada. El matrimonio de su prima había sido muy mal recibido en la familia, no sé muy bien por qué, pero la había distanciado de parte de sus parientes y había creado un ambiente enrarecido incluso con aquéllos con los que mantenía buenas relaciones. El, no sé si por su infancia en común o por otras razones, se ocupó mucho de su prima y la acompañó cuando enviudó. Esa constante atención derivó en un claro enamoramiento por parte

de Ángel y correspondido por Margarita.

Cuando aquella historia se produjo, Ángel y yo hablamos de ella con frecuencia. Nunca llegué a entender por qué no se casaban, si como él decía, estaban hechos el uno para el otro y se entendían divinamente. El me contaba unas confusas historias de rencillas familiares que ambos sentían, caso de que se casaran, como una amenaza para su matrimonio. Así que, durante años, Ángel y Margarita han vivido el uno para el otro, unidos por una especie de amor imposible y platónico. Yo siempre he pensado que la relación que tenían, aunque no fuera plenamente satisfactoria, llenaba en gran medida sus vidas y, desde luego, era el impedimento mayor para que Ángel aceptara o siquiera intentara ninguna otra aventura amorosa.

Una mañana, recientemente, me llamó Ángel por teléfono y me pidió una cita, porque tenía que hablarme de algo muy serio. Me presté de inmediato, son muchos los años que nos conocemos y mucho el afecto que le tengo, y quedamos para el jueves por la mañana en la cocina de mi casa.

Llegó muy puntual.

- Hola, Maite, ¿a lo mejor no te venía bien una visita a estas horas?

- En absoluto, si hubiera sido así te lo habría dicho. Creo que tenemos confianza y, además, supongo que ésta no es una visita de cortesía.

- No. No lo es. Tengo un problema gordísimo y no sé cómo resolverlo. Bueno, sí lo sé, pero Margarita está hecha una furia conmigo y no la entiendo. Por primera vez, en tantos años, no la entiendo.

- ¿Qué ha pasado?

- Tengo planes de casarme y Margarita no los acepta.

- Ya, pero eso es viejo. Todo aquello de la familia. Me imagino que muchas de aquellas razones, que dicho sea de paso yo nunca entendí muy bien, siguen en pie...

- No. No se trata de casarme con Margarita. Se trata de Sonia.

- ¿Cómo?

- Bueno, como hace mucho que no nos vemos ni hablamos, pues no estás enterada. Yo abrí una nueva tienda en Guadalajara. Ya sabes que abrí tiendas de mis productos. La última es la de Guadalajara. Al frente de esa tienda está Sonia. Es una chica titulada en empresariales, muy competente, aunque nunca había trabajado antes, pero necesidades personales la han empujado a buscarse un empleo. La cuestión es que empezamos a vernos por razones del trabajo y, poco a poco, empezamos a quedar y a salir por el puro gusto de estar juntos.

- Ya.

- Lo dices con retintín.

- No, hombre, no seas susceptible. Era por decir algo. ¿Quieres un café?

- Bueno. Lo que te decía, empezamos a salir, a charlar. Hemos aprovechado algún viaje comercial para estar juntos por ahí unos días. Incluso nos fuimos a Corea a comprar materiales. Aquello es interesantísimo. Tendrías que conocer el país. Aquello es otro mundo.

- Bueno, ¿me vas a contar tus viajes de negocios o qué?

- Era un inciso, Maite. Ya voy. El caso es que Sonia es una mujer muy valiosa para los negocios. Tiene una conversación agradabilísima, es muy interesante, incluso tiene unas salidas chocantes que te mueres de risa con ella. En fin, que me gusta. Bueno y también es muy buena madre.

- ¡Ah!, pero ¿tiene hijos?

- Sí. Está separada de su marido y tiene dos niñas. Por eso tuvo que ponerse a trabajar. El marido es un vaina que no le pasa la pensión, ni la de ella ni la de las niñas. Además, la mitad del tiempo está en paradero desconocido, con lo que ni los jueces ni nadie consiguen dar con él y que suelte el dinero.

- Ya. Una situación muy triste y muy frecuente, desgraciadamente. ¿Eso quiere decir que ella no tenía patrimonio personal ni ingresos propios?

- No, nada. Ya te digo que se puso a buscar trabajo porque no tenía nada. Para mí ha sido una bendición, porque ella tiene muchas relaciones en Guadalajara y la tienda va como la seda.

- Y ¿qué planes tienes?

- Los normales; casarme. No inmediatamente, dentro de un par de años, cuando las cosas estén más claras y nos conozcamos mejor. En fin, que queda camino por recorrer. Comprenderás que a mi edad no voy a echar a correr...

- Ya me imagino. Sería una insensatez. Pero, ¿no se te ha ocurrido pensar que ella, aunque tú le gustes mucho y todo eso, está, de alguna manera tratando de solucionar su vida?

- Por supuesto. Pero yo también estoy tratando de solucionar mi vida.

- Quiero decir que a lo mejor lo suyo es sólo interés ¿me entiendes?

- Claro que te entiendo y lo mío también tiene una buena parte de interés.

- ¿En qué sentido? porque tú lo tienes todo. Tienes buena posición, tienes un negocio floreciente, tienes una vida afectiva bastante llena con Margarita o al menos así me lo parecía a mí.

- Sí, lo de Margarita es un problema.

- ¿Cómo un problema?

- Margarita me quiere, ya lo sabes, y yo a ella, con locura. Me encanta, la quiero muchísimo, nos entendemos sin palabras. Estar con ella es como tocar las puertas del Paraíso, pero es un amor imposible. Nunca me he podido casar con ella, ni me puedo casar con ella. Es un amor que tiene mucho de platónico ¿sabes? y, claro, yo soy un hombre. Yo necesito, siempre lo he necesitado, una mujer a mi lado.

- Pero, ¿no estaba ella?

- Sí y no. Ella es el centro de mi vida, pero no puedo vivir con ella.

- No me estarás diciendo que lo que necesitas es una mujer que te ordene los calcetines, te haga la comida y te caliente la cama y que todo eso vale más que la cercanía de sentimientos, las afinidades, las complicidades, los años vividos, aunque fuera a cierta distancia, con Margarita.

- No. No digo eso. Digo que yo estoy harto de comer por ahí, yo solo. De no encontrar a nadie cuando vuelvo a casa. Eso es lo que digo. Lo que tengo con Margarita vale por el mundo entero, pero yo ya no puedo vivir más así.

- ¿Y ella?

- Ella parece que sí puede vivir así. Eso le basta.

- Supongo que estará dolida y pasándolo muy mal.

- Sí, lo pasa fatal. Pero yo tampoco lo entiendo del todo. Me quiere, sabe desde siempre que yo necesitaba una mujer a mi lado. Ahora la he encontrado y me dice que eso no es un matrimonio, ni una relación de pareja, sino un contrato.

- Y tiene razón.

- ¿Cómo razón? ¿Tú tampoco me vas a comprender?

- Hombre, yo no estoy implicada en el asunto y puedo, no sólo comprenderlo, sino incluso aceptarlo con naturalidad. Pero Margarita te quiere. Durante años ha montado su vida entorno a ti, aunque no vivierais juntos. Estoy convencida de que cuando dice que le basta, no es cierto, pero sí lo es. Quiero decir; ella, probablemente, también echa de menos tu compañía permanente, tu presencia en la casa, tu calor y tu cercanía, pero le basta con saber que te tiene, que eres parte de ella, que os unen muchas cosas más profundas que compartir el cuarto de baño y la cama o la mesa. Yo, personalmente, pienso que preferiría vivir sola, si mi relación de pareja fuera sólo un contrato basado en intereses comunes de ese tipo y fuera una relación donde no existiera todo ese cúmulo de pequeños secretos compartidos, de pequeñas afinidades y sintonías anímicas y espirituales. Si quiero sólo alguien que me ordene la ropa interior, contrato una asistenta. Si quiero comer con alguien, me busco una amiga o enchufo la tele y si quiero que me calienten la cama, me compro una bolsa de agua caliente o un edredón de pato.

- No hagas chistes. Es muy triste plantearlo como tú lo haces, Maite. No es sólo eso...

- Pues a ver qué es... Tú mismo has dicho que había intereses entre esa Sonia y tú. ¿Cuáles?

- Hombre yo quiero compañía permanente, ella también y, especialmente, yo quiero alguien que atienda mis negocios con el buen tino que ella lo hace y ella quiere un porvenir para sus hijas.

- ¿No te das cuenta de que ése es un planteamiento muy triste, más triste del que yo te

hacía?

- No veo por qué.

- Porque tengo la impresión de que estás tirando por la borda un cariño de muchos años, totalmente desinteresado, totalmente entregado, sin condiciones y sin exigencias.

- Tú lo has dicho: Sin exigencias. ¿Cómo le voy a exigir a Margarita nada, si ella me lo da todo; todo lo que puede darme, sin que yo se lo pida y sin pedir nada a cambio? De verdad que con nuestra situación de ser primos y con los rollos de mi familia, sería una hecatombe que nos hubiéramos casado y ahora mismo, con tantos años de por medio, lo sería aún. Es imposible. No nos podemos casar ¡Qué más quisiera yo! Pero, ¿qué le puedo yo pedir a ella? Nada. Si me lo ha dado todo. Todo lo que podía darme y más, menos lo que yo necesito. Con Sonia es distinto. Ella me exige y yo puedo exigirle. Es un contrato, de acuerdo, pero yo sé gestionar un contrato, para algo tengo una empresa. No sé gestionar un amor sin condiciones, sin cláusulas, sin estipulaciones y Margarita no lo entiende.

- Ni yo tampoco.

- Yo creí que tú me entenderías. Las mujeres sois muy raras.

- Eso es verdad. Somos raras. Si te sirve de consuelo, yo tampoco te entiendo a ti ni a la mayoría de los hombres, incluido el que pernocta en la cama de al lado de la mía.

- Ya. En fin, espero que a Margarita se le pase el soponcio, porque yo pienso seguir cuidando de ella como siempre.

- Ni se te ocurra proponérselo. Más bien, toma distancia, si de verdad quieres que se le suavice el soponcio.

- ¡Coño! Eso es lo mismo que me dijo ella el otro día, cuando yo le prometí que no la dejaría por nada del mundo y me soltó: Tú lo que tienes que hacer es perderte con tu Sonia y olvidarte de que existo. ¡Joder! sois todas iguales...

- No, querido, todas no. Mira Sonia, ella también sabe gestionar un contrato. Será porque es de empresariales. Pero como yo soy de Letras...

- Tú siempre con las coñas.

- Oye, Ángel, esto es muy serio, si no suelto una coña me da algo. No sé cómo hacerte entender que en mi opinión estás tirando el amor de tu vida a la basura y cambiándolo por un sucedáneo. Tal vez sean ideas románticas y trasnochadas, pero una buena comunicación espiritual y sentimental, una afinidad de las almas, vale más que la compañía de mil cuerpos. No es fácil encontrar algo así. Supongo que harás lo que te parezca más conveniente y ojalá te satisfaga, pero no puedo decirte que un planteamiento así me satisficiera lo más mínimo. Yo siempre he pensado que más vale solo que mal acompañado.

- Ya, pero Sonia es muy buena compañía.

- Ojalá, te digo, no te equivoques.

- Mujer, también a nuestra edad no vas a pedir un enamoramiento sin condiciones.
- No, tal vez no, aunque ¿por qué no? pero el caso es distinto. Tú tenías un enamoramiento sin condiciones. Eso es lo que tenías y lo que estás cambiando por un pacto de no agresión.
- Eso es lo que me abruma.
- ¿Que te abruma? Nunca se me habría ocurrido emplear esa palabra para expresar algo relacionado con el amor...
- Sí, me abruma esa sensación de que hay alguien que te quiere sin más. Que en realidad no necesita nada de ti, pero te ama por encima de todo. Yo necesito, no sé cómo decirlo, algo así como una cosa más concreta, más manejable. Un contrato, ya te lo he dicho.
- Ángel, no sé exactamente en qué consiste esa aspiración tuya. No la entiendo bien. Pero, te ruego que lo pienses despacio, porque insisto en que me parece que estás cambiando algo muy cercano al todo, por algo que se parece mucho a un nada.
- Bueno, lo pensaré. Margarita dice lo mismo que tú. A lo mejor tenéis razón.
- Es posible. Aunque también es posible que Margarita y yo seamos de las raras, mientras que Sonia es más normal. Piénsatelo mucho, hazme el favor.
- Gracias, lo haré. Tengo que irme a Guadalajara.
- Pues que la Virgen te ampare.

Ángel se rió con poca convicción, me abrazó y se fue. Yo me quedé echa polvo. No diré que tan mustia como Margarita, porque puede parecer un chiste y la cosa no es broma.

Tal vez tenga que plantear este asunto en mis círculos de mujeres, pero no sé qué me da que va a ser una conversación como ésas entre aficionados a los toros y defensores de los animales. Habrá mujeres que digan: El amor es una chorrada y es mejor un contrato bien llevado. Otras dirán: El amor lo es todo y si no lo tienes, nada merece la pena. Pero seguro que la mayoría dirá: Los hombres son muy especiales y ya se sabe lo que buscan. Las mujeres si no nos enamoramos no somos capaces de nada, claro que hay mucha lagarta suelta... En fin, no sé si tendré ganas de volver a hablar de este asunto, a no ser que Ángel me vuelva a consultar.

XX

La que sigue fue una larga conversación telefónica con una amiga mía que vive fuera de Madrid. Como me ocurre con alguna de mis mejores amigas, nos vemos de Pascuas a Ramos y, sin embargo, la comunicación es fluida y retomamos las charlas como si nos hubiéramos visto el día anterior. Claro está que eso nos sale por un ojo de la cara, porque es siempre a través del hilo telefónico y por más que nos pongan tarifas reducidas y las compañías nos ofrezcan toda clase de descuentos, cada vez que Marta me llama o que yo la llamo acabamos el mes con dificultades, aunque pueda parecer una exageración.

En esta ocasión me llamó Marta. Tras contarnos los últimos acontecimientos familiares, unos más amables que otros, no sé muy bien cómo, empezamos a hablar de la sinceridad. Yo, en los días previos a su llamada, había estado hablando muy seriamente con mi marido acerca de pequeñas y viejas rencillas y malos entendidos que, en no pocas ocasiones, nos habían amargado la vida, pero que ninguno de los dos habíamos llegado a formular con verdadera sinceridad. La cosa no había sido sencilla, pero tuvo la ventaja de poner orden, de clarificar muchos aspectos y, aunque no todo lo que nos dijimos fuera agradable, yo me sentía mucho mejor y así lo comenté con él, que dijo participar de mi mismo sentimiento. Por fin, habíamos hablado más que como esposos como amigos que no han de ocultarse nada, que no han de andarse con fingimientos y falsas cortesías y eso nos proporcionó a ambos una especie de serenidad y paz interior y compartida de la que nunca antes habíamos disfrutado. Por esta experiencia, andaba yo dándole vueltas a la educación que habíamos recibido, tan autoritaria, tan de ocultamientos y buenos modales, tan de conservar y mantener las apariencias, que nos había llevado a relativizar, por reacción, lo bueno y lo malo, haciéndonos perder el norte de lo que es verdadero y falso y nos había marcado de tal modo para que, ni siquiera en presencia de las personas más cercanas, fuéramos capaces de ser naturales, espontáneos y sinceros.

De manera que se lo comenté a Marta por teléfono y ella me replicó:

- ¡Ay, hija! Hay que tener mucho cuidado con lo de la sinceridad. Es un arma de doble filo.

- ¿Por qué? Yo me he quedado muy descansada. He oído cosas que no me gustaban, pero ha sido todo un ejercicio de poner las cosas en su sitio y no andar con equívocos, medias palabras y, por consiguientes, medias interpretaciones o malas interpretaciones.

- En la boda de mi prima Rosa, que como te he dicho se casó hace un mes, me encontré

con mi prima Blanca, ya sabes la de mi tío Manolo. Yo sabía que se había separado de su marido. Pero como la veo de tarde en tarde y como es mucho más joven que yo, nunca he establecido una relación con ella de amistad y confianza que me permitiera saber cómo se había roto su matrimonio, cuando siempre, en los ocho años que estuvieron casados, me pareció que era una pareja que se llevaba muy bien y parecían muy felices juntos y eso que habían tenido muchas dificultades de todo tipo. Como te decía, en la boda de Rosa nos sentaron juntas y pudimos hablar y me dijo que la causa de su ruptura matrimonial había sido la sinceridad.

-¿Qué me dices? ¿Así que a mí me ha servido casi de reconciliación con mi marido y a tu prima, en cambio, para trastocar una pareja feliz?

- Pues, sí, lo que oyes.

- Y ¿cómo fue?

- Pues verás, mi prima conoció a un chico en el sitio donde ella trabaja. Se hicieron amigos, pero la cosa no pasó de ahí. Nunca hubo entre ellos ni el más mínimo coqueteo. Vamos, que ni siquiera se vieron nunca fuera del trabajo. Todo lo más fue comer juntos en la empresa y aprovechar los tres cuartos de hora de descanso para charlar de cosas, por otra parte, más bien generales. Pero Rosa empezó a sentir un cierto interés por este muchacho. Le gustaba su compañía, esperaba con impaciencia que él la buscara para ir a comer. Cuando él faltaba a la empresa, el día se le hacía muy largo, y cosas así.

- Ya. Una especie de enamoramiento.

- Sí, eso dice ella. Le pareció que estaba empezando a enamorarse de ese muchacho o que, por lo menos, le estaba prestando más atención de la que era corriente entre compañeros. Me dijo Rosa que ella quiere mucho a su marido, que aún lo quiere, aunque ya llevan cinco años divorciados y además él se ha casado hace poco con otra chica. En aquel momento, además, no tenía la más mínima intención de separarse de él. Pero se sentía mal a cuenta del interés que sentía por su compañero de trabajo. El caso es que pensó decírselo al marido, más que nada para apoyarse en él y luchar juntos contra un sentimiento absurdo que, ella, por otra parte, rechazaba en su corazón. Rosa tenía muy claro que no quería cambiar a su marido por nadie y, sin embargo, estaba como pillada en una especie de obsesión por si el otro la miraba, le sonreía o le decía de comer juntos.

- ¿Qué hizo, se lo dijo al marido?

- Sí, y ése fue el principio del fin.

- Pero ¿se lo explicó bien? ¿Le dijo que quería que la ayudara a librarse de esa especie de obsesión?

- Se lo explicó por el derecho y por el revés. Pero el empezó a sospechar que le ocultaba más de lo que le decía. Que no era toda la verdad. Que entre ellos debía haber habido más.

- ¡Qué barbaridad! ¿No se daba cuenta de que ella le estaba pidiendo socorro para no caer

en una tentación que quería evitar, además por amor a él?

- No. Lo interpretó todo al contrario. Empezó a desconfiar, a perseguirla, a vigilarla. Y se acabó. Ella no pudo soportar su desconfianza y al cabo de seis meses de la confesión sincera, él se marchó de casa y no ha habido camino posible para la reconciliación y eso que ella lo intentó.

- No puedo entender una cosa así.

- Pues ya ves, cómo la sinceridad puede ser un arma de doble filo que se vuelva contra ti. Ella me decía, tal vez yo fui una ingenua, debía haberme callado, pero no podía guardarme aquello que era una interferencia absurda entre el hombre que más quiero y yo. Aunque ya ves a dónde me ha llevado; ahora, estoy sin él y él se ha casado con otra.

- ¡Qué cosa tan triste! De todas maneras, una actitud como la del marido de tu prima hace pensar un poco en que él no debía quererla demasiado, porque a la primera de cambio prefirió sospechar que apoyarla y atenderla ¿no crees?

- Es posible, pero la consecuencia que yo saco es que si no quieres perder algo que te interesa y si ocurre algo que pueda ponerlo en peligro, más vale disimular que ser sincero.

- Oye, no sé, pero no puedo compartir eso. Mi experiencia que te decía me lleva a pensar lo contrario.

- Ya. Yo no niego que no pueda alguna vez dar buenos resultados, pero hay que andarse con mucho tiento. El ejemplo de Blanca vale por mil reflexiones que se pudieran hacer.

Cuando acabé mi conversación con Marta, le conté el episodio a mi marido y él me dijo: Tal vez sea más prudente callarse y fingir que todo está bien. Pero no lo hagas conmigo, por favor.

Esto me dejó bastante consolada, aunque, luego, caí en la cuenta de que mi angustia por la falta de sinceridad general que domina en las relaciones humanas es mayor que mi alegría por haber conseguido un alto nivel de franqueza con mi marido. Por todas partes encuentras gente que finge, si no es por una cosa es por otra. Lo peor de todo ese fingimiento es que mucha gente termina por engañarse a sí misma, con lo que ni siquiera se puede uno quejar del engaño, porque percibe que la primera mentira iba dirigida contra el propio rostro de quien la cuenta y no contra el tuyo. Pero, claro, si el precio de la sinceridad es perder a tu pareja, a la que quieres, desmontar una vida que has elegido y te gusta y te satisface, ¿entonces, qué camino hay que tomar? Seguí sumida en las dudas y aún no las he resuelto y ya pierdo la esperanza de hacerlo. Desde luego, en lo que a mi vida y mi propia persona atañe no creo que me vuelva atrás y me cuente historias para ayudarme a dormir.

Epílogo

Estas conversaciones podrían no haber tenido final. En la realidad de mi vida diaria, yo seguiré frecuentando a mis tertulianas, pero ya no seguiré registrando en estas páginas lo que ellas me cuenten. Cada cual que se busque su camino como mejor pueda.

Yo hubiera querido contribuir con las pequeñas y domésticas experiencias que poseo a esclarecer un poco las claves de las relaciones humanas, pero, un último acontecimiento me ha convencido de que esto no sirve de nada. Así que mientras me valgan a mí seguiré escudriñando en mi interior y en las palabras de mis interlocutoras, pero no intentaré transmitir a nadie mis pequeños hallazgos. Es tiempo perdido.

Hace un par de semanas, me encontré por la calle, después de años sin vernos, a un viejo amigo. Nos alegramos y nos paramos un rato en un café cercano para charlar con tranquilidad. Me contó que había encontrado a la mujer de su vida. Una pintora excelente, una verdadera intelectual, una mujer algo bohemía, pero muy razonable y sensata. Este amigo había sufrido serios reveses afectivos, porque tenía la rara habilidad de topar con mujeres que le habían hecho la vida imposible, le habían explotado, expoliado, utilizado y abandonado en los peores momentos. La única amiga que aún conservaba y con la que mantenía cierta amistad reconfortante era, sin embargo, una mujer casada y bien casada que no tenía la menor intención de cambiar de situación, de manera que era un amor imposible. Pero, ahora, según me dijo, tenía grandes esperanzas puestas en esta mujer tan valiosa, a la que me pintó con tintas amabilísimas. Según él, era un dechado de perfecciones, una persona de alta espiritualidad, de gran sentido del humor, ingenio y sagacidad, además de muy hermosa y mucho más joven que él y, aunque eso le abrumaba un poco, ella estaba tan enamorada de él que le aseguraba, una y otra vez, que la diferencia de edad, de casi veinte años, no significaba nada para ella. Me alegré por lo que me decía y, al cabo de un rato, nos despedimos.

Por casualidad, al pasar por una librería vi un libro con un título bastante extraño, pero en la portada aparecía el nombre de la amada de mi amigo como ilustradora. Entré y lo compré por curiosidad. Cuando pedí el libro, noté una mirada extraña en el vendedor. El no dijo nada y yo dejé caer la impresión.

Como iba de compras, muy cargada, me detuve en la terraza de un café y, mientras fumaba un cigarrillo y sorbía mi café, saqué el libro y comencé a hojearlo.

Comprendí entonces la mirada perpleja del dependiente de la librería. Por mi aspecto de señora madurita, madre de familia y cargada de paquetes que indicaban que acaba de hacer una

compra de comestibles, es decir, parecía una discreta ama de casa, el dependiente no podía entender cómo me compraba un libro así.

La contraportada explicaba, además de la trayectoria profesional del autor del texto, la evolución profesional de la pintora e ilustradora. Había comenzado como actriz porno, pero luego se había decantado por la pintura, para ilustrar textos sobre sexo. Las páginas del libro tenían poco texto, más bien eran citas sueltas de diferentes procedencias, el Decamerón, el Kamasutra, los Cuentos de Canterbury, epigramas e incluso *graffiti* callejeros o de aseos públicos, todos ellos seleccionados con clara intención no ya sexual sino claramente pornográfica e ilustrados con profusión de detalles, que entraban de lleno en el gusto más obscuro y deplorable.

La imagen que mi amigo me había presentado de aquella maravillosa mujer de espíritu refinado y exquisito se vino abajo hecha añicos. Pero, lo que yo no podía entender es cómo él, que conocía sin duda su «orientación artística», que incluso me había proporcionado los datos de su amada y su producción pictórica, me había podido decir aquellas cosas, como si yo no pudiera llegar nunca a ver con mis propios ojos esa misma realidad que él me había presentado con apariencia halagüeña. ¿A quién engañaba, a él o a mí?

Es fácil la deducción; se engañaba a sí mismo. No importa que yo tenga la intención de aclarar mis perplejidades ante estas tergiversaciones de la realidad, no importa que yo pretenda extraer consecuencias y transmitir las por si ayudan a alguien. Los que están decididos a poner velos entre su mirada y el mundo, los que prefieren engañarse a sí mismos, no me escucharán, y los que no lo hacen, no me necesitan, porque ellos mismos resuelven sus propias perplejidades. Así que éste es un libro inútil, pero me he divertido escribiéndolo y espero que, alguna vez, alguien se divierta leyéndolo.